Eduardo Ospina S. J.

La Iglesia Católica, inmenso milagro



Ediciones PAX - N.º 2

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Eduardo Ospina S. J.

La Iglesia Católica, inmenso milagro

Bogotá, 1944

Nihil obstat
JOANNES ALVAREZ S. J.
Cens. Ord.

Imprimi potest
JOSEPHUS M. POSADA S. J.
Praep. Prov. Colomb.

Nihil obstat
F. J. GONZALEZ QUINTANA S. J.
Cens. eccles.

Imprimatur
✠ ISMAEL
Archiepiscopus Bogotensis

PROLOGO

La limitación de nuestra vida a un momento del tiempo y a un punto del espacio, nos sujeta a condiciones de análoga limitación en la apreciación de las realidades que desbordan del momento presente hacia el pasado y de un solo lugar hacia toda la extensión de la tierra.

Podemos pensar en la calidad de un terreno cuando gustamos una manzana producida en él; pero nos es imposible formarnos un concepto de la prodigiosa productividad fructífera de nuestro globo en un momento dado y más aún, en los siglos que lleva de fertilidad. Podemos darnos cuenta del calor solar que cae sobre nuestra cara; pero no podemos sospechar la grandeza de energía calorífica vertida por el astro en un día sobre la superficie de nuestro planeta, y menos aún, podemos sospechar la inexhausta irradiación que el sol ha vertido durante milenarios en todas las direcciones del universo...

La Iglesia católica es una de esas realidades de difícil apreciación por su amplitud histórica y geográfica.

Una instrucción ordinaria enseña a todo creyente que su religión es la Iglesia fundada por Cristo hace veinte siglos, y que esa su Iglesia es católica, es decir, mundial, ecuménica. Estas ideas, en el simple creyente, se adquieren y se aumentan con datos más o menos concretos y más o menos copiosos; pero de ahí a una apreciación aproximada de la gigantesca y divina realidad de la Iglesia hay una gran distancia.

En estas páginas quisiéramos ofrecer a nuestros lectores una serie algo ordenada de observacio-

nes, para que ellos hagan por reconstruír en su pensamiento esa gran realidad de la Iglesia existente hoy sobre la tierra desde hace veinte siglos.

Pero nuestro estudio no tiene la pretensión de formar un tratado teológico *de Ecclesia Christi*. Nuestro propósito es mucho más restringido.

El Concilio Vaticano, en su *Constitución dogmática sobre la fe católica,* dice:

Sólo la Iglesia católica posee todos aquellos argumentos, numerosos y admirables, dispuestos por Dios para mostrar la evidente credibilidad de la fe cristiana. Más aún: la Iglesia misma por sí sola es un grande y perenne motivo de credibilidad y un testimonio irrefragable de su divina misión, por su maravillosa propagación, por su excelsa santidad, por su inagotable vitalidad en todos los bienes, por su unidad católica y por su invencible estabilidad [1].

Entre todos estos argumentos indicados por el Concilio Vaticano, sólo queremos exponer dos:

la unidad y la vitalidad de la Iglesia.

Son dos aspectos de su existencia que parecen oponerse entre sí: *la unidad* de la Iglesia es una enorme concentración cohesiva que la hace indisoluble, indestructible en su constitución interna; *la vitalidad* es una enorme expansión que la hace incontenible en su bienhechora acción externa.

Nosotros quisiéramos estudiar esas dos notas de unidad y vitalidad como en dos planos diferentes:

la unidad y la vitalidad actuales en el espacio

y la unidad y la vitalidad históricas en el tiempo.

Así nuestro estudio se dispone con naturalidad en cuatro series de consideraciones:

---

[1] *Constitutio dogmatica de fide catholica,* cap. III (Dinzinger, *Enchiridion Symbolorum et definitionum,* n. 1794).

1ª—La unidad actual de la Iglesia católica en el mundo.

2ª—La vitalidad actual de la Iglesia católica en el mundo.

3ª—La unidad de la Iglesia a través de los siglos.

4ª—La vitalidad de la Iglesia a través de los siglos.

En el presente volumen trataremos el doble tema relativo a la Iglesia actual. Con la ayuda de Dios, más tarde ofreceremos a nuestros lectores un segundo volumen con los temas relativos a la Iglesia en la historia.

Y el blanco de nuestra exposición es hacer ver que, aun considerada la existencia de la Iglesia católica en una forma tan restringida, sin embargo ella se presenta como *un inmenso milagro viviente, difícil de advertir por su misma grandeza, y que muestra la intervención extraordinaria de Dios, causa única de ese gran milagro.*

* * *

Antes de entrar en la exposición de esta idea, es preciso fijar dos nociones previas.

La primera es la noción de *milagro*.

Entendemos por milagro un hecho visible, extraordinario, que no puede explicarse por causas naturales, que se desarrolla por encima de las leyes naturales y a veces contra ellas, que por tanto requiere para su producción fuerzas superiores a la naturaleza.

Supuesto que las instituciones humanas están sujetas a ciertas leyes que explican su formación, crecimiento y conservación, y también su decadencia y su muerte, si probamos que esas leyes no rigen ni explican la vida de la Iglesia, habremos probado por lo mismo que ella no está sujeta a las leyes ordina-

rias de las instituciones humanas, que por consiguiente ella es una institución única, *extraordinaria,* y que, si es inexplicable por esas causas naturales, requiere una causa *extraordinaria, sobrehumana, sobrenatural.*

Y es claro que, tratándose de la Iglesia, si esa causa no es humana, no puede ser diabólica. La Iglesia está toda dirigida a la destrucción del mal moral, o sea, del reino de Satanás. Satanás, si pudiera, la llevaría a la destrucción. La causa pues que conserva la vida y fecundidad de la Iglesia sólo puede ser la acción divina.

La segunda noción que queremos precisar brevemente es una que incluímos en la definición misma de milagro. Decíamos que entendemos por tal un hecho visible extraordinario. Y ¿qué entendemos por *hecho visible?*

El milagro de la Iglesia es visible como la Iglesia. Es la Iglesia misma. Como el hombre tiene un alma invisible que se manifiesta en el cuerpo visible, así la Iglesia, invisible por algunos de sus elementos constitutivos, tiene otros elementos que son visibles. Invisibles, aunque realísimas, son en la Iglesia la asistencia divina, la acción sobrenatural de las almas, la unión y la perfección de ellas en Cristo por la gracia, y así muchos otros aspectos de la Iglesia son invisibles. Pero en la Iglesia son visibles los hombres asociados por la misma fe, son visibles las obras externas de la gracia invisible, son visibles las manifestaciones sociales de la sociedad católica en medio de la sociedad humana, son visibles los efectos de su actividad en la conducta de los hombres, en las instituciones docentes o benéficas, en los monumentos artísticos en que florece la vida religiosa, en las obras externas de la santidad.

Ese milagro, hecho extraordinario y visible, que es la Iglesia, es pues, como todo signo, una expre-

sión visible de una gran realidad invisible. En la Iglesia la intervención extraordinaria del poder de Dios que es invisible, se expresa en efectos visibles, propios de Dios solo. Por eso, aunque las causas humanas no pueden producir ni explicar la existencia de la Iglesia, la Iglesia existe.

Y existe por un milagro múltiple, o para hablar con más exactitud, por múltiples series de milagros, como lo haremos ver con la gracia de Dios, en los capítulos siguientes.

La consecuencia de cada una de estas páginas es tan importante cuanto sencilla: *Si Dios desarrolla esta inmensa fuerza de milagro para realizar la existencia de la Iglesia católica, la Iglesia católica es una inmensa y clara verdad en sus enseñanzas y en su vida, pues Dios, con sus milagros, y tales milagros, no podría aprobar el error.*

PRIMERA PARTE

(PRIMERA SERIE DE MILAGROS)

LA UNIDAD ACTUAL
DE LA IGLESIA CATOLICA

CAPITULO I

UN GRAN HECHO VISIBLE: EL TEMPLO CATOLICO

A manera de introducción, al tratar de la unidad actual de la Iglesia, expongamos ante todo un gran hecho visible actual, que ya por sí solo prueba esa unidad católica milagrosa: el templo católico y su vida interior.

I. El hecho material

Quien desde el monte próximo o desde el avión tiende una mirada hacia una gran ciudad, ve surgir de entre las masas de habitaciones ciertos edificios característicos, generalmente de hermosas, esbeltas proporciones: son los templos católicos. Naves de elevadas cubiertas, delgados campaniles, torres altivas, cúpulas imponentes, flechas airosas decoran el panorama aéreo de las ciudades. En Bogotá o en Medellín, por ejemplo, los templos católicos forman el conjunto arquitectónico más bello y numeroso de estas ciudades. No hay compañía industrial, ni institución oficial o docente que posea tantos edificios donde las proporciones arquitectónicas más desarrolladas se asocien a formas artísticas de mayor belleza. En solo Bogotá hay más de cincuenta templos y unas cien capillas.

Estas primeras observaciones ya nos dicen que la institución constructora y habitadora de tales edificios, es una institución excepcional, que no se puede comparar con ninguna otra institución humana.

Pero en cuanto a abundancia de templos, Bogotá no es una ciudad excepcional del mundo. Los tem-

plos católicos, en gran número, existen en todas las grandes ciudades. Después de recorrer las de Colombia, hagamos en espíritu un gran viaje aéreo por las principales ciudades del mundo: Buenos-Aires, Lima, Quito, Río Janeiro, Caracas, La Habana, México, Nueva York, San Francisco, Shanghay, Manila, Calcuta, Sidney, Ciudad del Cabo, El Cairo, Madrid, París, Colonia, Viena, Varsovia, Constantinopla, Jerusalén, Roma... ¡Qué espléndida visión de templos católicos!... Las siluetas superiores de las grandes ciudades se caracterizan por las bellas y elevadas líneas de nuestros templos!...

Pero no sólo en las grandes ciudades del orbe se alzan estos monumentos que hablan de la presencia de la Iglesia católica: las aldeas y los campos los poseen también. En los campos y aldeas de las pampas argentinas, del Matto Grosso, del Putumayo, de Arauca y del Atrato, de la Tarahumara mexicana, de las Montañas Roqueñas, de Alaska, del Japón, de China, de la India, de Australia, del Congo y de Escocia... Son a veces grandes santuarios, a veces pequeñas iglesias, a veces chozas un tanto culminantes entre otras chozas... pero siempre en ciudades, aldeas y campos de los cinco continentes del mundo, grande o pequeño, siempre y en todas partes, el templo católico!...

Hay que reflexionar sobre este gran hecho visible.

Ante todo, tengamos presente que él, en su sola materialidad, es un hecho único en el mundo: no existe ninguna institución humana que tenga una casa propia en todas partes. No digamos ya los más poderosos gobiernos, que por su misma naturaleza están limitados a los confines nacionales; pero las más grandes compañías internacionales son muy poca cosa en comparación de nuestra gran Iglesia católica. ¿Qué compañía nacional o internacional tiene

en Colombia mil edificios propios, ni aun simples agencias? El *Royal Bank of Canada,* uno de los bancos más poderosos del mundo, tiene en las diversas naciones sólo 850 sucursales, y la Iglesia tiene sólo en Colombia más de 2.000 templos y capillas importantes[1]. Sólo las iglesias dedicadas actualmente en Francia a San Martín de Tours, son 3.675... Y esto si consideramos sólo la materialidad de este inmenso hecho arquitectónico.

Pero hay que tener en cuenta su origen económico. Fuera de la Iglesia católica, grandes construcciones suponen grandes capitales. Los gobiernos construyen para su administración grandes edificios, y todos saben de dónde proceden los dineros oficiales. Sólo para construír un edificio de correos en Bogotá, se ha impuesto una contribución a todo el país, por varios años, sin consultar la voluntad de nadie. Eso es legítimo sin duda; pero esa forma forzada no se da en nuestra Iglesia: el dinero para los templos católicos es una inmortal fructificación de generosidad libre de los pobres y de los ricos, y más principalmente de los pobres. El bello templo de Chapinero (Bogotá), está en máxima parte construído por las limosnas de los carboneritos de La Calera.

Las grandes compañías industriales construyen rumbosamente... para su provecho. La Iglesia construye sus templos para sus fieles. Por eso, pobres y ricos por igual, entran en el templo como en su propia casa: con confianza y alta la frente.

II. El hecho viviente

El hecho inmenso del templo católico debe considerarse por otro aspecto muy importante: nuestros templos son *centros vivientes.*

---

[1] Cfr. *Anuario de la Iglesia Católica en Colombia,* Bogotá, 1938, pág. 167.

Esto ya se podía prever *a priori*, porque un hecho material tan grandioso no puede proceder sino de una intensa vida de la extraordinaria institución que lo lleva a cabo. Y así es en efecto.

Un observador que se sitúa, por ejemplo, un domingo a las seis de la mañana ante la puerta de la iglesia parroquial de Chapinero, ve salir por ella una gran multitud, que pasa regularmente de 1.500 personas: son las que han asistido a la Misa de las cinco y media. Si nuestro observador es constante, verá que multitudes nuevas e igualmente numerosas, acuden a las Misas que se celebran cada hora, de las cinco y media de la mañana hasta las doce, multitudes que en su conjunto vienen a sumar unas 10.000 personas en esta sola iglesia parroquial.

En Bogotá hay veinte parroquias. Y suponiendo que a ellas acuden por término medio no ya 10.000 personas, como a la de Chapinero, sino sólo 5.000, tendremos que en las parroquias de Bogotá acuden a la santa Misa unas 90.000.

Pero en Bogotá hay más de treinta iglesias que no son parroquias y a las que acude a oír la santa Misa una alta cifra de católicos. En una de ellas, por ejemplo, la de San Ignacio, oyen Misa cada día de fiesta de 10.000 a 12.000 personas. Si suponemos que a las iglesias no parroquiales de Bogotá van por término medio, no ya 10.000 personas, como a la de San Ignacio, sino sólo 4.000, veremos que a todas ellas acuden unas 130.000.

Pero además hay en Bogotá unas 100 capillas de casas religiosas, colegios, instituciones de beneficencia, donde oye Misa un número muy considerable, por término medio 200 personas, que da una cifra total de 20.000.

Así sólo en Bogotá y acortando bastante los cálculos, asisten al Santo Sacrificio del Altar en el

templo católico cada día de fiesta, entre 250.000 y 300.000 personas.

Tal vez hasta ahora no habíamos pensado en estos hechos... Pero extendamos el campo de nuestra visión.

Si nuestro observador se traslada al campanario de cualquier parroquia rural, verá grupos y más grupos de feligreses que recorren los caminos reposados de los valles o los serpenteantes caminos de los montes, y se dirigen al templo católico. La gran multitud rumorosa que llena la plaza del pueblo en el mercado dominguero, ha venido toda ella principalmente por oír la Misa y la instrucción cristiana.

Y aquí podemos preguntar de nuevo: ¿qué institución humana, fuera de la Iglesia católica, sería capaz de reunir en los 800 municipios de Colombia tales multitudes y eso *todos los días de fiesta, durante todo un año, durante todo un siglo, durante varios siglos?...*

Comprendámoslo cada vez mejor: la Iglesia católica es algo único, absolutamente extraordinario...

Pero cómo crece nuestra comprensión admirativa, cuando pensamos que lo que sucede en Colombia, sucede en América, en Europa, y más o menos en todo el mundo.

En una de tantas parroquias católicas de Mánchester hemos dicho dos veces la santa Misa el mismo domingo ante 3.000 personas. Y allí se celebraban otras Misas.

En París hay 90 parroquias, y cuando después de la guerra europea creció en dos millones la población de la gran capital francesa, se construyeron en los barrios nuevos en pocos años más de 50 iglesias.

Es conocido el hecho de que en Berlín, en la capital de la Prusia, baluarte del protestantismo, los

templos protestantes sobran para la población protestante, y los católicos son estrechos para acoger a todos sus fieles.

El 10 de diciembre de 1939 nos escribía desde el Colegio Chabanel en Pekín, un joven misionero colombiano [2]:

El otro día fuimos a Misa al Peitang.... Ya estamos en la antesala del invierno... Cerca de la catedral observo una corriente grande de gente, muy arropada con bufandas, sobretodos y capas: matronas, hombres, niños y jóvenes. Cómo le palpita a uno el corazón ante ese espectáculo que plasma la catolicidad de la Iglesia... La catedral está llena. Un sacerdote chino aparece en el altar mayor y comienza la Misa. Una voz se eleva en medio del pueblo y entona un canto un poco extraño al que responde toda la iglesia. Se entonan las oraciones en un coro imponente, los hombres siguiendo sus libros, los demás al oído... Entre las oraciones pronto distingo el *Ave-María, Wan-fu-Maleya*... y los acompaño... Hay sermón. Durante la Comunión se acerca multitud de gente; hay muchos estudiantes... Después de la Misa hay bendición con el Santísimo, y la iglesia resuena con bellos cánticos en latín: el *Panis angélicus* y el *Tantum ergo*... Ha sido larga la función; todos se preparan para salir afuera, envolviéndose en sus abrigos. Los niños sólo asoman su carita de manzana entre el gorro que les cubre la cabeza, cuello y orejas... Yo salgo en medio de la muchedumbre. Van contentos, charlando y bromeando... Nos dirigen miradas cariñosas. Saludamos con una ligera inclinación de cabeza, y a Chabanel!...

Hasta aquí el joven bogotano, misionero en China.

El templo católico es un centro bullente de vida espiritual en toda la extensión del planeta, aun en medio de los pueblos paganos.

Homero comparó con una colmena al ejército griego al salir de las naves sobre la playa de Troya:

---

[2] El P. Jorge González Quintana, S. J., bogotano, quien desde el año 1939 está trabajando en la Misión que tiene en China la Provincia Colombiana de la Compañía de Jesús.

con más verdad se puede decir de cada uno de los millones de templos católicos del orbe, que son la colmena viviente, alegre, recogida y dulce de las almas...

Digamos una última palabra acerca de otro aspecto muy amable del templo católico: nuestro templo, cada uno de los millones de templos que decoran la gran superficie del planeta, es *el hogar siempre abierto.*

El templo católico está siempre abierto, aunque esté vacío... ¡Pero no! Nuestro templo católico nunca está vacío. En su sagrario vive siempre eucarísticamente nuestro Dios-Salvador: allí su Corazón arde con la eterna llamarada de su amor al hombre, y frente a su Sagrario arde también, perpetuamente, la lamparita insomne, símbolo de nuestra fe y de nuestro amor...

El templo protestante no tiene la Presencia eucarística de nuestro Salvador: es un salón en que sus gentes se reúnen un día a la semana durante un rato, y que después es cerrado al quedar vacío. Este contraste entre nuestro templo católico y el de ellos, impresionó fuertemente al pastor protestante suizo Borel-Guirard [3], quien formuló su sentida impresión en unas estrofas cuya traducción dice así:

Si al católico templo, abierto siempre,
llego una vez a entrar,
me invade el alma una quietud inmensa,
una mística paz.

Esos amantes hijos, CADA DIA,
llegan al Sacrificio del Altar,
y al Salvador en holocausto ofrecen
su fe y su amor, sus penas y su afán.

Cuando, después del éxtasis sublime,
se alejan del Altar,

[3] Gustave Borel-Guirard, *Le temple fermé.*

su corazón va lleno, como un vaso,
de un amor inmortal.

Hoy visité otro templo que levanta
ante los ojos su desnuda faz,
y desde la colina se refleja
del irisado lago en el cristal.

Yo, lleno el corazón de tantas cosas
que el alma piensa ante su Dios no más,
dije, avanzando: «Entremos, alma mía,
en el santo lugar!...».

Mas la puerta a mi mano se resiste,
y una voz honda me responde allá:
«Yo soy un templo sólo por un día,
por seis días, recinto sepulcral!...».

El templo protestante está toda la semana cerrado y solitario como un sepulcro. El templo católico está siempre abierto y lleno con la Presencia eucarística de Jesucristo, nuestro Dios y Salvador. Por eso todos los días al toque del alba se dirigen hacia El los fieles a la Misa y a la Comunión. Por eso allá van a cualquier hora del día las almas que quieren visitar y hablar a su Dios: la madre de familia va a comunicarle sus preocupaciones, sus anhelos y sus penas; la joven a poner junto al Sagrario las flores del jardín y del corazón; el joven a pedir luz y fortaleza al Amigo de la noble y fogosa juventud; el hombre a comunicar sus propósitos y sus trabajos y a confesar sus faltas al Señor misericordioso y protector...

Nuestro templo católico es ese hogar de las almas, siempre abierto en millares y millares de sitios, desde la Tierra del Fuego hasta los hielos de Alaska, desde los Llanos de San Martín hasta los desiertos de Trípoli y las estepas de Siberia, desde Islandia hasta Madagascar. En ellos han recibido la fe por el bautismo 400'000.000 de hombres que pertenecen a la Santa Iglesia católica en todas las regiones del planeta, y cada día de fiesta se reúnen en

los templos católicos los creyentes en un número que no puede compararse con ninguna otra institución humana ni con ninguna otra religión terrena.

En medio de la incalculable variedad de razas, climas, costumbres, intereses regionales, tendencias encontradas de las naciones, el número, la uniformidad, la actividad espiritual de los templos católicos, es un hecho único en la historia presente y pasada del mundo, hecho que no tiene explicación en causas humanas. Un efecto tan grandioso, que no tiene semejante en las otras instituciones humanas, requiere una causa extraordinaria que no tienen las instituciones humanas: eso es lo que llamamos un milagro histórico.

Esto aparecerá cada vez con más luz en los capítulos siguientes.

Entre tanto, ¡oh pensadores que leéis estas páginas, quizás allá en ignotas lejanías, meditad con recogimiento cómo sólo el infinito poder de Dios puede realizar el hecho inmenso del templo católico!...

CAPITULO II

LA UNIDAD DOCTRINAL DE LA IGLESIA

Al entrar a tratar ya directamente de la *unidad* actual de la Iglesia católica, es preciso hacer una indicación previa acerca de la relación que existe entre la *unidad* y la *catolicidad.*

Católico significa *universal,* es decir, propio de todo el género humano.

La religión verdadera impuesta por la ley natural, y más, si cabe, la religión verdadera revelada por Jesucristo, Dios, para la redención del mundo, tiene que ser católica, universal para todo el género humano: porque *Dios quiere que todos los hombres se salven* [1], y los hombres no pueden salvarse sino por la verdadera religión.

De ahí que no pueda ser la verdadera una religión exclusiva, limitada a una sola raza o a una sola nación, ya se llame raza germánica, casta brahmánica o nación china: la verdadera religión tiene que ser de todos los hombres y para todos los hombres.

Pero la verdadera religión universal, como la verdad misma, tiene que ser no solo *única,* sino también *una,* es decir, no solamente ha de ser la sola verdadera entre muchas erróneas, sino también *una en sí misma,* sin división interna: sólo esa religión *una* puede ser universal, porque para que *una cosa sea universal, católica,* tiene que ser ante todo *una cosa.*

Esta es la razón por qué el protestantismo no puede ser la religión universal, ni por consiguiente la verdadera religión: el protestantismo no tiene ni

---

[1] 1ª Carta de San Pablo a Timoteo, II, 4.

unidad doctrinal, ni unidad de gobierno, ni unidad de culto: el protestantismo es *sólo un nombre* que cobija innumerables sectas diversas y aun opuestas. Por fuerza del principio protestante del libre examen, con que cada individuo interpreta a su modo la Sagrada Escritura, el protestantismo es un caos doctrinal; por la falta fundamental de autoridad que organice a los individuos, el protestantismo es un caos social; por la falta de prácticas religiosas uniformes y reglamentadas por una autoridad competente, el protestantismo es un caos cultual. Ahora bien, el caos no es una, sino innumerables cosas: el caos no tiene la unidad de lo universal. Así una religión caótica no puede ser la verdadera religión que ha de salvar a todos los seres humanos.

Que en cambio ese carácter de unidad se realice en la Iglesia católica por una portentosa serie de milagros, es lo que quisiéramos hacer ver en los capítulos siguientes, empezando por el primer término de la serie: *la unidad doctrinal,* que a su vez es una nueva serie de milagros.

I. Variedad y variabilidad de las doctrinas humanas

Quien estudia la historia de las religiones, de la filosofía, de las ciencias, de la cultura en general, encuentra una variedad tan grande en las doctrinas humanas, que puede formular dos leyes en que se expresa la naturaleza de aquella variedad en el tiempo y en el espacio.

La primera ley es: *En el género humano, abandonado a sí mismo, la variedad de clima, raza y costumbres lleva a cabo grandes variedades en los conceptos sobre los principales temas del conocimiento humano y en especial en materia religiosa.*

La segunda ley: *Cuando, dentro de un mismo clima, raza y costumbres, esos conceptos quedan ac-*

cesibles a la discusión humana, los conceptos sobre los grandes temas del conocimiento humano están sujetos con el tiempo a una gran variabilidad.

La *variedad* en el espacio y la *variabilidad* en el tiempo son dos leyes trágicas que rigen la historia de las doctrinas puramente humanas en todos los tiempos y razas.

En el siglo I antes de Jesucristo, por ejemplo, las ideas religiosas de los griegos eran diversas de las ideas de Roma; diversas de ambas las ideas de los germanos; diversas de todas ellas y entre sí las ideas de los galos, britanos, iberos, africanos y séricos. Hoy se puede decir lo mismo de todos los pueblos que no profesan la fe católica. Fuera de ella, cada momento de la historia es una confirmación imponente y dolorosa de la primera ley: las ideas de los pueblos nunca son iguales a un mismo tiempo.

Pero tratándose de un mismo pueblo o grupo doctrinal, cuando la discusión toca las ideas, llega el momento de la variabilidad. Las ideas religiosas de Grecia cambiaron mucho de Homero (siglo IX a. de JC.) a Aristóteles († 322 a. de JC.). Y lo propio sucede en las ideas científicas de todos los tiempos: cuánto ha cambiado la astronomía desde Galileo († 1642) a Herschell († 1822), de Herschell a Shapley; la electrotecnia de Volta († 1828) a Marconi († 1938); la biología de Cuvier († 1832) a Ramón y Cajal († 1934); el concepto del hombre de Voltaire († 1778) a Blondel.

Variedad y *variabilidad:* leyes trágicas del pensamiento humano, de las cuales no escapa ningún pueblo ni época histórica y que pone los más fecundos gérmenes de división entre los diversos grupos de la misma familia humana y entre las diversas épocas de un mismo grupo.

La diversidad de ideas que crean la diversidad de intereses son la causa de todas las guerras civiles e internacionales. Para el impulso de la sociedad o para el retroceso, para la unión o para la desunión, las ideas siempre han sido las fuerzas máximas.

* * *

Sólo hay un medio humano para evitar la variación en las doctrinas: sustraerlas a la discusión.

Así se conservan más o menos invariables las extrañas y absurdas ideas religiosas de las tribus incultas por la incapacidad mental de las mismas tribus. Así se conservan también las religiones orientales, como las de Brahma, Confucio y Mahoma, porque de ellas está excluída la discusión. El mismo Cisma griego-cristiano se conserva momificado por no ser discutido.

* * *

Pero aquella variedad y variabilidad se da necesariamente por irremediable ley histórico-sicológica:

1º—En las doctrinas *propuestas a la discusión*, y esto

2º—Aun tratándose de *ideologías sencillas*, como la explicación de la célula o del átomo, conceptos que tanto han evolucionado. Pero *con mayor razón* varían más radicalmente *las doctrinas complicadas*, como ha cambiado tanto en solo siglo y medio la filosofía, desde Kant a Bergson.

3º—Cambian muchísimo, aun tratándose de *conceptos fácilmente asequibles* a la inteligencia *a través de los sentidos*, como la doctrina sobre el origen de las enfermedades de Galeno a Pasteur. Pero *con mayor razón cambian las doctrinas sutiles y difíciles* a la comprensión *por su alejamiento de la percepción sensible*, como las ideas sobre Dios y el alma humana en los diversos pueblos.

4º—Varían igualmente aun *las doctrinas indiferentes a la vida humana* y *sin aplicación a la conducta moral*, como el concepto del mundo desde el Πάνζαρει («todo fluye!») de Demócrito hasta la teoría cinética de los gases. Pero *varían sin comparación más las doctrinas* que por aplicarse directamente a la vida humana *exigen sacrificios a la voluntad.* Por eso dijo Leibnitz con tanta razón: «Si los teoremas geométricos tuvieran aplicaciones costosas a la vida moral, estaríamos dispuestos a rechazar las pruebas geométricas».

5º—Todos estos peligros de variación se dan *aun tratándose de un mismo grupo humano.* Pero *incomparablemente más tiene que variar* una doctrina propuesta *a todos los grupos raciales* en *todas las regiones* del orbe.

Con ser la doctrina cristiana una doctrina revelada por Dios, cuando los hombres rechazan la autoridad doctrinal instituída por Jesucristo y la doctrina queda abandonada a las opiniones personales, la variabilidad y el error invaden a sangre y fuego el campo doctrinal del cristianismo. Esa es la tragedia de la «inspiración privada» y de las doctrinas protestantes. Cuando el protestantismo apenas tenía cincuenta años de existencia, ya en 1577 Cristóbal Rasperger enumeraba doscientas interpretaciones diversas de los protestantes a las sencillas palabras de Jesús: «Este es mi Cuerpo». Cuando apenas tenía el protestantismo un siglo, Bossuet pudo escribir un libro sobre *Las variaciones de las iglesias protestantes.* En nuestros días esas variaciones han llegado a una crisis espantosa. Para no citar sino un hecho reciente, hace algunos años el profesor George Herbert Betts, de la *Northwestern University* (Evanston, Illinois, Estados Unidos) redactó una encuesta sobre las doctrinas fundamentales del cristianismo y la dirigió a 1.500 ministros y seminaris-

tas protestantes que representaban a más de veinte sectas. De las numerosas respuestas se desprenden las siguientes conclusiones:

De quinientos pastores que en ese año tenían cargo de parroquias [2]:

Un 24 por ciento no cree en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo;

un 20 por ciento no cree que Jesús nació de una Madre virgen;

un 18 por ciento no cree en la resurrección de Jesús;

un 27 por ciento no cree en la resurrección de los hombres al fin del mundo;

un 33 por ciento no cree en el pecado original;

un 65 por ciento no cree en la necesidad del bautismo;

un 59 por ciento no cree en la necesidad de pertenecer a la Iglesia de Cristo;

un 57 por ciento no cree en la necesidad de la fe personal para pertenecer a la Iglesia de Cristo.

Y las respuestas de los estudiantes que se preparaban para pastores avanzaban mucho más, señalando la aterradora evolución de las doctrinas protestantes. Según esas respuestas, de esos estudiantes

un 56 por ciento no cree en el misterio de la Santísima Trinidad;

un 36 por ciento no cree que Dios es omnipotente;

un 62 por ciento no cree que Dios es inmutable;

un 76 por ciento no cree que Dios ha obrado milagros;

un 91 por ciento no cree en la existencia del demonio;

un 92 por ciento no cree que la Biblia es un libro inspirado por Dios;

[2] Véase el *Litterary Digest*, mai 1929.

un 55 por ciento no cree que Cristo puede resucitar a los muertos;

un 71 por ciento no cree que la muerte de Cristo es necesaria para nuestra redención;

un 58 por ciento no cree en la resurrección de Jesús;

un 82 por ciento no cree en la futura resurrección de los hombres;

un 80 por ciento no cree en el infierno eterno;

un 82 por ciento no cree que la eternidad depende del estado del alma al morir;

un 83 por ciento no cree en el juicio universal;

un 87 por ciento no cree en el pecado original;

un 86 por ciento no cree en la necesidad del bautismo;

un 84 por ciento no cree en la necesidad de entrar en la Iglesia de Cristo.

Las doctrinas protestantes, como cualquier doctrina sostenida por la simple opinión humana, están inexorablemente sujetas a la ley histórica de la variabilidad.

Entre las doctrinas humanas *no ha existido ninguna* que, expuesta *al menos a alguno de estos peligros* de variación, haya dejado de variar; pero sería aun *mucho más inevitable* la variación hasta la desaparición total, si la doctrina estuviera expuesta *a todos estos peligros juntos.*

Por eso,

1º si una doctrina que se propone no sólo a la aceptación de los simples, sino también a la discusión de las mayores inteligencias;

2º si una doctrina que no es sencilla, sino más compleja que todos los sistemas filosóficos;

3º si una doctrina que no propone sólo conceptos sobre la materia visible, sino también las ideas más abstractas y profundas;

4º si una doctrina que tiene aplicaciones morales muy costosas a nuestra naturaleza;

5º si una doctrina que se propaga no sólo en un grupo étnico, sino en todas las regiones y razas de la tierra y a través de todos los siglos,

si esa doctrina no cambia, esa doctrina no está sujeta a las leyes ordinarias de la sicología y de la historia: esa doctrina es cinco veces milagrosa.

Y si esa doctrina, expuesta a la discusión de los sabios, confrontada con descubrimientos antes insospechados de las ciencias, no sólo no es alterada por la discusión ni contradicha por los descubrimientos, sino que cada día aparece más grande en su unidad, en su profundidad y en su armonía, esa doctrina realiza un nuevo milagro más pasmoso que los anteriores.

Pues bien: *esa es la doctrina católica.* Y vamos a probar esta afirmación.

II. Unidad milagrosa de la doctrina católica

1º—La doctrina católica propuesta a la discusión.

En el seno mismo de la Iglesia católica las doctrinas son examinadas científicamente. Son típicas en las universidades e institutos superiores de teología y de filosofía católicas las *Disputationes* habidas unas en cada clase semanalmente y otras periódicamente más solemnes, en cada curso escolar, en las que los discípulos proponen con toda la fuerza posible y analizan lealmente las objeciones contra las doctrinas católicas. Durante las prelecciones diarias, cualquier discípulo puede proponer las objeciones que se le ocurran y pedir su solución científica.

Y los profesores mismos, de ordinario altas inteligencias, y siempre almas sinceramente apasionadas por la verdad, afrontan por sí mismos las cuestiones y una de las partes imprescindibles de su es-

tudio consiste en el examen de las doctrinas contrarias, para hacer la anatomía de sus argumentos.

Dicen que entre los eruditos protestantes es común el aforismo: *Catholica non leguntur:* («No hay que leer los libros católicos»). Los teólogos católicos sí leen los libros acatólicos, porque la verdad no teme mirar de frente al error.

Pero la Iglesia católica no se ofrece sólo a la discusión de los estudiosos católicos. Su doctrina, su historia, su constitución interna no son las de una sociedad secreta: son, según la expresión bíblica, *un estandarte izado ante los pueblos de la tierra*[3].

La Iglesia siempre ha sido combatida por la discusión desde los judaizantes del siglo I hasta los nazis antijudíos del siglo XX, pasando por Luciano y Celso en el siglo II, Juliano el Apóstata en el siglo IV, los filósofos mahometanos del siglo XIII, los seudoreformadores del XVI, los enciclopedistas del XVIII, los hipercríticos y modernistas del XIX y XX.

Nunca sin embargo se ha estudiado tan a fondo para combatir los orígenes históricos y las doctrinas y organización de la Iglesia como en los últimos ciento cincuenta años. Los impugnadores racionalistas son legión desde el siglo XVIII: Reimarus († 1768), Baur († 1860), Strauss († 1874), Renán († 1892), Tyrrell († 1909), Sabatier († 1928), Harnack, († 1930), Loisy († 1940), y muchos otros al rededor de ellos y paralelos a ellos.

Pero en esos ataques del racionalismo contra la Iglesia se advierten tres hechos muy significativos:

El primero es que en todas las investigaciones científicas de esos eruditos de la historia, de la filología, de la antigua literatura cristiana y de la arqueología, la Iglesia ha encontrado nuevos argumentos poderosos para comprobar sus afirmaciones;

---

[3] Isaías, V, 26.

el segundo hecho es que los racionalistas más estudiosos y más sinceros (como Adolfo Harnack, el más alto representante del racionalismo alemán) con el tiempo se ha ido retirando paso a paso de sus primeras posiciones y han ido reconociendo la solidez científica de las posiciones católicas;

el tercer hecho significativo es que el racionalismo ha cambiado continuamente de posiciones: no las encuentra fuertes. Su historia desde Baur a Guignebert es la historia de las afirmaciones audaces, de las retiradas ideológicas y de las mutuas refutaciones. Embebidos en prejuicios filosóficos no acaban de encontrar en la historia hechos en qué apoyarlos.

Hay pues dentro de la Iglesia riguroso análisis científico de las doctrinas y fuera de ella encarnizada discusión racionalista. Y entretanto las altas y sinceras inteligencias católicas viven tranquilas y gozosas en medio del combate por la verdad, y el sistema doctrinal católico en medio de los interminables ataques no presenta una fractura divisoria, antes se hace cada día más compacto, y como la espada de acero sobre el yunque, cobra más temple a cada golpe del martillo.

Este es un caso extraordinario que se sale de las leyes históricas del pensamiento humano: es un milagro histórico.

2º—Y la doctrina católica no es una teoría sencilla, sino un rico sistema, el más rico sistema científico-filosófico.

El pénsum completo de los estudios sacerdotales es el programa cultural más amplio, profundo y armónico que se conoce en la cultura humana: lenguas antiguas y modernas, matemáticas, ciencias naturales, historia, filosofía y teología forman una fuerte construcción cuyas partes empalman con jus-

teza y solidez y cuyo conjunto tiene la insondable y grandiosa armonía de un universo.

El sabio católico tiene que conocer la historia de la filosofía con sus sistemas, porque de una criteriología errónea brota el error del nominalismo, como de la filosofía de Kant sale la herejía modernista.

El profesor católico tiene que estudiar las propiedades de la materia, su extensión, su ubicación en el espacio, porque el dogma de la Sagrada Eucaristía plantea problemas filosóficos desconcertantes en cuya solución no pueden estar opuestas la verdad científica y la verdad religiosa.

El moralista católico ha de tener en cuenta la aplicación de las leyes morales, la sicología, y por la sicología la fisiología que tanto influye en ella, y por la fisiología los datos físico-químicos que la integran.

El exégeta católico necesita estar informado de la geología y de las teorías cosmogónicas, porque el primer libro de la Santa Biblia es el Génesis y el primer artículo del credo es la fe en Dios, Creador del cielo y de la tierra.

Y estas indicaciones no son sino una pequeña muestra para hacer ver la complejidad y amplitud de nuestro sistema doctrinal.

No todo cristiano puede estudiar hasta las últimas piezas este gran organismo viviente, pero sí en las grandiosas líneas que todo lo envuelven: eso es el catecismo católico.

Si es ley de la historia y de la sicología humana que las doctrinas, aun sencillas, cambien a través del tiempo y del espacio; el que una doctrina tan compleja y amplia como la católica se conserve una en su amplitud y complejidad es un nuevo pasmoso milagro histórico.

3º—A esto se añade la elevada espiritualidad de la doctrina.

La doctrina católica no contiene sólo conceptos sencillos desprendidos inmediatamente de las percepciones sensoriales, sino también otros muy altos y sutiles y algunos simplemente inasequibles a la razón del hombre.

Los conceptos de alma espiritual, inextensa, inteligente, libre, inmortal; el concepto de la vida sobrenatural, participación de la naturaleza divina e incoación del cielo; el concepto del cielo mismo o sea de una participación de la felicidad infinita por visión y amor divinizados; el concepto de Dios, Acto puro, verdadero Creador universal, inmenso, omnipresente, infinitamente libre y santo, justo y misericordioso, poderoso y bueno, y tantos otros son conceptos de suma altura filosófica y materia de largos estudios.

Pero además la doctrina católica profesa y enseña los dogmas característicos de los misterios o verdades superiores a la comprensión de todo entendimiento creado. Mentalidades alejadas de la Iglesia que no han estudiado la doctrina católica, aunque hayan estudiado muchas otras cosas, usan imprudentemente las palabras «absurdo», «irracional», al tratarse de los dogmas misteriosos del Catolicismo, que en realidad merece el título de «Religión de los misterios». Los acatólicos no han pensado nunca que la verdadera religión revelada tiene que ser misteriosa: pues si en la ciencia del universo tiene el hombre tantas oscuridades, porque el universo material, en su imperfección, contiene tantos enigmas, cuánto más ha de haber misterios en el Dios infinito y dogmas incomprensibles en la ciencia humana sobre el Infinito!... Evidentemente esos misterios revelados por Dios, nunca serán contrarios a la razón, cuyo fundamento es la Verdad absoluta, es decir, el

mismo Dios; pero también ès evidente que Dios sabe y puede enseñarnos algo más de lo que nosotros solos somos capaces de comprender, y que es científico aceptar el testimonio de la Sabiduría y del Amor infinitos...

Pero qué formidable es el peligro de que una fórmula de misterio encalle en las objeciones de la razón y cambie y desaparezca!... Y sin embargo, la Iglesia con una seguridad absoluta, con una audacia imperturbable, en «una aventura desconcertante», como diría Chesterton, lanza ante todas las inteligencias su doctrina llena de altezas y misterios... Y millones de inteligencias, muchas de ellas extraordinarias, tienen por razonable aceptar los misterios; y la doctrina católica, sin retirar jamás un dogma difícil, conserva su unidad admirable en el tiempo y en el espacio. Este es un hecho único en la historia del mundo, hoy más impresionante que nunca y digno de la meditación de los pensadores...

4º—La doctrina católica es la más exigente y costosa de las doctrinas.

Meditemos en esta formidable circunstancia.

Si cambian las doctrinas puramente especulativas que no atacan los temibles intereses de las pasiones humanas, qué suerte esperará a una doctrina eminentemente práctica, que quiere entrar hasta el fondo de todas las conciencias, que contradice todas las pasiones desordenadas, que impone esfuerzos continuos y exige a veces hasta el sacrificio de la vida. Tal es la doctrina católica. Pero mientras las ideas más anodinas por su abstracción cambian y se disipan, la doctrina católica se propaga irresistible e inmutable a través de los siglos y a través de las naciones. Y hoy día 400'000.000 de hombres, de todas las naciones del globo, abrazan esa doctrina y se sujetan voluntariamente a sus exigencias y, cuando

llega el momento, por ella ofrecen la vida. ¿Cuál es la doctrina, fuera de la católica, que en la Roma de los Césares como en la Rusia de los bolcheviques, que en la Hispania romana como la España roja, y en todas partes ha tenido millones de mártires?...

Es que en nuestra doctrina vive un misterio de firmeza y unidad, ajeno a las leyes de la inestable naturaleza humana: es la inmutabilidad de lo Absoluto obrando entre la mutabilidad de lo contingente; es Dios mostrándose en aquel efecto exclusivo de su poder que se llama *el milagro.*

5º—Finalmente, la doctrina católica, expuesta sin temor a la discusión, doctrina compleja, amplísima y llena de altezas espirituales e insondables misterios, doctrina que exige a veces hasta el sacrificio de la vida, ha de ser recibida por todas las razas, en todas las regiones del planeta.

Esa es la condición de nuestra doctrina si ha de ser católica, es decir, para todos los hombres. En su inalterable unidad ha de ser predicada a las razas cultivadas por siglos de trabajo y progreso científicos, como las europeas, y a razas de mentalidad infrarudimentaria, como los hotentotes; a razas refinadas por culturas seculares, pero encauzadas en direcciones divergentes del Evangelio, como la india, japonesa y china, y a razas de cultura primitiva, pero petrificadas por siglos en sus supersticiones, como los esquimales. Las doctrinas humanas no necesitan tantos obstáculos para dividirse y variar sin tregua. Hemos visto cómo las más sencillas teorías, expuestas a la discusión en una sola escuela, se desgarran y se disipan en la noche, como un jirón de niebla bajo los aletazos de la borrasca. Pero por encima de esa mutabilidad humana, la doctrina católica, tan amplia, elevada y misteriosa, cobija a todas las razas con su inmutable unidad, como cobija a la

tierra el cielo estrellado, uno e inmenso, cuajado de luces y misterios.

Pero lo que hace más portentoso este milagro, es el pensar que este imponente sistema doctrinal, el más rico, profundo y armónico, que arroba en admiración y goce intelectual a las más geniales inteligencias, no es sino la floración natural de la sencilla doctrina que un joven Maestro hebreo enseñó en conversación familiar hace veinte siglos en las playas del Tiberíades y bajo los olivares de la Judea, y que propagaron doce pescadores destituídos de medios humanos, dispersos por el mundo. Es evidente que este gran milagro actual prueba la divinidad de Jesús y la divina fundación de su Iglesia.

Amado lector: recogiéndote en lo más íntimo de tu espíritu, medita ante Dios en este portento divino, grande y luminoso como una constelación: verdadera constelación de milagros, encubierta tras la neblina incolora de esta expresión abstracta: *la unidad doctrinal de la Iglesia católica.*

CAPITULO III

LA UNIDAD DE CULTO

Hablamos en el capítulo anterior de la unidad doctrinal de la Iglesia católica, unidad que por sí sola contiene un conjunto pasmoso de milagros. En la Iglesia también es admirable, milagrosa, la unidad de culto.

I. Algunas nociones

El culto católico es el honor tributado a Dios en reconocimiento de su infinita perfección.

El culto católico *a) adora* a Dios como Causa Primera y Señor Supremo de todos los seres; *b) da gracias* a Dios como Creador omnipotente y Gobernador bondadoso de todas las creaturas, especialmente del hombre; *c) ora* a Dios, nuestro Fin último, que hemos de alcanzar por medios superiores a toda la naturaleza creada; *d) desagravia* a Dios, Majestad infinita, ofendida por los pecados humanos, y alcanza perdón de su infinita misericordia.

Un culto de adoración, agradecimiento, plegaria y expiación está impuesto a todos los hombres por la misma ley natural; pero un número grandísimo en la historia del mundo fue perdiendo la noción verdadera de Dios y de su debido culto, impuestos por la sola razón, hasta llegar a los absurdos y extravíos contenidos en las religiones paganas. El Hijo de Dios hecho hombre llevó a cabo la redención del género humano y devolvió a nuestras mentes el concepto verdadero del culto; pero al propio tiempo lo perfeccionó infinitamente en sus finalidades y en sus medios, lo precisó en sus formas y lo hizo en su práctica aún más profundo y humano.

Jesucristo nuestro Señor, Maestro de la verdad, Rey del Reino de Dios, Sacerdote supremo de la única verdadera religión, puso los fundamentos del nuevo culto sobrenatural y al propio tiempo al incorporar su religión en una sociedad perfecta que El llamó su Iglesia, comunicó a ésta el necesario *poder de jurisdicción* para gobernarse, el *poder de magisterio* para conservar y enseñar la verdad revelada, y el *poder de orden* para administrar con la debida perfección las cosas sagradas instituídas por el mismo Salvador.

Con esa autoridad, y para conservar y administrar lo que el Señor en cuanto a la sustancia estableció, la Santa Iglesia instituye y conserva o cambia las formas concretas de culto que son expresiones accidentales de la religión cristiana. Esas formas concretas creadas por la autoridad de la Iglesia, perfeccionadas y enriquecidas por un ejercicio secular, han venido a formar los grandiosos conjuntos que se llaman *liturgias*.

Elementos sustanciales del culto verdadero, instituídos por Jesucristo Redentor, son el Sacrificio, acto central y culminante en la distribución de la gracia sobrenatural, y los sacramentos, así mismo instrumentos de la gracia, adaptados a las diversas edades y estados del hombre. La Iglesia determina los *ritos* y *ceremonias* [1] con que se debe realizar el Sacrificio cristiano y se deben administrar los sacramentos. La Iglesia instituye también otros medios menos capitales, pero siempre fecundos, en la producción de la gracia, llamados *sacramentales*, y

---

[1] Se emplean regularmente como sinónimos los vocablos *rito* y *ceremonia*. Sin embargo, algunos autores entienden por ritos las *palabras* litúrgicas (de ahí *Ritual)* y por ceremonias las *acciones* (de ahí *Ceremonial)*. Otros autores entienden por ceremonias las formas particulares (palabras y acciones) y por ritos los conjuntos de ceremonias.

organiza las formas como se han de ejercer algunos actos convenientes u obligatorios llamados *oficios*.

En los templos y capillas católicas de todo el mundo la liturgia se desenvuelve en una serie ordenada de tiempos y solemnidades, admirable por su profundidad dogmática, por su virtud pedagógica, por su variedad e intimidad afectiva y por su armoniosa esplendidez estética: es lo que llamamos el *año* o *ciclo litúrgico*.

Empieza por el Adviento o expectación de la venida del Salvador, tiempo que se corona con las amables fiestas de Navidad; se continúa el ciclo por la Cuaresma para conmemorar el ayuno de Jesús en el desierto, y preparar la celebración de su Pasión y su gran Sacrificio; prosigue después con el tiempo pascual, iniciado por la explosión de sol naciente en la resurrección del Señor, continuado por la celeste nostalgia de la ascensión, y coronado por las fecundas y elocuentes lenguas de fuego en la venida del Espíritu Santo. El resto del año litúrgico, desde Pentecostés hasta el nuevo Adviento, es como una conmemoración incansable de la vida gloriosa del Salvador a la diestra del Padre, y de nuestro glorioso camino de peregrinos cristianos sobre la tierra.

* * *

La unidad del culto católico tiene hondas raíces en la unidad misma de la Iglesia.

La *autoridad* que regula la vida litúrgica es la Cabeza de la Iglesia católica. El derecho canónico, o código de la legislación eclesiástica, dice: «Sólo a la Santa Sede corresponde el ordenar la sagrada liturgia» (can. 1257). Este es ya un hecho único en el mundo: una autoridad con jurisdicción litúrgica en todas las naciones. La masonería, que se jacta de su fuerza de cohesión (con ser ella tan floja y tan limitada) está dividida en varias sectas independien-

tes entre sí. El protestantismo, caos de sectas, carece de autoridad y prácticas litúrgicas. Si fuera posible a los hombres alcanzar una unidad de culto tan firme y viviente como la católica, encontraríamos esa unidad en las instituciones humanas: pero en ninguna de ellas se encuentra a pesar de todos los esfuerzos. Sólo la Iglesia católica posee la unidad universal: es el sello del poder de Dios sobre las inestables cosas humanas.

Las liturgias católicas, nacidas y practicadas en diversísimas regiones de Oriente y Occidente, se han ido unificando con firmeza a través de los siglos. En los pueblos de Oriente tan diversos en carácter, cultura y costumbres de los occidentales, la Iglesia, con un sabio tacto maternal de adaptación, ha aprobado liturgias propias en diversas regiones. En los demás pueblos ha establecido la grandiosa *liturgia latina,* que, como manifestación del genio occidental informado por el cristianismo, es la más rica por su doctrina, y la más sobria y concentrada en el afecto: de ahí que sea también tan grave y majestuosa en sus fórmulas verbales y en sus actitudes, tan brillante y sugerente en su ornato visible, y tan sencilla e íntima en su expresión musical.

La liturgia católica está regulada por libros compuestos oficialmente, de los cuales los principales son:

Para la celebración del gran Sacrificio cristiano, centro del culto católico, el *Misal,* publicado en edición típica por San Pío V en 1570.

Para la administración de los sacramentos y sacramentales, el *Ritual romano,* editado por Paulo V en 1614 y ligeramente corregido y adaptado por algunos Pontífices posteriores.

Para la recitación de las horas canónicas, el *Breviario,* unificado por San Pío V en 1568 y reformado por Pío X en 1914.

Para las funciones propias de los obispos el *Pontifical romano*, promulgado en forma universal por Clemente VIII en 1600 y revisado por León XIII en 1886.

Fuera de estos libros oficiales hay otros propios para ciertas funciones más solemnes, como los que ordenan la liturgia de las iglesias catedrales y colegiales, los que regulan el canto litúrgico, etc.

Una Congregación de cardenales, la *Sagrada Congregación de Ritos*, está encargada de mirar por la unidad y decoro universal del culto divino, imprimir los libros litúrgicos en ediciones llamadas *juxta típicas* (es decir, conformes a las oficiales), componer y editar los oficios de las nuevas fiestas y santos, y resolver las dudas que ocurren en las diversas regiones del orbe relativas al culto divino.

II. La unidad del culto católico

La unidad de nuestro culto ya puede haberse visto con las anteriores indicaciones relativas a la formación y organización de la liturgia; pero es preciso considerarla más expresa y concretamente.

El sentido o espíritu mismo de la liturgia tiene una relación esencial a la unidad católica: la liturgia es la expresión de la vida religiosa social, es la palabra de la unidad.

El protestantismo que, como su nombre lo indica, tiene una naturaleza eminentemente negativa, destructiva, y que por hacer campear exclusivamente el individualismo atómico, disuelve la sociedad religiosa, por el mismo hecho aniquiló la liturgia: el protestantismo no tiene expresión de la vida religiosa.

Durante la guerra europea, ese hecho impresionó a los soldados no católicos en contacto inmediato con los católicos aun en las prácticas religiosas. En

las circunstancias difíciles, en presencia de un herido, en el enterramiento de los muertos, el pastor protestante se encontraba poco menos que inerte: su actitud consistía y consiste en presentarse con su corbata y su chaqueta, como cualquier apreciable señor, y leer ante sanos, enfermos y difuntos un pasaje evangélico. En cambio, el sacerdote católico para los soldados en servicio de guerra tiene la santa Misa diaria y la Comunión, la predicación y la dirección espiritual; para los soldados que van a entrar en combate por su patria y por su deber, además de palabras sobrenaturales estimulantes al valor y al sacrificio, tiene el sacramento de la penitencia con la absolución privada y también con la general para todo el ejército; ante el herido que cae sobre el campo tiene de nuevo la absolución salvadora, la Extremaunción vivificante, y el Viático adorable; para el moribundo tiene la preparación a la buena muerte, la recomendación del alma, la indulgencia plenaria; para el difunto tiene el rito de los funerales lleno de esperanzas eternas, y los sufragios principalmente por el Santo Sacrificio de la Misa. Y los soldados protestantes decían: —La católica sí es una religión plena y viviente, que tiene un toque de gracia sobrenatural para cada instante de la vida.

* * *

Aquellos soldados tenían razón. La verdadera religión revelada por Dios es, por lo mismo, la religión más humana, es decir, la más acomodada a la naturaleza y a la vida del hombre. Por eso la religión católica es la única que satisface plenamente las más íntimas y trascendentales aspiraciones de nuestro espíritu. Y por eso en todas las naciones del orbe tiene ella un culto adaptado a todas las edades y estados del hombre. Al niño que acaba de abrir los ojos a la vida, lo santifica por el Bautismo; más tarde, lo fortifica con la Confirmación; cuando, niño o

adulto, cae en el pecado, lo levanta por la Penitencia; perfecciona el contrato y la vida conyugal por el Matrimonio; sublima la consagración a Dios por el Orden sacerdotal; ilumina y fortalece al moribundo por la Extrema-unción, y a todas las edades, desde el amanecer infantil hasta el crepúsculo de la muerte, les ofrece, para divinizarlas, el Sacrificio, el Alimento y la Compañía del Dios eucarístico.

Como algunos de los protestantes aceptan unos dogmas revelados por Cristo y rechazan otros, así algunos aceptan sólo cuatro sacramentos, otros tres, otros sólo el Bautismo, otros ninguno: es la variación del error. Los católicos aceptan todo lo revelado e instituído por Cristo: es la unidad invariable de la verdad.

Pero el culto católico no santifica sólo al hombre, sino también sus cosas, y en esto brilla también su milagrosa unidad.

La consagración del templo tan profunda en el sentido de sus plegarias y tan imponente en sus ceremonias, es la misma para toda catedral o parroquia católica en Bogotá, en Nueva-York, en Londres, en Roma; la misma en las ardientes aldeas ribereñas del Magdalena o del San Jorge, que entre las heladas viviendas de Alaska y Patagonia, en los bosques del Nepal al pie del Himalaya o en los aduares moros del Sahara.

También para la casa hogareña, para la escuela, para la biblioteca, para la fábrica, para el horno de cal, etc., la Iglesia tiene las mismas fórmulas de bendición entre los católicos de nuestros barrios bogotanos, como en Casanare o en las Guayanas o en Filipinas, o en Uganda o en Escocia.

El vapor trasatlántico, la nave pesquera, el sencillo esquife, tienen en nuestro Ritual su bendición

propia, lo mismo en los grandes océanos que en el mar Caribe, en el Cantábrico, en el Báltico, en el Golfo pérsico o en las costas de Groenlandia.

El lento carro montañés, el rápido automóvil, el ferrocarril conquistador, el avión ligero, avanzan bajo la bendición católica en las sabanas andinas, en las llanuras canadienses, en los viaductos de los Cárpatos o en los aterrizaderos de Noruega o Nueva Zelanda.

Los campos, las fuentes, las viñas, las mieses de trigo, arroz y maíz, los ganados, las aves domésticas, las colmenas de abejas, reciben la bendición del cielo por las mismas preces litúrgicas de la Iglesia, ya sea en las vertientes de los Andes colombianos o chilenos, ya en las vegas de Calcuta o en los cigarrales de Andalucía o en las alquerías de los Alpes.

* * *

Como en el dogma y en la vida católica Jesucristo y su Madre santísima son el centro del plan de Dios, ellos concentran también lo más fecundo y solemne del culto religioso del catolicismo.

Sin querer mencionar siquiera las grandes solemnidades de Nuestra Señora ni sus devociones particulares, aun el santo Rosario, fijemos la atención en una devoción breve y pequeña que ha recibido el honor, no frecuente, de ser incorporada a la liturgia oficial de la Iglesia: *el Angelus. El Angelus* se recita tres veces diariamente: al alba, al mediodía y al atardecer. A esas horas, desde la gran cúpula de San Pedro en Roma, las campanas sueltan sobre la capital del mundo católico su vibración ondulante y solemne, para saludar a la Virgen María en el misterio de la Encarnación; y siguiendo el itinerario del sol, van repitiendo aquel saludo de instante en instante, las grandes catedrales del mundo, las iglesias

parroquiales, los conventos y los colegios católicos, los santuarios de los valles, las ermitas sobre las montañas, y hasta en la soledad de los mares elevan su oración filial las almas católicas, cuando, como recuerda el poeta colombiano,

la bendición del cielo
bajó hasta el alma oscura de la marinería,
y de LA TRINIDAD *se alzó a la altura*
unánime clamor: Ave, María!... [2].

* * *

Pero entre todos los actos del culto nada hay tan trascendente ni tan misterioso y doctrinal, tan fecundo y tan conmovedor, como el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Como alimento y compañía divinos es el centro de la vida personal católica; como Sacrificio es el foco central en la vida social de la Iglesia. Por eso el culto y la liturgia se condensan al rededor de la Eucaristía y por eso ella es una prueba deslumbrante de la milagrosa unidad católica.

Y fijémonos ante todo en un aspecto externo. La liturgia de nuestra Misa es universal. Cuando el sacerdote celebra la santa Misa entre nosotros, nuestros vivarachos chicuelos en sus sotanillas de cardenales, responden las palabras latinas con la rapidez y claridad típicas de nuestra pronunciación castellana; en los países franceses o germánicos los tranquilos chicuelos de ojos azules, en la *misma* vestidura roja, responden las *mismas* palabras, aunque fuertemente matizadas de pronunciación francesa o alemana; en la Guinea o en la Somalia, en el Afganistán o en la India, los chicuelos católicos de negros ojos y cabellos ensortijados o lacios que contrastan con el bermellón de las sotanillas, responden a la misa con las *mismas* palabras, pero humedeci-

[2] A. Martínez Mutis, *La esfera conquistada.*

das en sus acentos lingüísticos; en las regiones polares los chicuelos de mirada dulce y lejana, también en sus sotanillas cardenalicias, pero con la carita redonda enmarcada por las guedejas del oso blanco, responden a la Misa con las *mismas* palabras ungidas en modulación esquimal: es la inmutable unidad interna de nuestro culto, tocada con la bella variedad de todas las lenguas de la tierra...

Y ahora miremos por un aspecto más interior el acto supremo de nuestro culto.

La Iglesia tiene en todo el mundo unos 400.000 sacerdotes. Suponiendo que unos 16.000 por una u otra causa no pueden celebrar la Misa diaria, la celebran diariamente unos 384.000. Y como el rito de la Misa dura regularmente media hora, a cada instante del día se están celebrando por término medio unas 8.000 misas.

Concentremos nuestra atención en esta inapreciable realidad.

Mientras la mañana va iluminando a cada hora nuevos horizontes del globo terrestre, el gran Sacrificio cristiano va celebrándose sucesivamente a las primeras horas de la mañana en cada meridiano. Sobre el altar católico, Jesucristo continuamente ofrecido por nosotros —unas 8.000 veces cada instante!...— hace llegar hasta el trono de su Padre celestial el incienso de su divina adoración, de su perenne acción de gracias, de su incansable oración, de su expiación santificadora. Sobre el altar católico a cada instante el Corazón corporal de Dios va elevando en cada zona del planeta la inextinguible llamarada de su amor infinito. Mientras el sol va envolviendo en el manto de su luz y calor físicos todo nuestro planeta, todo él va quedando envuelto sobrenaturalmente en el amor luminoso y cálido del Corazón de Jesucristo. Así la superficie terrestre es como

una inmensa ara circular sobre la cual Jesús ofrece perpetuamente su eterno Sacrificio redentor. Jesu-Cristo Dios viviendo en su Iglesia: ese es el poder infinito que realiza el milagro divino de unidad del culto católico.

En la última Cena del Salvador que acabamos [3] de conmemorar el jueves santo, dijo Jesús en su oración sacerdotal: *Padre Santo, guarda en tu nombre aquellos que me diste, para que sean una sola cosa como Tú y Yo!* (Jo., XVII, 11). Aquella oración del Hijo amado ha sido escuchada por el Padre amoroso, y hoy, después de veinte siglos, los cristianos unidos estrechamente en el divino culto católico, celebran con la misma solemnidad en todo el mundo, con las mismas palabras, con las mismas ceremonias, con la misma alegría, la resurrección de Jesucristo. Al paso triunfal del sol, las campanas, como resucitadas, van levantando sucesivamente su concierto de victoria en cada horizonte iluminado por la mañana de la resurrección. En el momento en que oís mis palabras, amados radioescuchas, son las primeras horas de la mañana en parte del continente australiano, en el archipiélago malayo, en China, en el Manchuco y en la Siberia rusa. Si vosotros, como lo tenéis para escuchar mis palabras, tuviérais un instrumento para captar el sonido de los bronces sobre los campanarios, oiríais el concierto de las campanas católicas en nuestras catedrales de Perth, Batavia, Singapur y Pekín. Y si tuviérais otro instrumento, más delicado aún, que captara las palpitaciones del corazón humano, oiríais cómo en este instante palpitan más emocionados los corazones de nuestros hermanos católicos desterrados en la Siberia, sin altares, ni templos, ni campanarios, por la tira-

[3] Este capítulo se leyó en forma de conferencia ante el micrófono de la *Radio Nacional* de Bogotá, el día 24 de marzo de 1940, entre 6 y media y 7 de la noche.

nía bolchevique; pero con corazones de mártires que celebran en la libertad inviolable del santuario interior, el recuerdo de la resurrección de Jesús, esperanza libertadora de la tiranía y de la muerte...

Mil novecientos años, mil novecientas mañanas de resurrección, celebradas por un concierto mundial de campanas, cada año más extenso y grandioso, bastarían solas para probar el incomparable milagro de unidad del culto católico.

CORRIJA USTED MISMO EN SU EJEMPLAR DE

LA IGLESIA CATOLICA, INMENSO MILAGRO

LAS SIGUIENTES ERRATAS

Página 6, nota, dice: Dinzinger - Corríjase: Denzinger

»	26,	línea	4: Πάνζαρει	»	Πάντα ῥει
»	»	»	» Demócrito	»	Heráclito
»	51,	»	17: 280.000	»	380.000
»	83,	»	1: han	»	ha
»	121,	»	2: 261	»	262
»	132,	»	19: otros	»	otras
»	180,	»	9: estautas	»	estatuas
»	181,	»	19: dignifica	»	significa

CAPITULO IV

LA UNIDAD SOCIAL DE LA IGLESIA

Expongamos ya el milagro realizado por Dios en la *unidad social* de la Iglesia católica. Este hecho es tan grande que hay que considerarlo por partes. Dejando para más tarde el estudio de él a lo largo de los siglos, por ahora sólo consideremos la unidad actual, que a su vez necesita ser mirada en dos aspectos importantes: la *cabeza social* y el *cuerpo social* de la Iglesia. En el presente capítulo hablemos sólo de la primera.

I. La cabeza social de la Iglesia católica

No sabemos si muchos de nuestros lectores han parado la atención en este hecho tan sencillo y significativo: el Pontífice Romano es, entre todas las religiones, sociedades y países del orbe, el único *Sumo Pontífice*, es decir, el único que tiene una autoridad universal. Ese título y su realidad prueban que sólo en el Catolicismo existe la perfecta unidad, la sociedad una y universal.

Fuera de la Iglesia, ninguna sociedad humana ha soñado nunca en tener una autoridad universal: el sentido común tiene la intuición de que ella, humanamente, es imposible.

Napoleón, uno de los mayores genios militares que han existido, ambicionó tener un dominio, no ya mundial, sino sólo europeo, y Europa sacudió muy lejos el yugo del domador... y al domador mismo!

No es fácil dominar al mundo. No es fácil hacer a los extranjeros sus propios súbditos.

Pero existe un Rey universal, uno solo, que tiene más de 400'000.000 de súbditos en todas las naciones de la tierra: es el Vicario de Jesucristo...

Hecho único, visible, extraordinario: milagro histórico.

1. La autoridad incomparable

Esta autoridad del *Sumo Pontífice* no es una autoridad abstracta: es una misteriosa autoridad suave, eficaz y fuerte, como no la alcanza ningún rey o presidente de la nación más poderosa de la tierra.

El presidente Harding de los Estados Unidos, para conmemorar el armisticio de la guerra europea y el enterramiento del soldado desconocido en el cementerio militar de Arlington, decretó que el 18 de noviembre de 1921, a las 12 del día, se suspendiera en el país todo el tráfico de vehículos, industria, comercio, etc., y que todos los ciudadanos de la Unión norteamericana se recogieran por dos minutos en oración. Aquellos momentos fueron de una solemnidad tan impresionante, que muchas personas cayeron desmayadas. Hecho insólito que muestra lo que puede la autoridad en un país civilizado. Pero hecho que no puede repetirse muchas veces ni siquiera dentro de los Estados Unidos. ¿Y qué hubiera sucedido, si el presidente de esa gran nación hubiera extendido su decreto a la pequeña república de Colombia? Si tal medida no hubiera excitado grandes tumultos, ciertamente hubiera excitado grandes risas. La primera autoridad de la mayor nación tiene, como el océano, humildes límites de arena que nunca puede traspasar.

Pero pensemos en estos hechos.

El 19 de mayo de 1918 empezó a regir en el mundo el nuevo código de Derecho Canónico, o sea

la recopilación de leyes católicas emanadas de la autoridad eclesiástica durante muchos siglos.

El código manda (can. 126) que los sacerdotes católicos hagan ejercicios espirituales, a más tardar cada tres años, y desde entonces todos los sacerdotes católicos del mundo hacen ejercicios de ordinario cada año o cada dos años.

Manda el código que los seminaristas (can. 1367, 4º) y los religiosos (can. 595, § 1, n. 1) hagan ejercicios cada año, y cada año, sin falta, hacen ejercicios espirituales unos 100.000 seminaristas y cerca de 1'000.000 de religiosos.

Manda el código (can 813, § 2) que la santa Misa sea ayudada por algún varón y que, si no le hay, pueda responder a ella una mujer, pero «a distancia y sin acercarse en manera alguna al altar»; y esta ley se observa con rigor absoluto en las 280.000 Misas que por término medio se celebran cada día en todos los países de la tierra.

Este código de legislación canónica, con sus 2.414 cánones, se estudia y se observa con un cuidado como apenas pueden imaginarse los profanos. Ahora bien: ese código tan eficaz y tan venerado, sólo empezó a tener valor cuando se promulgó bajo este título: *Codex Iuris Canonici Benedicti Papæ XV auctoritate promulgatus* (Código de Derecho Canónico promulgado por la autoridad del Papa Benedicto XV).

La autoridad del Romano Pontífice (que personalmente puede ser hijo de un simple labrador o de un pobre zapatero), una autoridad tan grande que abraza el espacio terrestre y domina los siglos, no la tiene ningún poder humano: es un milagro histórico.

Nuestro Sumo Pontífice es el único personaje sobre la tierra que escribe, como los Apóstoles, *encíclicas católicas,* es decir, instrucciones autoritati-

vas para todo el orbe. Esas enseñanzas son trasmitidas oficialmente por el órgano de publicidad de la Santa Sede, *Acta Apostolicæ Sedis*, y llega o directamente o por medio de los prelados, hasta las últimas parroquias y casas religiosas del mundo.

Pero hay algo que es, en un sentido, más notable todavía: Antes de que el correo lleve los ejemplares oficiales de las encíclicas, las agencias de los grandes periódicos del mundo, como las *Neueste Nachrichten* de Munich, *Le Temps* de París, *The Times* de Londres, *The New-York Times*, trasmiten a sus periódicos por cable o por radio la noticia, el resumen y a veces el texto íntegro de la encíclica recién aparecida.

La primera encíclica [1] de nuestro actual Pontífice Pío XII, ha sido publicada por el gobierno norteamericano en la *Gaceta Oficial de los Estados Unidos*, a petición del diputado Sirovitch, no católico, de Nueva York, el cual admira (son sus palabras), al «brillante, genial e inspirado Pastor de la gran Iglesia católica» [2].

El Papa de los católicos es el único personaje de la tierra que se dirige *Urbi et Orbi*, a la ciudad de Roma y a todo el orbe. Por eso el invento de la radiodifusión es eminentemente católico: nuestro Pontífice lo ha adoptado como su mensajero natural, para hablar a sus hijos de todo el mundo y a toda la sociedad humana.

Es un hecho interesnte que el gran sabio católico Guillermo Marconi, el que más contribuyó a la invención y desarrollo de la radiodifusión, fuera también quien instalara personalmente la estación

---

[1] La encíclica *Summi Pontificatus*, dada el 20 de octubre de 1939.
[2] *Hechos y Dichos en pro y en contra de la Iglesia católica*, Bilbao, enero 5 de 1940, pág. 27.

radiofónica del Vaticano, por la cual dirigió Su Santidad Pío XI su primera alocución radiofónica el 12 de febrero de 1931.

2. *El Maestro infalible*

Pero entre todas las propiedades extraordinarias que caracterizan a este ser único, hay una que es la base milagrosa del cúmulo de milagros que integran la unidad doctrinal: es la *infalibilidad personal del Romano Pontífice.*

Sobre ella se han dicho muchas necedades por los enemigos de la Iglesia. Una de esas insensateces es confundir la infalibilidad con la impecabilidad, como si los católicos creyeran que el Papa, desde el día de su elección, ya no puede cometer falta alguna. Otra necedad es aplicar la infalibilidad a todas las palabras del Pontífice, como si los católicos pensaran que toda palabra caída de los labios pontificios fuera un dogma de fe.

El dogma católico de la infalibilidad pontificia se refiere únicamente a las definiciones dadas por el Papa en condiciones muy restringidas, a saber, 1º en materia de fe y costumbres, 2º cuando habla como Vicario de Cristo es decir, como doctor supremo de la Iglesia, y 3º cuando lo hace en forma solemne con la intención explícitamente expresada de dar una enseñanza contenida en el depósito de la revelación. Una definición en estas condiciones es lo que se llama una definición *ex cathedra.* Tal es la que tenemos los católicos por infalible, o sea que no puede contener error alguno.

Que una definición pontificia en estas circunstancias esté realmente libre de todo error, es cosa evidente, supuesta la divina fundación de la Iglesia, supuesto el encargo confiado a ella por su divino Fundador de custodiar y enseñar la verdad revela-

da y supuesta la asistencia perpetua que Jesús prometió a su Iglesia hasta la consumación de los siglos [3].

De todas maneras, aun entendida la infalibilidad en estas condiciones tan restringidas, ella es una cosa completamente característica de nuestro Padre Santo.

Ningún personaje histórico, fuera de él, ha pretendido pasar por infalible. Si el arzobispo protestante de Cantorbery quisiera reclamar para sí la infalibilidad, los protestantes serían los primeros en no hacer caso alguno de sus afirmaciones, para seguir las propias, dictadas por el libre examen. Si los periódicos nos hubieran dado la noticia de que Gandhi pretendía ser infalible en su propaganda sobre la religión y libertad de la India, los lectores de la prensa dirían con cariñosa lástima: —¡Pobre Gandhi! El ayuno voluntario le secó el cerebro!...

Cuando en 1870 el Concilio Vaticano trató de la infalibilidad pontificia, nadie tomó en broma aquel hecho. Los protestantes, sobre todo en Inglaterra, desataron una violenta campaña contra la Santa Sede, hasta poner en peligro la libertad de los católicos en el imperio británico: era una expresión involuntaria de hipersensibilidad en la llaga incurable del protestantismo: la falta de autoridad religiosa. Bismarck en Alemania inició el *Kulturkampf* o «lucha cultural», como él la llamó: era una reacción exasperada del «Canciller de hierro» contra un enemigo que sentía potente. Las cortes de Austria y Francia amenazaron con el cisma, porque, decían, pretenderse infalible es arrogarse un poder contra los poderes seculares: era un reconocimiento tácito de la enorme autoridad pontificia, aunque mal interpretada.

---

[3] San Mateo, XVIII, 20.

La pretensión de infalibilidad no cabe sino en la mente de un loco o en la mente de personas sanas que tienen argumentos evidentes para afirmarla. Ahora bien, la Iglesia católica, la madre de la civilización moderna en todo lo que tiene de más bello, sabio y virtuoso, la religión más numerosa del mundo, no es evidentemente un manicomio; el Pontífice actual, cuyas palabras se reproducen en todos los grandes periódicos del mundo como las palabras de la más alta sabiduría, cuya primera encíclica ha sido reproducida íntegra por la *Gaceta oficial de los Estados Unidos*, y que ha sido llamado por un diputado norteamericano: «Brillante, genial e inspirado Pastor de la gran Iglesia católica», esa gran personalidad, única en el mundo, no es, claro está, un pobre demente. Pues bien: la Iglesia actual con sus 400 millones de fieles y con su inspirado Pastor a la cabeza, con humildad, con gratitud, con seguridad absoluta, afirman el dogma de la infalibilidad pontificia. Es evidente: ese dogma se funda en las palabras de nuestro Salvador, y la Iglesia de Cristo profesa y tiene que profesar la revelación integral.

* * *

Los concilios ecuménicos son la asamblea de obispos representantes de la Iglesia universal: es la flor de la Iglesia en sabiduría, experiencia y santidad, es la jerarquía, la sólida armadura en la organización eclesiástica, reunida en un lugar para estudiar los asuntos más trascendentales de la Iglesia de Dios. En el Concilio Vaticano, en que se definió el dogma de la infalibilidad pontificia, había 714 patriarcas, arzobispos y obispos. Ahora bien: la autoridad infalible del Papa es tan grande que las enseñanzas y definiciones del Concilio ecuménico no tienen el sello de infalibilidad sino cuando reciben la aprobación del Romano Pontífice. Y es importante

notar que eso lo afirmaron y lo aceptaron así, apoyados en una tradición milenaria y en razones teológicas, los Padres del Concilio Vaticano.

Las definiciones *ex cathedra* son raras en la historia: durante el siglo XIX sólo se pronunciaron dos: la Inmaculada Concepción de María Santísima y la misma infalibilidad pontificia. Siglos han pasado que no han traído ninguna definición solemne.

Cuando la definición llega, la voz de nuestro Pontífice tiene una inmensa resonancia a través del espacio y a través de los siglos: es por excelencia la voz de la unidad cristiana. El 8 de diciembre de 1854 definió Pío IX la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora: fue aquel un día espléndido de solemnidad y alegría para todo el mundo católico. Desde entonces y ciertamente para muchos siglos, en la víspera del 8 de diciembre, las hogueras populares constelan los campos y los montes de la cristiandad, y en la mañana del día virginal, las banderas blancoazules ondean lo mismo en las cabañas campesinas que en los edificios ciudadanos, en los frontones de las capillas y en las torres de las catedrales. Más aún: cada día, al recitar la letanía lauretana, nuestros hermanos de todo el orbe en los templos y en los hogares, en los sembrados y en los caminos, en los barcos transoceánicos y en las lanchas pescadoras, en los reductos de la paz y en los campos de batalla, repiten con fe y amor millones de veces al día: *Mater immaculata, ora pro nobis!*

3. La dinastía misteriosa

Aunque en el presente capítulo no consideramos sino la *unidad actual* de la Iglesia y por tanto al tratar de su unidad social miramos al Pontífice sólo como cabeza actual del catolicismo; pero esa regia personalidad contemporánea no puede entenderse

bien sin hacer siquiera una alusión a su imponente pedestal histórico.

Porque nuestro Papa no es el primer venido de una monarquía futura: es el rey actual de una vieja dinastía *indestructible y misteriosa.*

Para no hablar de otras dinastías humanas en los últimos siglos, que han sido tan breves en su duración y algunas verdaderamente efímeras, las mismas grandes dinastías de Egipto, Caldea y Roma, vistas desde una altura histórica, son también plantas de una primavera. También de cada una de ellas hay que decir lo que del hombre mismo dijo el poeta:

Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa...

Sólo ha habido en la historia una dinastía que en veinte siglos, no sólo no ha conocido decadencia, sino que a cada siglo ha hecho más fuerte y brillante su autoridad: la dinastía pontificia del Catolicismo. Ha tenido 262 reyes y el actual es tan grande, que hoy día es la única autoridad religiosa llamada por los mismos gobiernos civiles no católicos del mundo a intervenir en los intereses trascendentes de la sociedad humana.

Rey incomparable de una dinastía incomparable, que sigue leyes connpletamente únicas, y diversas de las pequeñas dinastías aparecidas en la historia del mundo.

Dinastía única que no se apoya en sus ejércitos porque no tiene presupuestos de guerra. No tiene líneas fortificadas para defender sus fronteras, porque no necesita esas defensas.

Dinastía única por la peligrosa extensión de sus dominios. En este sentido qué milagrosa y formidable es la autoridad pontificia. Milagrosa, porque tiene límites tan dilatados como los del mundo, y los tiene que defender... y los defiende. Y formidable porque no hay fronteras políticas ni líneas fortifi-

cadas que sean capaces de detenerla: penetra hasta todas las regiones como no pueden hacerlo los gobiernos humanos; se instala en las ciudades y en las familias, como no lo puede hacer la policía; llega hasta el fondo de las conciencias cerradas a todas las autoridades terrenas.

Dinastía única por los asaltos sufridos de los mayores poderes de la tierra: Diocleciano, Juliano el Apóstata, Casroes, Taikosama, Napoleón, Bismarck, Lenin, Hitler... y muchos otros más grandes y más pequeños. Todos pasaron como las nubes de polvo sobre la esfinge del desierto. Todos pasaron. Lo que no pasa es la dinastía misteriosa de los Pontífices católicos.

La lucha contra la religión, escribía Mussolini en 1935, es la lucha contra lo incomprensible, contra lo que no logramos alcanzar, es la pugna contra el espíritu en su forma más íntima y profunda. Harto probado está que las armas del Estado nada han podido en sus combates sucesivos contra la Iglesia, que siempre resultó victoriosa.

Sí, tenía razón el duce fascista. La dinastía pontificia, el Papa, también tiene la propiedad exclusiva de ser invencible.

Los enemigos de la Iglesia han sido los más poderosos: provistos de todas las riquezas y de todas las armas de las naciones, encarcelan, confiscan, incendian, crucifican y matan; y la Iglesia sin riquezas, sin armas, sin agresiones, en el dolor, en la oración, en la perseverancia indomable, siempre tiene la última palabra, el último triunfo... Esto es inaudito: es un milagro histórico.

Personalidad misteriosa la de un hombre, que sin perder nuestra endeble naturaleza humana, está evidentemente poseído por la fiel, por la temible asistencia divina. El Pontífice de Roma ante las persecuciones, ante las luchas, ante las miserias físicas

o espirituales de sus hijos en los más remotos países del globo, se enternece y se angustia como una madre en un dolor sin remedio, y sin embargo siempre tiene palabras y hechos de esperanza cierta en la protección del muy Alto. El Pontífice de Roma en los grandes peligros materiales o morales de toda la humanidad, se sobresalta con los ojos llenos de lágrimas, y se postra a orar en ayuno y penitencia como un pobre ermitaño desconocido, y al mismo tiempo trabaja incansable en las cancillerías, ruega humilde a los poderes razonables, amenaza desafiador a potentados ambiciosos e injustos. El Papa dobla la cabeza coronada de espinas en la fuga, en la prisión, en el martirio, y sin embargo en la caducidad de su cuerpo agobiado hay un misterio de impasibilidad imperturbable, porque sabe que el Papa tiene siempre la última palabra, que en él Dios tiene siempre el último triunfo.

Esta mezcla misteriosa de humanidad y divinidad es un reflejo del misterio de Jesús, hombre y Dios, es una encarnación de la Iglesia misma, sociedad divina entre hombres mortales, y es sin duda uno de los más sugerentes hechos misteriosos ofrecidos por la historia a los pensadores.

Pero no se necesita ser un gran pensador para comprender que el Sumo Pontífice del Catolicismo es el signo viviente de la unidad: como Maestro infalible es la perfección de la unidad doctrinal; como Sumo Sacerdote, la perfección de la unidad de culto; como Rey del Pueblo de Dios es la unidad perfecta de una Sociedad, que desde un extremo al otro del mundo lo llama con el nombre más hermoso que a un rey se puede dar: *Padre Santo!* Y esta triple unidad, humanamente imposible en cada uno de sus tres aspectos, es en sí sola un triple milagro que prueba la presencia de Dios en la Iglesia del Pontífice Romano.

CAPITULO V

LA UNIDAD SOCIAL DE LA IGLESIA

(Continuación)

II. El cuerpo social de la Iglesia

Al pensar sobre la unidad social de la Iglesia católica en nuestros días, nos fijamos ante todo en esa unidad en cuanto procede de su cabeza social única, el Romano Pontífice, y de él hablamos en el capítulo anterior. Ahora vamos a meditar en la unidad del *cuerpo social* de la Iglesia.

Y decimos: *vamos a meditar,* porque aquí necesitamos una concentración más activa de nuestro pensamiento que al hablar de nuestro Pontífice Supremo, personalidad brillante y única, que por sí sola atrae la atención de todo pensador. Pero al hablar del cuerpo social de la Iglesia tratamos de una inmensa sociedad que, aunque visible, por su grandeza misma se nos pierde de vista.

Tal vez en nuestro primer capítulo nuestro lector quedó extrañado cuando le hicimos observar que a cada una de las misas en un templo como el parroquial de Chapinero asisten los días festivos más de 1.500 personas, y tal vez quedó más extrañado todavía cuando le dijimos que a todas las misas de ese templo asisten cada domingo unas 10.000 personas; que en los templos parroquiales de Bogotá oyen el Santo Sacrificio unas 90.000, en todas las iglesias unas 220.000 y en todas las iglesias y capillas unas 250.000...

¿Por qué la admirativa extrañeza de nuestro lector? Porque de ordinario nuestra atención se fija sólo en lo que dominamos con la mirada, y nuestra vista tiene corto alcance. Para nuestra imagina-

ción, de ordinario *la Iglesia* es *nuestra iglesia* con la concurrencia que nos acompaña en la misa a que nosotros asistimos. A veces quizás damos más extensión a nuestro pensamiento, pero vagamente, sin datos precisos. Nunca nos damos cuenta aproximada de la unidad y vitalidad católicas en los 100 kilómetros cuadrados cuyo centro somos nosotros mismos.

Y tú, lector, comprendes la necesidad de aguzar ahora más la atención, porque vas a procurar apreciar esa gran unidad del cuerpo social de la Iglesia, no en 100 kilómetros cuadrados, sino en los 150'000.000 de kilómetros cuadrados de la superficie terrestre, para prescindir por ahora de océanos y mares.

En razón de conseguir esta impresión de conjunto, procedamos gradualmente, avanzando de lo más conocido a lo menos. Pensemos ante todo

en la Iglesia católica de Colombia; luégo

demos una idea general de la organización social de la Iglesia, y finalmente

ofrezcamos algunos datos concretos sobre esa organización en todo el mundo.

1. Organización de la Iglesia católica en Colombia

Todos nuestros lectores saben que el Episcopado colombiano se reúne en Bogotá cada tres años para la conferencia o asamblea episcopal.

¿Y qué es el Episcopado colombiano? Es el conjunto de los más altos Superiores eclesiásticos en Colombia, o, como decimos con un término más técnico, la *Jerarquía católica* en nuestro país.

Todos los prelados de la Jerarquía católica en Colombia están nombrados por el Romano Pontífice y bajo su obediencia.

Cada obispo residencial está al frente de una diócesis o iglesia catedral con su territorio eclesiás-

tico propio. Por la amplitud del trabajo puede haber en una misma diócesis más de un obispo, llamado coadjutor o auxiliar según el caso.

El obispo gobierna por medio de los párrocos las iglesias locales de su territorio, que a veces pueden ser muy numerosas. La diócesis de Tunja, por ejemplo, tiene 110 parroquias. En Colombia el número de parroquias es 875. Los párrocos tienen a veces sus coadjutores, capellanes, etc.

Las *dieciocho diócesis* de Colombia se agrupan para formar *cuatro arquidiócesis,* que llevan el nombre de la principal o *metropolitana.* La arquidiócesis de Bogotá tiene las diócesis sufragáneas de Tunja, Socorro y San Gil, Nueva Pamplona, Ibagué y Garzón. La arquidiócesis de Cartagena, las diócesis de Santa Marta y Barranquilla. La arquidiócesis de Medellín, las diócesis de Antioquia y Jericó, Manizales y Santa Rosa de Osos. La de Popayán las de Cali y Pasto.

En los territorios de misiones los superiores eclesiásticos dependen más directamente del Romano Pontífice y tienen nombres característicos. Entre nosotros existen *cuatro Vicariatos Apostólicos* o pontificios: de Caquetá y Putumayo, Casanare, la Goagira y San Martín; *siete Prefecturas Apostólicas:* de Arauca, Chocó, Río Magdalena, Río San Jorge, Tierradentro, Tumaco y Urabá, y *una Misión Apostólica:* la de San Andrés y Providencia.

Para atender a las 875 parroquias, están al servicio del Episcopado colombiano 1.400 sacerdotes seculares, y como coadyuvadores de toda la Jerarquía 2.000 religiosos y 5.600 religiosas. Nuestras misiones están atendidas por 240 religiosos misioneros y por 390 religiosas [1].

Todo este conjunto de almas consagradas al ser-

[1] *Anuario de la Iglesia católica en Colombia,* Bogotá, 1938, p. 167.

vicio de la Iglesia colombiana, conjunto que suma 9.000 personas, es el que cultiva el catolicismo de nuestro pueblo en más de 4.000 templos y capillas en todas las regiones de nuestra patria.

Según los últimos datos de la Contraloría General de la República, los habitantes de Colombia son 8'700.000, de los cuales más de 8'655.000 son católicos. Entre nosotros los no católicos son menos de 45.000, casi todos extranjeros. Así un 99,5 % de los colombianos pertenece a la Iglesia católica, y es ajeno a ella 0,5 %. La proporción entre los no católicos y los católicos de Colombia, es la misma que hay entre un banquito de piedra de 50 centímetros de altura, y una gran columna de cien metros, o sea, la altura del capitolio nacional, más la de la catedral, más la de la capilla del Sagrario en Bogotá... Como se ve, los católicos en Colombia tienen derecho a vivir, a creer, a legislar...

Treinta prelados ayudados por 1.400 sacerdotes seculares, 2.000 religiosos y 5.600 religiosas, para el cultivo espiritual de 8'655.000 católicos en 875 parroquias, en más de 4.000 templos y capillas y en una extensión de 1'200.000 kilómetros cuadrados, son datos que nos dicen cómo está en nuestra república colombiana la sociedad católica bajo la dirección de la Jerarquía, y en la obediencia unificadora de nuestro Sumo Pontífice Romano.

Con estos datos sencillos y conocidos, recogidos sintéticamente, podemos formarnos algún concepto al menos de la organización social y la vigorosa unidad del catolicismo colombiano.

2. Idea general de la organización social de la Iglesia católica

Y esa organización actual de la Iglesia en Colombia nos servirá como punto de apoyo, para comprender la estructura jerárquica de la Iglesia misma.

En ella los fieles, como ovejas en el rebaño de Jesucristo, se reúnen en las agrupaciones elementales de las parroquias, que a su vez se agrupan al rededor de una iglesia catedral, bajo un pastor superior, el obispo. Estos son los elementos que integran una diócesis católica.

Varias diócesis forman una provincia eclesiástica o arquidiócesis.

En las regiones de rito no latino, en vez de arquidiócesis, existen desde tiempos primitivos los patriarcados.

En las regiones en que la Jerarquía no está aún definitivamente constituída, como son los países de misión, la Jerarquía toma una forma de mayor flexibilidad y dependencia del Sumo Pontífice por medio de los Vicarios Apostólicos u obispos misioneros con territorio asignado a su jurisdicción, y por medio de los Prefectos Apostólicos que no tienen el orden episcopal, pero sí funciones y prerrogativas bastante semejantes a las de los obispos.

Puesta al servicio de la Jerarquía y en dependencia absoluta del Sumo Pontífice, vive y se desenvuelve una parte muy importante del cuerpo social de la Iglesia: las órdenes y congregaciones religiosas. Ellas son tan antiguas como el cristianismo, porque desde los primeros tiempos de él una selección de almas generosas se han desprendido de las condiciones más transitorias, materiales y egoísticas de la vida humana, para consagrarse más libre y completamente al servicio de Dios por la práctica perfecta de la virtud, según las enseñanzas y ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo. Esta idea abstracta de la perfección evangélica ha ido tomando a lo largo de los siglos diversas formas concretas dirigidas generalmente a realizar cada vez con mayor perfección la práctica de la santificación personal

con el ejercicio del apostolado cristiano. Así, de la vida solitaria de los antiguos anacoretas, la práctica de la perfección evangélica se ha ido trasformando hasta las activas instituciones religiosas de nuestros días. Sin embargo, en una religión sobrenatural como la nuestra, las Ordenes contemplativas, dedicadas exclusivamente a la oración y al trabajo individual o común, siempre son necesarias y siempre han sido y serán tenidas en grande aprecio por la Iglesia católica. En estas lo mismo que en las más activas, como en fogosos talleres de perfección, ha forjado siempre la Iglesia el mayor número de virtudes heroicas con que decora su corona de santidad y también el mayor número de fuerzas conquistadoras que lanza a la dilatación del Reino de Dios, tanto en los países católicos como en los territorios misionales.

Así el gran Episcopado católico, perpetuador sobre la tierra de la sucesión de los Apóstoles, hecho inmortal por una promesa divina, fuerte con una organización sin ejemplo en la historia y seguido hasta los confines del mundo por las legiones fraternales del sacerdocio secular y de la profesión religiosa, difunde en una irradiación indeficiente la vida sobrenatural a los individuos y a las naciones.

Así se unen fuerte y fecundamente las partes del cuerpo social de la Iglesia.

Pero su unión con la cabeza es así también fuerte y fecunda.

El gobierno del Catolicismo es tan extenso en el mundo y tan complejo como la vida humana: esto supone una gran perfección y actividad en la autoridad suprema y en sus instrumentos gubernativos.

Para la administración exacta y completa en el gobierno del mundo católico, el Sumo Pontífice tiene su Curia o corte romana, en la cual las Congre-

gaciones de los Cardenales, y los Tribunales y Oficios eclesiásticos, desempeñan las funciones que desempeñan los ministerios en los gobiernos civiles de las naciones.

La Congregación del Santo Oficio tiene el cargo de custodiar en la Iglesia la fe y la moral.

La Congregación Consistorial prepara las materias por tratar en los consistorios o reuniones generales del Papa y de los Cardenales, y atiende también a la formación y distribución de las diócesis católicas en el mundo.

La Congregación de los Sacramentos mira por la observancia de la legislación acerca de los Sacramentos instituídos por Jesucristo.

La Congregación del Concilio cuida de la disciplina del Clero y del pueblo cristiano.

La Congregación para los religiosos atiende a los asuntos disciplinares de las Comunidades religiosas.

La Congregación de la Propagación de la Fe entiende en todo lo relativo a las misiones católicas en países de infieles.

La Congregación de Ritos mira por lo que concierne a los ritos y ceremonias del culto divino.

La Congregación del Ceremonial gobierna éste en la capilla y corte pontificias, y en las funciones oficiales de los Cardenales y embajadores.

La Congregación para los negocios eclesiásticos extraordinarios estudia la división y constitución de las diócesis, provisión de personal, etc., cuando estas funciones traen consigo negociaciones con los gobiernos civiles.

La Congregación de Seminarios y Universidades dirige el gobierno, la disciplina y el estudio científico en las instituciones de formación eclesiástica.

La Congregación para la Iglesia Oriental provee todo lo relativo a la Iglesia de Oriente, con su disciplina, ritos y personal propios.

Funcionan también en la Curia Romana tres *Tribunales: la Sagrada Penitenciaría,* que resuelve las cuestiones del foro interno; *la Sagrada Rota* que recibe las apelaciones, y *la Signatura Apostólica* que juzga en las causas del personal eclesiástico.

Además, existen en la Corte del Papa otras instituciones llamadas *Oficios,* con funciones características. Así la *Cancillería Apostólica* para expedir las cartas y bulas en la provisión de oficios y beneficios consistoriales y otros asuntos anexos; la *Dataría Apostólica* para análoga expedición en los beneficios no consistoriales, etc.; la *Cámara Apostólica* que atiende a la administración de los bienes temporales de la Santa Sede, y la *Secretaría de Estado* que distribuye el estudio de los negocios a las Congregaciones respectivas, desempeña los negocios ordinarios y expide los breves apostólicos.

Fuera de todas estas entidades que son los instrumentos del Pontífice en el enorme gobierno del mundo católico, él envía ante un gran número de naciones los Nuncios, Internuncios y Delegados que fomentan las buenas relaciones con los gobiernos civiles, miran por el bien de la Iglesia e informan al Pontífice sobre el estado y negocios importantes de la vida católica en los países de su legación.

A su vez un gran número de naciones envían ante el Sumo Pontífice sus embajadores.

* * *

Cada diócesis particular tiene también *su Curia* propia con el personal necesario para el gobierno superior diocesano. Los principales cargos en la administración de la diócesis están representados por el Vicario General, el Oficial, el Canciller, el

Promotor de justicia, el Defensor del vínculo, los jueces y examinadores sinodales, los párrocos consultores, los auditores, los notarios y otros oficiales que desempeñan sus cargos en la tesorería, o presiden a la formación de los jóvenes eclesiásticos o atienden a otros sectores importantes de la vida diocesana.

También al rededor del Obispo, como auxiliar para atender al culto divino en la iglesia catedral, está el cabildo o capítulo, formado por los canónigos.

* * *

Con estas nociones puede nuestro lector apreciar algo aproximadamente la admirable organización y la unidad incomparable del cuerpo social de nuestra Iglesia católica.

En la cumbre el representante visible de Jesu-Cristo, el Sumo Pontífice, Cabeza única de la Iglesia universal.

Al rededor del Pontífice-Rey, la corte pontificia de los Cardenales y Prelados, fuertemente organizada en las Congregaciones, Tribunales y Oficios, para el gobierno exacto y completo de la Cristiandad.

En estricta dependencia e indisoluble unión con el Pastor de los pastores, pero esparcidos por toda la extensión del mundo, los Patriarcas, los Metropolitanos, los Obispos, los Vicarios y Prefectos Apostólicos.

Dentro de cada diócesis, Vicariato o Prefectura, las agrupaciones locales de las parroquias.

Dentro de cada parroquia, las familias y fieles cristianos.

Y embebidas en esta fuerte y grandiosa organización, las órdenes y congregaciones religiosas que tienden a una santidad personal más perfecta, al

hacerse instrumentos de Jesucristo en su Jerarquía, para llevar la gracia de Dios a las almas y a los pueblos del orbe.

Así el manto regio y maternal de la Iglesia, cubre amorosamente lo mismo a los altos purpurados de la Corte Romana, que a los modestos párrocos o a los olvidados moradores de los claustros, lo mismo a los gobernadores de las naciones y a los afanosos habitantes de las capitales, que a los tranquilos cultivadores de las veredas campesinas.

3. Datos concretos sobre la organización social de la Iglesia católica

Hemos dado en abstracto estas nociones, para hacer más fácil la comprensión del organismo social católico. Pero nuestro lector deseará ya conocer algunos datos concretos sobre la realidad de la Iglesia, y vamos a ofrecérselos en la confianza de que ahora los apreciará y los ordenará mejor en su mente.

Vicario de Jesucristo y sucesor de San Pedro, ocupa la Sede Apostólica nuestro Padre Santo el Papa Pío XII, quien como término actual de una dinastía nunca interrumpida de 262 Pontífices, realiza en el presente la profecía hecha por el Salvador a la persona del primer Papa: *Tú eres Piedra, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella* [2].

Formando su Corte, como ministros suyos en el gobierno central del mundo católico, 43 Cardenales y varios centenares de prelados, oficiales y consultores.

Como prolongación del gobierno pontificio en sus relaciones con los diversos países, el Padre San-

[2] Evangelio de San Mateo, XVI, 18.

to envía sus Nuncios, Internuncios y Delegados, a 61 naciones [3].

En algunas regiones de Europa y Oriente, 10 Patriarcas residenciales y 4 titulares.

En los cinco continentes geográficos hay:

Arzobispos y Obispos residenciales	1.215
Vicarios Apostólicos	317
Prefectos Apostólicos	130
	1.662

Durante el pontificado de Pío XII (desde 1939) se han creado 27 Sedes episcopales, 30 Vicariatos Apostólicos y 23 Prefecturas Apostólicas.

Hay además 780 Metropolitanos, Arzobispos y Obispos titulares y otros prelados que ejercen las funciones de Nuncios, Internuncios, Delegados, Vicarios Apostólicos, Auxiliares y Coadjutores, Administradores Apostólicos, etc.

Todos estos prelados constituyen la Jerarquía mundial en un número de 2.442 sucesores actuales de los Apóstoles a las órdenes del único Sumo Pontífice, que es como Jesús y por Jesús, el Pastor de los pastores.

A las órdenes de esa Jerarquía mundial y por tanto de su única Cabeza el Sumo Pontífice, más de 400.000 sacerdotes seculares, y preparándose para la divina alteza del Sacerdocio católico, unos 100.000 seminaristas.

A las órdenes también de la Jerarquía y consagrados valientemente a la vida de santificación personal y al apostolado activo, cerca de 1′000.000 de religiosos y religiosas pertenecientes a 223 diversas

[3] Ante el Vaticano tienen actualmente representante oficial 38 naciones: una república de Africa, 16 de América y 20 países de Europa.

comunidades de varones y a 1.089 comunidades femeninas[4].

Y recibiendo la gracia de Dios para su salvación eterna por esa única, espléndida y gigantesca Jerarquía, y unificados por una misma doctrina y un mismo culto, más de 400'000.000 de católicos en todas las zonas habitadas del planeta.

Para darse cuenta de este inmenso milagro de unidad católica, es preciso compararla con las instituciones humanas.

Hay una absoluta imposibilidad humana en imponer una unidad de pensamiento, por ejemplo en el orden político, aun en una pequeña república. La Iglesia tiene una doctrina amplísima y compleja que envuelve toda la vida humana y penetra en los espíritus más profundamente que cualquier idea política o filosófica, y la quiere imponer a todas las razas, y todas las razas la reciben y la practican.

Humanamente sería una locura exigir hoy el cumplimiento de un mismo código legal en las naciones que un día formaron la gran Colombia. Y la Iglesia tiene un mismo código con más de 2.400 artículos, y ese código se acepta y se cumple entre los católicos ingleses y alemanes, franceses y rusos, americanos y asiáticos, habitantes de Africa u Oceanía, y en todos los meridianos del globo.

La Sociedad de las naciones podría tener una lejana semejanza con la Iglesia católica, al menos en la trascendencia social de sus aspiraciones mundiales. Pero es claro que teniendo la Sociedad de las naciones una acción limitada al sector del derecho internacional y sólo entre las naciones que pertenecen a ella sin complicarse en la multiplicidad de los in-

[4] Las comunidades aquí enumeradas son sólo las de derecho pontificio (V. *Annuario pontificio*, 1939, 1940). Las de derecho diocesano son todavía más numerosas.

dividuos, sus fines son incomparablemente más limitados que los de la Iglesia que quiere influír con su doctrina y su vida en todos los sectores de la conducta humana, y esto no entre algunas naciones como tales, sino en todos los individuos humanos que tienen un alma que salvar.

¿Y cuáles son los éxitos de la Sociedad de las naciones y los de la Iglesia católica?... ¿los de «la desconcertante aventura» católica y los de la razonable Sociedad de las naciones?...

Que hablen por esta última las líneas Siegfrid y Maginot, la destrucción de Austria y Polonia, las toneladas de explosivos acumulados y que fueron cayendo sobre Londres, Stalingrado, Hamburgo y Berlín... En favor de la Iglesia católica hablará la inmensa realidad católica con su milagrosa unidad de doctrina, culto y organización social, que por sí mismo es el más bello y grandioso ejemplo de fraternidad humana, y que por sobre el fragor producido por millares de hélices y motores dispuestos al bombardeo, dice por la boca de su Pastor Supremo: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!*

Ante esta compacta unidad de la Iglesia católica, qué contraste forma el desmigajamiento del protestantismo! Presentemos datos numéricos. Pero hay que tener presente que por la misma razón por que se dividen las sectas unas de otras, se dividen también los individuos unos de otros dentro de las sectas, de tal manera que en el protestantismo propiamente hablando, hay tantas sectas cuantos individuos. Sin embargo, las sectas o «denominaciones» como las llaman benévolamente en Inglaterra y Norteamérica, se catalogan oficialmente y muestran la continua e incontenible división del protestantismo.

En *Alemania* sólo las llamadas «Iglesias evangélicas» eran 26 antes de la guerra europea (1914), pero junto a las iglesias oficiales pululan las agrupaciones más divergentes, como los Hermanos Moravos, Memnonitas, Baptistas, Metodistas, Apostólicos, etc., etc.

En *Inglaterra* se cuentan por centenares las sectas. El *Witaker Almanack* ya en 1897 presentaba una lista oficial de 293 sectas o «denominaciones». Pero de hecho son muchas más. Sólo en los nueve condados de Ulster, para un total de 891.000 protestantes hay 316 sectas diversas [5].

Para los *Estados Unidos* el *World Almanack* daba en 1921 la suma de 184 sectas diversas. Pero teniendo presente que los Bautistas, contados allí como una secta, se subdividen en 18 diferentes, los Metodistas en 19, los Luteranos en 21, los Presbiterianos en 9, sin contar otras muchas subdivisiones, llegan las sectas de los Estados Unidos a más de 300.

Y este protestantismo triturado, sin doctrina propia (porque ella varía como las cabezas), sin culto público (porque sus reuniones se reducen a oír la lectura de un pastor y a tomar una copa de vino en memoria de la Cena del Señor), sin autoridad religiosa (porque ellos ni siquiera han soñado que su individualismo sea capaz de entrar en algún orden social), este protestantismo caótico es el que se presenta entre nosotros predicando que él es el verdadero cristianismo. Pero ni ellos mismos exigen que se les dé crédito, porque, como dice Augusto Sabatier, corifeo del protestantismo liberal en Francia, «ninguna iglesia protestante, sin renegar de sí misma, se tiene ni puede tenerse por infalible» [6].

---

[5] Cf. revista *América*, New York, 12 de febrero 1921, art. *The Trouble about Ulster*, por A. H. Atteridge.

[6] *Esquisse d'une philosophie de la religion*, p. 251.

Si la Iglesia católica fuera una de tantas sectas, como las protestantes, estaría más dividida que cualquiera de ellas, pues es muchos siglos más antigua que ellas y sinembargo hoy, después de 1.900 años, muestra su unidad perfecta, como un bloque intacto y trasparente de cristal que se hace más terso por el impalpable roce de los siglos.

No busquemos explicaciones naturales al inmenso milagro de la Iglesia católica...

Jesús dijo un día: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos!...*

No había de quedarse por cumplir esa promesa, cuando la Presencia eucarística renueva el Sacrificio de la Misa unas 8.000 veces en cada uno de los instantes del día... La superficie de nuestro planeta arada, adolorida por las pasiones humanas, es sinembargo un ara inmensa sobre la cual cae en un gotear eterno la Sangre inmolada del Corazón de Dios...

Milagrosa unidad inmensa de la Iglesia católica que se nos pierde de vista por su misma grandeza, y que indudablemente apenas ha sido esbozada en la imperfección de los cinco capítulos precedentes. Sirvan ellos al menos a nuestros lectores como puntos sugerentes de meditaciones más profundas.

SEGUNDA PARTE

(SEGUNDA SERIE DE MILAGROS)

LA VITALIDAD ACTUAL DE LA IGLESIA CATOLICA

LA IGLESIA CATOLICA ES UN INMENSO CUMULO DE MILAGROS

La sola unidad de la Iglesia, de la que tratamos en los capítulos precedentes, es una serie de series de milagros, pues la sola unidad doctrinal es un conjunto único de prodigios, que no se encuentran ni aun aislados, cuanto menos reunidos, en las doctrinas puramente humanas.

Desde ahora vamos a considerar otra nueva serie de milagros: los contenidos en la vitalidad de la Iglesia. En realidad este nuevo aspecto es una nueva serie de series, pues cada uno de los términos estudiados es una serie milagrosa por sí solo. Esos términos son: la vitalidad de la Iglesia en la beneficencia, en la enseñanza y en la cultura superior, en el arte y en la literatura, en la fuerza de santificación, en el poder real de hacer milagros, en la fuerza expansiva y en el amor vivo hacia la persona de Jesús. Temas para otros tantos capítulos. Empecemos por el primero de esos temas.

CAPITULO VI

LA VITALIDAD DE LA IGLESIA EN LA BENEFICENCIA

Entendemos por beneficencia el auxilio físico por el cual se atiende a las necesidades de los pobres. Cuando ese auxilio se presta con espíritu cristiano no se reduce a una simple ayuda económica, sino que va acompañado con sentimientos de simpatía hacia los que sufren, de cariño por los menesterosos, a quienes además se dirige, dada la ocasión, una instrucción afectuosa y un buen consejo. En este capítulo no omitimos el hacer cuenta de ese imponderable, aunque no se pueda reducir a número y estadística; pero damos una importancia especial a las obras de beneficencia en cuanto ayuda física.

Respecto a ella, debemos ante todo exponer *el hecho,* para luégo llegar hasta *su causa.*

I — El hecho de la beneficencia católica

El hecho es tan visible y grande que cualquier habitante de los países civilizados e incultos lo puede advertir con solo ejercitar un poco el espíritu de observación.

Si viajamos por las ciudades americanas o europeas, encontramos por todas partes los hábitos azules o blancos o negros de las Hermanas Vicentinas, de la Presentación o de las Hermanitas de los Pobres. En las revistas que nos llegan del Africa central, en las que hablan de la guerra chino-japonesa o de las misiones de Australia aparecen las blancas cornetas de las Hermanas de la Caridad o las tocas negras de las Hermanas de la Providencia.

Si empezamos a estudiar este hecho por lo más próximo a nosotros, en Colombia la beneficencia siempre ha estado en manos de la Iglesia, en cuanto al trabajo de servir a los necesitados. Este hecho actual procede de tres hechos históricos anteriores: el primero es que en Colombia, la Iglesia fue la primera en fundar instituciones de beneficencia, el segundo, que la autoridad civil encontró en la Iglesia el mejor ministro de la beneficencia, y el tercero, que la Iglesia ha llevado a cabo la grande y delicada obra de la beneficencia con satisfacción de los colombianos y de la autoridad civil.

En Colombia hay veinte congregaciones religiosas especialmente consagradas a la beneficencia. Son, entre las comunidades de varones, los PP. Dominicos, Candelarios, Montfortianos, Salesianos, Terciarios Capuchinos y HH. Hospitalarios de San Juan de Dios. Entre las comunidades femeninas, las HH. Betlemitas, Carmelitas Misioneras, de la Inmaculada, de la Presentación, de la Sabiduría del Buen Pastor, de los Ancianos desamparados, de los Pobres, de los Pobres de San Pedro Claver, de Santa Ana, Franciscanas, Salesianas, Siervas de la Sagrada Familia, Terciarias Dominicas, Vicentinas.

Esas comunidades atienden a los hospitales, orfanatos, casas-cunas, dispensarios, manicomios y leproserías en un total de 265 casas [1], con un personal de 3.200 personas, en servicio de 120.000 enfermos y necesitados.

Para no mencionar sino las comunidades que atienden con mayor extensión a la beneficencia, citemos, entre las de varones los HH. de San Juan de Dios con 4 casas y 945 personas asistidas, los PP. Montfortianos con 4 casas y 2.500 personas asis-

---

[1] Las estadísticas están tomadas del *Anuario de la Iglesia Católica en Colombia* (Bogotá, 1938).

tidas, los PP. Salesianos con 5 casas y 8.000 personas asistidas; y entre las comunidades femeninas: las Hermanitas de los Pobres con 5 casas y 810 personas asistidas; las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver con 27 casas y 1.200 personas asistidas; las Hermanas Vicentinas con 75 casas y 22.200 personas asistidas; las Hermanas de la Presentación con 84 casas y 71.100 personas asistidas.

No se meditará lo bastante el hecho real de que en 265 instituciones de beneficencia 3.200 personas religiosas guardan una conducta moral tan delicada, tan abnegada y tan afectuosa hacia los necesitados, que tanto los 120.000 asistidos como la sociedad entera solo tienen veneración y agradecimiento para esos servidores de Cristo en sus pobres.

* * *

Si quisiéramos formarnos una idea de las congregaciones religiosas de toda la Iglesia católica consagradas a la beneficencia y de la inmensa actividad que despliegan sobre toda la tierra, necesitaríamos mucho más espacio que el permitido por un breve capítulo.

Preferimos ofrecer tales datos concretos que nuestros lectores por sí mismos construyan en su mente una imagen algo aproximada de la realidad.

Las HH. de la Presentación, esas religiosas de blancos hábitos, modèstas y amables, que los visitantes encuentran en colegios, asilos, clínicas y hospitales, las HH. de la Presentación, sòlo en Colombia, son cerca de 3.000 y Colombia se cuenta entre las pequeñas naciones del globo.

Las Vicentinas, esas Hermanitas de hábito azul celeste, tan humildes, laboriosas y valientes, a quienes encontramos lo mismo en las escuelas y dispensarios de los barrios pobres de Bogotá que en los

asilos de Tierradentro y en los hospitales de Leticia las HH. Vicentinas son en todo el mundo más de 45.000.

Ahora bien: las HH. de la Presentación y las HH. Vicentinas son solo dos congregaciones de la Iglesia de las dedicadas a la beneficencia, y aunque estas dos congregaciones son sin duda de las más importantes, sinembargo es muy sorprendente el hecho de que en la Iglesia católica hay más de 4.000 Ordenes y Congregaciones religiosas entregadas al servicio de los pobres y necesitados [2].

La gigantesca actividad benéfica desplegada en la Iglesia por la fuerza de su vitalidad es una cosa que no se puede concebir fácilmente.

Solo en los Estados Unidos atiende la Iglesia católica a 1.200 instituciones benéficas para enfermos, huérfanos y dementes.

Solo en las misiones católicas de China la Iglesia sostiene instituciones de orfanotrofios, asilos, hospitales y leprosorios en un número de 2.800, donde son atendidas las diversas clases de necesitados en un total de más de 10'300.000, de los cuales un gran número es de paganos.

En las diversas misiones católicas existen, *en la sola línea de los dispensarios*, 3.000, en los cuales se practican anualmente más de 30'000.000 de curaciones y operaciones gratuitas.

Las conferencias de San Vicente de Paúl, bien conocidas entre nosotros distribuye en favor de los pobres, solo en los Estados Unidos auxilios a 507.192 personas [3] solo en Francia en un año unos 2'200.000 de francos [4], solo en Bogotá distribuyeron

---

[2] Henderson, *Modern Methods of Charity*, p. 527.

[3] *Noticias Católicas*, Washington, mayo de 1941.

[4] Suma consignada para el año 1900 en *The Catholic Encyclopedia* (New York, 1908, vol. III, art. *Charity*).

las Conferencias el año 1942, en diversas formas de caridad, $ 97.705 [5]. Las llamadas *Señoras de la Caridad,* dirigidas por las Hermanas Vicentinas hicieron en Colombia, en 1942, 71.723 visitas a los pobres y socorrieron a 213.940 de ellos.

* * *

Todas las instituciones mencionadas son tales que por su mismo instituto están consagradas muy principalmente a la beneficencia. Pero este gran número de congregaciones no agota la vitalidad de inmenso amor con que la Iglesia se esfuerza por aliviar los sufrimientos físicos y morales de tantos pobres como existen en la sociedad humana. Hay un hecho de inmensas proporciones mundiales, que podríamos llamar la beneficencia latente de la Iglesia, hecho que no se puede reducir a estadísticas, porque en su máxima parte permanece desconocido: es la beneficencia ejercida por las instituciones cuya labor principal no es la beneficencia misma, porque su instituto las consagra a otros sectores del apostolado o de la perfección humana.

Por ejemplo, las asociaciones piadosas, como el Apostolado de la Oración o las congregaciones de Madres Católicas existentes en tantos templos de la cristiandad, tienen sus fines especiales, como es el perfeccionamiento de los socios en su vida religiosa, intelectual y moral. Y sinembargo, precisamente por una expansión natural de la virtud cristiana que en ellas se cultiva, brota en esas asociaciones incontenniblemente la caridad y la beneficencia. Pongamos dos ejemplos caseros y próximos a nosotros.

El centro del Apostolado de la Oración en Medellín tiene su sección caritativa que en los treinta

5 Informe del secretario del consejo, mayo 9, 1943.

años corridos desde su fundación han repartido solo en limosnas $ 35.000 [6].

El Apostolado de la Oración en Bogotá fundó en 1912 un «Comedor de Caridad» para ancianas pobres: desde entonces ha repartido 680.000 almuerzos gratuitos [7].

* * *

Y si esta tendencia caritativa se desarrolla con vigor en las asociaciones de fieles cristianos, es natural que se manifieste más potente en las Ordenes y Congregaciones religiosas que practican la perfección evangélica, aunque no estén especialmente consagradas a la beneficencia. Toda casa religiosa es un asilo conocido y amado de los pobres. En toda casa religiosa la limosna es un capítulo importante de la administración.

Y ya que esta limosna, esta gran corriente de caridad cristiana, se oculta deliberadamente, según el consejo del Maestro: *No sepa tu mano izquierda lo que da tu derecha,* nos permitirán nuestros lectores que les ofrezcamos algunos datos de nuestra propia familia jesuítica, con el único propósito de que se formen alguna idea de lo que hace todo el conjunto de las Ordenes y Congregaciones religiosas de la Iglesia católica.

Según ha informado la conocida institución científica norteamericana Carnegie Institute, la Facultad de dentistería de la Universidad de San Luis Missouri, dirigida por los Jesuítas, es la que ha atendido a mayor número de casos gratuitos en todo el mundo [8].

Los Jesuítas de Budapest organizaron desde

---

[6] Véase el libro *La Compañía de Jesús* (por varios autores), Bogotá, 1940, pág. 138.
[7] Allí mismo en la página 139.
[8] Allí mismo, pág. 139.

hace años una cocina de caridad, donde diariamente se da de comer a los pobres y que en los últimos diez años a repartido 801.459 almuerzos [9].

Durante la actual guerra chino-japonesa un inmenso número de habitantes ha quedado sin techo ni posibilidades de sustento. Los misioneros católicos han permanecido entre sus ovejas, aunque muchos de ellos han perdido sus residencias y aun su vida. En Shanghay, la gran «ciudad del placer», intensamente bombardeada durante la guerra, hay una amplia concesión extranjera, Zi-ka-wei, que viene a ser una ciudad católica con grandes obras misionales. Las casas religiosas han abierto sus puertas a millares de desgraciados lo mismo cristianos que gentiles. La célebre Universidad de la Aurora y los otros colegios de Jesuítas han dado albergue y alimento a más de 30.000 refugiados. El P. Jacquinot ha conseguido una parte de la ciudad china, que hoy llaman «Zona Jacquinot», donde encuentran techo y pan 250.000 refugiados. Con esta ocasión ha dicho un pagano, conmovido por la caridad católica: «Yo quiero abrazar una religión que enseña a ser tan bueno con los desgraciados» [10].

Los Jesuítas tienen en sus misiones en los cinco continentes 225 casas de beneficencia donde asisten a 20.400 huérfanos, enfermos, leprosos, etc., y 350 dispensarios donde anualmente se hacen más de 3'300.000 curaciones gratuitas [11].

A pesar de las fábulas sobre las riquezas de los Jesuítas, los Jesuítas viven pobremente. La Provincia jesuítica colombiana que tiene grandes necesidades en la construcción de obras nuevas, en la sustentación de más de 400 socios y en la formación de más de 180 jóvenes religiosos, distribuye sin em-

---

9 Allí mismo, pág. 139.
10 *Jesuites Missionaires*, Lyon, juillet-aout 1938, p. 207.
11 *La Compañía de Jesús*, págs. 141 y ss.

bargo en diversas formas de caridad unos $ 60.000 anuales. Como en toda la Compañía se practica una caridad semejante, un cálculo medio da para toda la Compañía de Jesús en todo el mundo unos $ 4'000.000 anuales consagrados a remediar las necesidades de los indigentes [12].

Ofrecemos estos datos a nuestros lectores, para que de lo que hace una Orden religiosa, consagrada de suyo a otros sectores del apostolado, se deduzca lo que hacen en la Iglesia los centenares de Ordenes y Congregaciones religiosas, muchas de las cuales están totalmente consagradas a la beneficencia. El amor a los pobres es una de las virtudes más características de Nuestro Señor Jesucristo, y por eso es una virtud propia de todos los verdaderos imitadores del Salvador.

* * *

Sería imposible hacer un cálculo aproximado de las enormes sumas de dinero, generosidad, amor y abengación empleadas por la santa Iglesia católica en subvenir las necesidades de los desgraciados: desde las almas grandes, muy numerosas, que dejan todos sus bienes a los pobres, para entregarse totalmente a su servicio, hasta los pobres niños del catecismo que dan a la Santa Infancia un centavito para los niños huérfanos de los países infieles; desde el párroco de aldea que hace su heredero al hospital de su parroquia hasta el Romano Pontífice, que entre sus incontables obras de caridad, en 1940 envió 1.000 dólares a nuestra población de Sandoná en el departamento de Nariño, para las víctimas de un incendio, y en 1943 a Ciudad Bolívar (Venezuela) para las víctimas de una inundación del Orinoco. Los tesoros de caridad católica solo son conocidos

[12] Cfr. obra citada, *La Compañía de Jesús*, pág. 151.

por Dios, pero, como vemos por los datos precedentes, son un imponente hecho mundial. Cuál sea su causa es lo que quisiéramos estudiar brevemente, porque ellos no son sino una manifestación de la vitalidad de la Iglesia.

II — La causa de la beneficencia católica

La vida católica es una realidad rica y compleja que se desarrolla primariamente en el interior de las almas, pero necesariamente tiende a producir naturales efectos exteriores. Uno de esos efectos es la piedad práctica hacia los sufrimientos humanos [13].

Pero para comprender del todo la beneficencia católica hablemos principalmente de las almas que viven el catolicismo con perfección.

Observemos ante todo que la abnegación es una virtud imprescindible en la beneficencia. Una doncella acomodada no puede sentir atractivo natural en curar las carnes ulcerosas en los hospitales. Un hombre normal no puede tener gusto en tratar y servir a los dementes carcomidos e idiotizados por

---

[13] Esta ley, de muy fácil comprobación, se muestra en el siguiente hecho, para no citar más que uno de actualidad. Sabido es el fervor católico de los yocistas belgas. En 1938, al tener noticia de los sufrimientos del pueblo chino, consecuencia de la guerra con el Japón, hicieron los yocistas de Bélgica una colecta que pusieron en manos del embajador de China para los jóvenes obreros de ese país con el siguiente mensaje: «Vosotros sois como nosotros jóvenes y obreros. No habéis merecido tantas desgracias. Lo que os sucede hoy podría sucedernos mañana a nosotros. Vuestra sangre es nuestra sangre. No conocéis nuestros nombres, pero queremos que conozcáis nuestro corazón. Somos la juventud obrera cristiana de Bélgica. Nuestro país es pequeño, pero nuestro corazón no tiene fronteras. Nuestro programa es entregarnos totalmente a la causa de la salvación de todos los jóvenes obreros, y en favor de la vida y santidad de la clase obrera. Vuestras familias son hoy heridas despiadadamente y nuestros corazones sangran por ello; en el taller, en la casa, en la iglesia oramos por vosotros y os amamos. Dios no dejará sin respuesta vuestros nobles sacrificios. De vuestra sangre surgirá la nueva China y con vosotros saludamos la aurora triunfal de la caridad y de la justicia» (*El Trabajo*, Bogotá, enero 22, 1938).

el vicio. Hasta para alargar una moneda a un pordiosero harapiento se necesita cierta abnegación.

En la beneficencia, pues, la abnegación es indispensable, pero no es suficiente; es una condición necesaria, pero no es una causa de la beneficencia, y por tanto no la explica del todo. Para realizar una obra tan contraria a la naturaleza se necesita un impulso positivo.

Una alta idea del mérito ante Dios correspondiente al ejercicio de la caridad ya es un impulso. Para muchas almas puede ser suficiente; pero él no basta para explicar la beneficencia en su característica generosidad y delicadeza.

Esa generosidad no puede brotar sino de un gran amor a los seres dolientes; pero como ese gran amor no puede ser inspirado por esos seres en sí mismos que más bien inspiran repulsión, ese gran amor tiene que venir de más arriba: es el amor de Dios en los que sufren. El amor de Dios sí basta para explicar la entrega de sí propio a la práctica de la caridad.

Sinembargo no podemos dejar de indicar una modalidad especial que adquiere la beneficencia católica por su relación con una virtud muy característica también en la profunda vida católica: esa virtud es la pureza.

La relación de la castidad con la generosidad y la compasión es cosa bien conocida para médicos y sicólogos. El mismo Rousseau la había consignado en su *Emile:*

> He visto siempre, dice, que los jóvenes corrompidos desde su temprana edad eran inhumanos y crueles... Por el contrario, los jóvenes educados en una feliz sencillez en sus primeros movimientos naturales se inclinan hacia los sentimientos tiernos y afectuosos... Un joven bien nacido que ha conservado su inocencia hasta los veinte años es el más generoso y el más amante de los hombres.

No es nuestro propósito exponer el benéfico influjo que una gran pureza de vida tiene sobre la higiene física y espiritual del hombre, como lo reconocen y recomiendan los médicos y especialistas y las facultades médicas de grandes universidades [14].

Respecto de la beneficencia, se comprende fácilmente que una vida perfectamente moral supone ante todo un vigoroso ejercicio de la voluntad que es ya una condición imprescindible para la austera abnegación requerida por la beneficencia.

Pero además la pureza absoluta, como se practica en la vida de perfección católica, tiene en el terreno de los sentimientos una florescencia radiante que es bondad espontánea, ternura sabia y ardiente, lealtad delicada, compasión noble, generosidad hasta el sacrificio y hasta la muerte.

Nuestros lectores habrán observado estos dos hechos significativos. Solo en la Iglesia católica existen las comunidades que practican los votos de pobreza, castidad y obediencia, y solo en la Iglesia católica existen comunidades que se consagran, sin retribuciones humanas, al ejercicio de la caridad en todas sus formas, aun las más abnegadas.

Según grandes médicos especialistas [15], «no existe la patología de la castidad». No se ha puesto la primera piedra del hospital para enfermedades procedentes de la castidad y en cambio los hospitales y asilos para las enfermedades del vicio son innumerables y muy poblados. La pureza es salud; el vicio es enfermedad voluntaria. Por eso para cu-

---

[14] Véase por ejemplo: Reveillé-Parise, *Phisyologie et Higiene de l'homme; Payot, L'Education de la volonté;* Feré, *L'Instinct sexuel,* y la declaración de los médicos de Nueva York y sus contornos citada por S. Stall, *Ce que tout jeune homme devrait savoir,* 2ª ed., p. 50, y la de la Facultad de medicina de Cristianía, *Ibid.,* p. 47.

[15] Feré, *obra citada,* 2ª ed., p. 27.

rar las espantosas enfermedades de la impureza solo las almas puras poseen la gran generosidad, la maternal delicadeza, y la resistente fortaleza física y moral.

* * *

Por eso solo en la Iglesia católica se da este milagro de benéfica vitalidad. Según Henderson, en la Iglesia son más de 4.000 las congregaciones religiosas consagradas a la beneficencia. Es necesario un verdadero esfuerzo de imaginación, para apreciar este hecho incomparable, desarrollado gigantescamente en toda la extensión del orbe.

Conmovedora visión la de este ejército blanco entregado con una bondad y tenacidad invencibles a la lucha sin tregua por suprimir o aliviar el dolor de sus semejantes. Los héroes y las heroínas de este ejército católico han dejado todo lo que les puede estorbar en la batalla salvadora. Renunciaron a las riquezas, porque aprisionan en el círculo del egoísmo; renunciaron hasta a las alegrías legítimas del hogar, porque limitan la aspiración generosa en estrechos confines. Nunca se presentan en las brillantes reuniones sociales. Pero mientras en los salones deslumbrantes giran las sedas de las danzas, en los dormitorios sombríos el Hermano de San Juan de Dios vigila con el rosario en la mano el sueño nervioso de los pobres dementes; mientras en el teatro las bellezas y las artes halagan los sentidos de una multitud, la Hermanita de la Caridad o de los Pobres anima y suaviza el penar del enfermo y la agonía del moribundo, y mientras al amanecer suenan las copas de los últimos brindis en el banquete, la campana de los conventos pone en pie las reservas del ejército blanco, que acuden a reunirse en la capillita penumbrosa, como acudían a la plaza de armas de los castillos antiguos los caballeros.

Y quién podrá darse cuenta de esta inmensa realidad en todo el mundo, desde las clínicas de París hasta los hospitales de Buenos Aires, desde los asilos de ancianitos en Colombia hasta los asilos de huerfanitos en China, desde los manicomios de California hasta las leproserías de Madagascar. Inmensa realidad la de esta forma de vitalidad católica que se nos pierde de vista por su propia grandeza y que no es, en último término, sino un aroma divino y mundial de las manos compasivas de Jesús viviente en su Iglesia.

Porque esas almas tienen una comunicación íntima y viviente con Jesucristo. La penumbra de la capillita que recordábamos hace un momento las ve llegar a la madrugada para meditar ante el sagrario la vida evangélica del Amigo de los pobres y de los tristes; las ve asistir a la misa diaria con piedad incansable y recibir con hambre y sed la hostia divina; las ve acudir durante el día en momentos fugaces y las ve alejarse para ir a escuchar en el idioma de los dolores aquellas palabras milenarias que hacen brotar la delicadeza y el cariño entre las naturales repugnancias, con la misma frescura y pureza con que brotan las fuentes entre los hoscos peñascales: *Lo que hiciéreis con uno de esos pobrecitos, conmigo lo hicisteis!*

Si los medios humanos pudieran producir algo semejante a este aspecto de la vitalidad católica, lo veríamos repetido en las corporaciones de higiene pública, en las instituciones internacionales, en las sectas religiosas, — y no lo vemos.

Un hecho extraordinario, visible e inexplicable por causas naturales es lo que llamamos un milagro: eso es la beneficencia católica.

CAPITULO VII

LA VITALIDAD DE LA IGLESIA EN LA ENSEÑANZA

La relación que existe entre la bondad de la vida católica y la difusión de la bondad por la beneficencia, existe también entre la verdad poseída y la difusión de la verdad por la enseñanza.

Desde que Jesús dijo: *Id, enseñad a todas las naciones* [1], un impulso incansable asedia a las almas que viven con alguna intensidad su cristianismo. El apostolado cristiano viene a resumirse como en su función más característica en la enseñanza, porque la aceptación de la verdad religiosa es una obra eminentemente humana que empieza por la inteligencia y se consuma en la voluntad libre.

La instrucción católica busca ante todo llevar a las almas el conocimiento de las verdades más necesarias para la salvación, conforme al precepto del Señor: *Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia,* o como lo dice evangélicamente el verso cristiano:

La ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe:
porque al fin de la jornada
aquel que se salva sabe,
y el que no, no sabe nada.

Pero supuesto ese conocimiento fundamental que desborda de la vida presente en la eternidad, la instrucción se va perfeccionando hasta la cumbre más alta de la cultura natural y sobrenatural.

En este capítulo, después de ofrecer a nuestros lectores algunos datos sobre el hecho actual de la

[1] S. Mat., XXVIII, 18.

enseñanza católica, haremos algunas breves consideraciones sobre la trascendencia de la doctrina católica que realiza sobre la tierra un doble milagro: milagro de síntesis intelectual que conteniendo conceptos asequibles a las inteligencias infantiles, los despliega luégo en un grandioso sistema científico ante las más altas inteligencias, — y el milagro de acción educadora, expansiva, que avanza hasta los últimos confines del planeta.

I — El hecho ecuménico de la enseñanza católica

Y ante todo hablemos de ese hecho en nuestra patria.

Entre nosotros la primera enseñanza está casi totalmente en manos del Estado, que aplica a ella un presupuesto de más de 8'000.000 de pesos. Sinembargo, donde el gobierno encuentra mayor dificultad o simple imposibilidad de colocar maestros ordinarios, como en las lejanas e insalubres aldeas de los territorios misionales, allá envía la Iglesia a sus religiosos que no buscan ganancias terrenas ni se espantan ante las incomodidades ni ante la muerte.

Por eso solo en Colombia existen veinte comunidades religiosas, que en más de 590 escuelas y con un personal de más de 820 maestros y maestras, educan más de 38.800 niños [2].

Las comunidades que atienden con mayor amplitud a la enseñanza primaria de la niñez colombiana son:

Los PP. Misioneros Capuchinos, que en la Goagira, en el Caquetá y Putumayo y en las islas de San Andrés y Providencia educan 5.000 niños.

---

[2] Estos datos y los siguientes sobre la enseñanza en Colombia están tomados del *Anuario de la Iglesia Católica en Colombia*, Bogotá, 1938.

Las Hermanas de la Presentación que educan a 5.100 niños.

Los Padres Candelarios que en Arauca y la región de Tumaco dan enseñanza a 5.900 niños.

Y las Hermanas Vicentinas educadoras de 7.300 niños.

* * *

En la segunda enseñanza, en la que el estado se encuentra más escaso de maestros, la Iglesia colombiana ha desarrollado una gran actividad docente. En colaboración con el clero secular, veintisiete comunidades trabajan en Colombia en más de 450 colegios con más de 4.000 profesores, para educar a más de 100.000 alumnos.

Las comunidades religiosas que trabajan con más extensión numérica en la segunda enseñanza, son:

Las Hijas de María Auxiliadora con 8.000 niñas.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas con 8.700 niños.

Las Hermanas Vicentinas con 9.300.

Y las Hermanas de la Presentación con 20.400 niños.

* * *

Para la enseñanza técnica y universitaria la Iglesia católica posee en Colombia 15 establecimientos con 295 profesores, para educar a más de 2.700 jóvenes colombianos.

* * *

Sumando la labor de la Iglesia en la enseñanza secundaria, técnica y universitaria, resulta que la Iglesia educa a más de 60.000 jóvenes colombianos. Como en esas ramas de la enseñanza los estableci-

mientos oficiales del gobierno educan 15.000 jóvenes, se ve cómo en Colombia el 80 % de la enseñanza media y superior de la juventud es obra de la Iglesia, imponente contribución cultural a la formación de nuestra patria.

Y con cuánto desinterés lleva a cabo la Iglesia esta grandiosa obra educativa se puede colegir por estos datos. Según el *Anuario General de Estadística* (1936), de los $ 3'400.000 del presupuesto oficial para la enseñanza secundaria y superior se da el 2 % a la Iglesia que realiza el 80 % de esa educación. La Iglesia católica, con una generosidad digna de su excelso fin sobrenatural, no busca emolumentos terrenos: su premio es glorificar a Dios haciendo bien a los hombres. Pero habría que investigar si, fuera de la Iglesia, existe en el mundo una institución que, siendo para los gobiernos de coste mínimo, produzca en educación el rendimiento máximo cualitativo y cuantitativo; porque esa institución, aun por razones puramente económicas, debería encargarse de toda la educación de cada país. Esa institución, única en el mundo, es la Iglesia católica. Si los gobiernos, por razones de otra índole, no favorecen la educación católica, al menos el hecho mismo de esa educación demuestra que la Iglesia es una institución completamente original en su naturaleza y en sus leyes y que ofrece numerosos aspectos extraordinarios y sorprendentes que tienen los caracteres del milagro.

* * *

Ahora, recogiendo nuestra imaginación, procuremos darnos cuenta de la inmensa labor de la Iglesia en el campo mundial de la educación.

Para eso, del conocimiento de algunos datos particulares hagamos por reconstruír todo el conjunto en nuestra mente.

China es un extensísimo país, con 400'000.000 de habitantes, población 40 veces mayor que la de Colombia. China es un país de misiones en el que existen 3'000.000 de católicos, convertidos de las falsas religiones de Buda y Confucio. Solo en ese país, tan densamente pagano, tiene la Iglesia católica más de 15.000 escuelas elementales con más de 400.000 niños.

En la misma China la Iglesia tiene numerosos colegios con más de 20.000 alumnos y 3 universidades con más de 2.000 estudiantes.

En los Estados Unidos hay más de 23'000.000 de católicos. En las 7.400 escuelas parroquiales católicas se educan 2'300.000 niños, en 1.411 colegios de segunda enseñanza estudian 480.500 alumnos y en sus 193 universidades de 1930 a 1940 el número de alumnos aumentó en 57.960.

En los Estados Unidos solo en los 50 colegios de Jesuítas se educan 22.000 alumnos y en las 15 universidades de los mismos religiosos cursan sus estudios superiores 36.600 estudiantes [3].

* * *

Fijándonos en los institutos docentes de la Iglesia observemos estos hechos.

De los 27.000 Jesuítas en los cinco continentes una cuarta parte, 6.550, se dedican a la enseñanza y educan en sus 510 escuelas, colegios y universidades 217.000 niños y jóvenes. En los países paganos sus misioneros tienen 12.000 escuelas y dan educación a 530.000 niños.

Los Hermanos Maristas consagrados del todo al apostolado de la educación son 10.000 en todo el mundo, tienen 800 establecimientos pedagógicos y educan 150.000 discípulos.

---

[3] *Official Catholic Directory*, New York, 1940, 1941.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que también por su instituto se consagran del todo a la educación, son en todo el mundo 18.000, tienen 1.300 escuelas y colegios y educan 300.000 alumnos.

Solo el número de maestros elementales en las misiones católicas pasa de 160.000 [4].

Decíamos en el capítulo anterior que las congregaciones religiosas católicas dedicadas a la beneficencia pasan de 4.000. Ahora bien: el número del personal religioso consagrado a la enseñanza es más numeroso todavía, pues el número de niños y jóvenes por educar es mayor que el número de enfermos y niños desvalidos.

Es pues un ejército incomparable el que despliega la Iglesia sobre la superficie de nuestro globo, para educar a la humanidad desde la más tierna edad hasta los más altos grados de la cultura.

* * *

Y si quisiéramos formarnos una idea de los efectos bienhechores de la educación católica, bastaría hacer una sencilla consideración sobre ella en su grado más elemental.

Hace cincuenta años apenas existía en sus comienzos la más antigua de nuestras misiones nacionales en la Goagira. En las cuatro quintas partes de la extensión de Colombia, es decir, en la Goagira y los valles del San Jorge y del Magdalena, en las extensas vertientes de nuestra costa occidental desde el golfo de Urabá hasta la bahía de Tumaco, en las inmensas regiones señaladas con los nombres de los grandes ríos: Putumayo y Caquetá, Amazonas y Vaupés, Meta, Vichada y Arauca, numerosas tri-

---

[4] Estos datos y los siguientes sobre la enseñanza en las misiones católicas en Colombia están tomados del *Manual de Misiología Católica* (E. Ospina s. J.), Bogotá, 1941.

bus salvajes o de indios bravos, como los llama nuestro pueblo, eran un deshonor nacional y un peligro o al menos un grave problema interior. Los adultos, sin ideas sobre la alteza de la vida individual y social del hombre, vivían sumergidos en la idolatría, en la ignorancia y en la ferocidad. A ejemplo de sus padres, los chicuelos, ariscos y bravíos como cachorros de jaguar, recorrían desnudos los bosques ejercitando el tiro de flecha y el golpe de macana, para aprender a guerrear contra las fieras y contra los hombres.

Hoy, cuando ya existen doce vicariatos y prefecturas apostólicas en esas regiones, los misioneros católicos han ido realizando su obra. Para limitarnos a la línea de la educación, en esos diversos territorios existen 21 colegios y 425 escuelas donde se educan 19.000 alumnos. Esos 19.000 niños y jóvenes, colombianos como nosotros, ya no recorren las selvas, vagos y dañinos al modo de las fierecillas salvajes, sino que aprenden ricas nociones en sus escuelas, ejercitan sus buenas disposiciones en los talleres y, después de oír la misa y el catecismo en la iglesia de su pueblo reciente, cantan en la plaza el himno nacional y saludan militarmente nuestra bandera ondeante en el blanco campanario.

Ahora bien: si la Iglesia lleva a cabo una obra tan profundamente educativa en una región casi desconocida del planeta, ¿quién podrá imaginar la obra total de la Iglesia en todo el globo, desde las escuelas misionales del Putumayo y el Chocó hasta las de Patna al pie del Himalaya o las del Congo a orillas del lago Tanganika; desde los talleres salesianos de Turín hasta los colegios benedictinos de Inglaterra o el Canadá; desde el Seminario Pontificio de Santiago de Chile hasta la Universidad de Tokyo en el Japón o la de Beiruth en Siria o la Pontificia Gregoriana en Roma, la más típica de las universidades

católicas, con su alumnado cosmopolita procedente de 550 diócesis y de 54 Ordenes y Congregaciones religiosas en un número de 2.000 estudiantes venidos de 50 naciones?...

II — El doble milagro

Y ahora veamos brevemente como en la obra enseñante de la Iglesia brilla el fulgor misterioso del milagro.

Fuera de la Iglesia católica, los abundantes conocimientos adquiridos por la mente humana se acumulan en grandes o pequeños bloques dislocados.

El punto flaco de la ciencia moderna, en su tendencia de especializaciones exclusivas, es un lamentable estrechamiento del ángulo visual a un limitado sector científico. Sabios hay que pasan su vida absorbidos en el estudio de la cristalización de un cuerpo o de la estructura ocular de las libélulas o de las costumbres de un pulgón que se desarrolla debajo del ala de un coleóptero. Objetos de indiscutible interés científico; pero insuficientes para satisfacer los problemas trascendentales de una vida humana, que son sinembargo los que deben llenar nuestra existencia.

La vida humana tiene los evidentes caracteres de un itinerario que no se termina sobre la tierra y plantea por tanto en toda mente racional varios graves problemas y exige su solución precisa. El origen y el fin del hombre; la naturaleza de su ser y principalmente de su espíritu; la existencia del Espíritu infinito, causa primera de todas las cosas; las relaciones del hombre con ese Dios infinito en esta vida y en la de más allá: estos son los grandes problemas humanos que ha de resolver todo hombre. Y se han de plantear y resolver con una mentalidad realista en atención a la naturaleza es-

piritual y corpórea del hombre, a su posición en un punto del universo sideral, del mundo geográfico y del mundo humano. Grandes problemas, para cuya solución aportan un rayo de luz todas las ciencias verdaderas y una catarata de luz la palabra de Dios que puede comunicársenos por una revelación.

Fuera de la Iglesia católica no se ha intentado una síntesis completa de la ciencia. Existen muchos de esos conatos que llamamos sistemas filosóficos; pero todos ellos se han instalado en el valle nebuloso y angosto de los conocimientos meramente naturales y, aun en ese plano inferior, han desesperado de armonizar las ciencias físicas con las metafísicas, las físicas y las metafísicas con las morales y todas ellas con las teológicas. Grandes vacíos en la jerarquización científica, no raras contradicciones o antinomias en sus elementos positivos y oscuridades tristes y frías en las perspectivas ultraterrenas: esas son las notas del conjunto científico en cuanto tal. De ahí, en los espíritus que profesan con exclusión esas ciencias, una aridez fundamental en la concepción de la vida y también, casi siempre, un vago malestar de la razón y una sorda pero incurable inquietud de la conciencia. No es extraño que espíritus capaces, náufragos del racionalismo, como Cousin, Taine, Valera, Ramón y Cajal, y tantos otros, sientan que se ahogan y experimenten al fin de la vida una atormentada necesidad religiosa, aguzada a veces hasta la obsesión.

Eso son los sistemas filosóficos. Las diversas religiones por su parte son de fácil contentar en el orden científico y en cuanto a una síntesis total no la han intentado ni piensan en ello.

Pero la religión católica no sigue los caminos de los sistemas y de las religiones humanas. Ella sí ha realizado la gran síntesis con una amplitud y profundidad que trasciende las capacidades de la

razón. Ella afirma —y lo prueba con formidable rigor científico— que ha tenido una extraordinaria y grandiosa revelación de lo alto. Y ciertamente, aun sin entrar en las pruebas científicas, quien solo oiga y medite el enunciado de las tesis católicas encuentra entre ellas una concordia tan inteligente, un empalme tan fuerte y realista con la realidad del mundo y del hombre y una armonía tan profunda y tan lumninosa entre la ciencia natural y la sobrenatural, que ella sola es ya una apremiante presunción de verdad. El error en sus movimientos es anguloso, inconstante, superficial y contradictorio.

Pero lo más milagroso de este milagro doctrinal católico es que, como observan los críticos en las palabras evangélicas de Jesús, las afirmaciones católicas son oídas y aceptadas por los niños y por los incultos con comprensión y con encanto, y los sabios, sin lograr nunca penetrar hasta el fondo de esa profundidad, encuentran su armonía cada vez más perfecta y arrobadora.

Esta es la incomparable propiedad, exclusiva de la enseñanza católica, que hemos llamado milagro de síntesis intelectual [1].

* * *

Y tiene otro aspecto milagroso la enseñanza católica: el milagro de su fuerza expansiva.

Es un fenómeno interesante en la sicología del catolicismo que una instrucción religiosa intensa y bien adaptada a los niños y jóvenes produce inmediatamente un impulso de apostolado y como un principio de vocación sacerdotal: ese es el secreto para formar los jefes de la Acción Católica.

Y en la Iglesia palpita esa fuerza expansiva de la doctrina.

[1] Véase el capítulo II de este libro.

Solo en Colombia tiene la Iglesia, entre sacerdotes seculares, religiosos y sus colaboradores en la enseñanza religiosa un ejército de más de 20.000 soldados.

Solo para la enseñanza cristiana en sus condiciones más difíciles, como se da en los países de misiones, tiene la Iglesia un ejército de 250.000 misioneros con sus colaboradores.

Y en todo el mundo entre sacerdotes, religiosos, religiosas, maestros, catequistas y cooperadores de la Acción Católica, el gran ejército de los portadores de la luz de Cristo pasa ciertamente de 10'000.000.

La ciencia católica es expuesta con profundidad y con rigor científicos en las universidades católicas, lo mismo en Roma que en San Louis Missouri, en Bogotá o en Shanghay; es estudiada con solidez y amplitud en los 1.570 seminarios católicos de los cinco continentes; es explicada con claridad popular en los millones de templos católicos del mundo; es enseñada con ingenuidad luminosa al alcance de los niños en los catecismos católicos lo mismo en los colegios de Medellín, Nueva York, Edimburgo, el Cairo o Calcuta, que en las misiones bajo los árboles seculares del Putumayo o del Atrato o en las chozas de hielo cerca de los círculos polares, o en las granjas feraces de Nueva Zelanda o en los aduares rumorosos de Argelia o en las costas soñadoras de Islandia.

¿Dónde existe sobre la superficie del planeta una institución social, científica o religiosa que sea comparable con la Iglesia católica?

Ni las grandes religiones del Asia, dominadas por la imaginación y la sentimentalidad y confinadas a una parte de ese continente; ni el mahometismo que se propaga en algunas regiones de Asia y Africa, no por la elevada doctrina o el celo misio-

nal, sino por el halago deliberado de los goces sensibles; ni el protestantismo con sus centenares de sectas y de fórmulas doctrinales, innumerables como los fragmentos en que se pulveriza un satélite destrozado; ni ninguna otra religión o sociedad humana actúa ni posee esa misteriosa fuerza de expansión de la doctrina católica, que, como una atmósfera trasparente y vital, envuelve nuestro globo en su viaje milenario a través del cielo.

Síntesis única, profunda, amplia y armoniosa, expresada en las formas sensibles de los idiomas humanos, y fuerza de expansión única, poderosa, infatigable y que se deja ver en todas las latitudes de la tierra, son los dos aspectos de la enseñanza católica actual que por ser un doble hecho completamente extraordinario, visible e inexplicable por causas naturales, requiere una causa extraordinaria y sobrenatural y constituye por tanto un doble milagro.

CAPITULO VIII

LA VITALIDAD DE LA IGLESIA EN EL ARTE

El tema que vamos a tratar tiene dos dificultades: la primera es que en este libro nos hemos propuesto tratar solamente los aspectos *actuales* de la Iglesia y es muy difícil, al hablar del arte actual, prescindir de su formación y acumulación histórica. La segunda dificultad es que el arte, más espiritual que la beneficencia y aun que la enseñanza, tiene con la Iglesia católica vinculaciones más sutiles y también más profundas y por eso no fáciles de advertir a primera vista.

Obviaremos la primera dificultad haciendo mención de lo pasado solo en cuanto permanece aún en el presente. Para salvar en algún modo la segunda dificultad confiamos en la ayuda de Dios y en la reflexión de nuestros lectores.

Y por la amplitud del tema nos es preciso restringir la materia. Sería de grandísimo interés estudiar, junto con las otras artes, la música y la reina de todas ellas que es la poesía; analizar el influjo hondo y fecundante que en ellas ha tenido la idea cristiana, y luégo hablar de la liturgia que sintetiza todas las artes. Pero tratar esos temas tan hermosos y profundos en unos pocas páginas es destrozarlos: por eso es preferible prescindir de ellos y limitarnos a las tres principales de las artes plásticas. Aun así la pretensión de decir algo completo de ellas en breve espacio, resulta casi desatinada. Hagamos al menos por sugerir algunas ideas.

Según nuestro procedimiento usado en otros capítulos, observemos ante todo el hecho real y después procuremos investigar *su por qué*. Y como pun-

to de partida para ambas cosas, recordemos un par de conceptos.

Entendemos por arte, en general, la expresión de la belleza por medio de una forma sensible. Esas formas sensibles, es decir, perceptibles por los sentidos, son las producidas por el hombre con los hábitos y medios técnicos de expresión. El poeta tiene el hábito de pensar y sentir poéticamente y su medio de expresión es la palabra armoniosa. El pintor tiene el hábito de pensar y sentir pictóricamente y su medio técnico de expresión es el color incorporado en el dibujo. Y así el músico, el escultor, el arquitecto, tienen sus hábitos propios y sus medios técnicos característicos.

Supuestas estas sencillas nociones observemos en primer lugar un gran hecho visible.

I — El hecho visible

La arquitectura es un arte excelso, pero la prosa de la vida la hace común hasta privarla de su distinción: un gran edificio profano no dice por solo su aspecto lo que es. El templo católico en cambio se da a conocer solo por su silueta. Es inconfundible. Si desde los montes cercanos a Bogotá contempla un extranjero nuestra capital, podrá tal vez pensar que la Gobernación es un hotel y que el Hotel Granada es la Gobernación. Pero en cambio no dudará de qué se trata al ver las dos torres de la catedral o las cúpulas de San Ignacio y Santo Domingo o la elegante torrecilla de las Angustias o la tímida espadaña de San Diego.

Hagamos pasar por nuestra imaginación los templos de Colombia desde la catedral de Medellín o la de Manizales hasta la de Cartagena y hasta la iglesia de Sonsón; y el santuario de Chiquinquirá, y el del Señor de Buga, y el de la Virgen de las La-

jas... y saliendo de Colombia renovemos en nuestra mente la imagen de los grandes templos católicos en todo el mundo: catedrales de Buenos Aires, Quito, Méjico, Nueva York, Calcuta, Sidney, Ciudad del Cabo, Cartago, Lisboa, Toledo, París, Colonia, Viena, San Pedro en Roma. ¡Qué variedad tan grande, y en medio de tanta variedad, cuánta belleza!

La silueta de los templos católicos es lo más hermoso y grande que podría ofrecer la arquitectura para una exposición universal!

* * *

Pero no nos contentemos con su aspecto externo: penetremos en su interior.

¡Allí todo es arte!

Podrá haber allí detalles y aun conjuntos de gusto discutible. Podrán haber dejado allí su sello escuelas más o menos felices en sus principios y en su aplicación; pero la ley general que domina en nuestros templos es esta: en el templo católico se encuentra actualmente lo mejor que cada época ha sabido crear en la esfera del arte.

Desde la portada hasta el altar y desde el pavimento a la cubierta, todo está elaborado con un amor, un desinterés y una generosidad que son las mejores condiciones del arte. Los arcos sean, según los estilos, de medio punto, apuntados o conopiales; los soportes, sean cilíndricos o poligonales, pilastras compuestas o haces de columnas; los retablos tengan una repartición iuxtapuesta y rectilínea o una unidad involvente y plástica o una estructura aguzada y elevadora, siempre los elementos arquitectónicos han tenido su máximo rendimiento de belleza para la glorificación del Dios verdadero en el templo católico.

Y esta belleza arquitectónica es como el marco en que las otras artes y oficios despliegan su pro-

pia belleza. Nuestros templos son el término de los más hermosos trabajos de los talleres: canceles, pilas, bancos, verjas, púlpitos, candelabros y hasta la llave del sagrario, las aldavas y los clavos de las puertas son generalmente lo mejor que se trabaja en cada taller. Muy pobre tiene que ser el barrio o la aldea, para que con el tiempo no aparezca en su iglesia o capilla el múltiple fulgor del arte, comprado a veces con generosidades que no ejercitan los pobres con ninguna otra causa pública.

Así los niños pobres de las escuelas en los barrios Unidos de Bogotá han pagado una columna de la iglesia en construcción; así la primorosa iglesia del Sagrado Corazón en Medellín está construída por la generosidad obrera en el barrio obrero llamado Guayaquil, y así las bellas iglesias de Chapinero, Gachetá, Chinavita, el Jardín, Puerto Merizalde, Cristo Rey en Pasto, e innumerables otras son obra cariñosa de obreros, carboneros y labradores.

* * *

Y en las otras artes superiores, nuestros templos son a veces ricos en obras acabadas que bastarían para formar un museo. No es cosa exclusiva de Colombia el que las iglesias posean tantos cuadros de Vázquez Cevallos, y aun de Murillo, Guido Reni y tantos de nuestros mejores pintores modernos como Garay, Moros, Páramo, Acevedo Bernal. En América como en Europa las iglesias católicas poseen las mejores obras de los grandes artistas. Y para no hablar más que de los genios antiguos, en las iglesias de Sevilla las de Murillo, en las de Toledo las del Greco. Las de Madrid están pobladas de obras maestras desde Valdés Leal hasta Goya. Para la iglesia de la Santa Patrona de París realizó Puvis de Chavannes la colección de la vida de Santa

Genoveva; en la catedral de Amberes se conservan las más grandiosas obras de Rubens y de Van Dyck, en la de Gante las de los Van Eyck, en la de Augsburgo las de Shöngauer, en las de Innsbruck las de Kranach, en Viena las de Pozzo y los pintores nórdicos, y Roma, mundo artístico, tiene su mejor coronamiento en la capilla sixtina decorada por el Perugino, Signorelli, Boticelli y sobretodo por el testero del juicio final y la bóveda mesiánica de Miguel Angel.

Es una verdadera pena hacer estas enumeraciones tan incompletas; ellas harán pensar tal vez a algún lector que resumen la pintura católica, cuando en realidad no son sino una estrecha rendija, por donde quisiéramos mirar al inmenso campo primaveral del arte.

Porque el arte católico no está todo encerrado en los templos: los conventos y casas religiosas son en todo como una prolongación del templo, de la vida divina en todas sus manifestaciones. Quien quiera verlo en la línea del arte, que visite los conventos de Franciscanos en Bogotá y en Monguí, el de los Jerónimos en el Escorial, el de los Benedictinos en Solesmes, en Salzburgo, o en Viena, el dominicano de San Marcos en Florencia o las cartujas de Burgos o de Pavía.

Pero allí tampoco se agota la vitalidad artística de la Iglesia. Así como las bibliotecas de los colegios de antiguos Jesuítas en San Bartolomé, Honda y Pamplona fueron los primeros fondos para formar la Biblioteca Nacional de Bogotá, así también el fondo más rico y perfecto de los grandes museos del mundo europeo y americano son las obras trasportadas de las iglesias y conventos y guardadas hoy día en las capitales del mundo civilizado, como el tesoro más precioso de la cultura. Las obras del arte español y flamenco en el Museo del Prado en Ma-

drid, las obras religiosas de toda Europa recogidas en el Louvre, las secciones del arte renacimiento y barroco italianos en la Galería Nacional de Londres, las obras más caras y apreciadas obtenidas para los museos de Berlín, Dresden, Munich y Viena, y museos enteros de Florencia, Milán, Roma y otras ciudades de Europa, muestran que en la vida del cristianismo, como en ninguna otra hay una fuente inexhausta de vitalidad artística, una fuente oculta y misteriosa que trae sonoridades lejanas de un mar infinito. Esa fuente al verter sobre la tierra su tesoro, sacia la sed de íntimas aspiraciones en las almas, fecundiza y enriquece los países afortunados por donde pasa y en todas partes, en la paz augusta de los museos, en la paz elevadora de los claustros, y en la paz celeste de los templos, pone remansos hondos y luminosos donde se reflejan, como el cielo claro sobre los lagos serenos, los divinos y nostálgicos fulgores de otros mundos.

Siempre que hablamos o escribimos del arte católico —y lo hemos hecho muchas veces— experimentamos un temor y una decepción. El temor de que nuestros oyentes o lectores vayan a pensar que el arte católico puede quedar contenido en una exposición minúscula: ella podría contener cosa tan rica y grande como podría encerrar un niño entre sus puños diminutos nuestro sistema planetario. Y nuestra decepción proviene de sentir que nunca logramos realizar ni siquiera nuestra modesta aspiración de solo sugerir la grandeza del arte católico.

Para usar una expresión más breve, pero más abstracta, recordemos a nuestros lectores conocedores de la historia del arte en general, que en los últimos veinte siglos lo mejor, lo más grande de la historia del arte es la historia del arte católico. A nuestros lectores poco familiarizados con esa historia espléndida, les rogamos que nos crean, no como

a apologetas católicos, sino como a simples observadores de realidades históricas, cuando decimos que ninguna institución ni religión humana ha producido en escultura nada comparable en su conjunto como las series millorinarias que contienen el bello Buen Pastor de los siglos primitivos, las estatuas de la Iglesia y la Sinagoga, talladas por el siglo XIV en la catedral de Estrasburgo, el Moisés de Miguel Angel en el siglo XVI, los Crucifijos de Montañez en el siglo XVII, las imágenes de los Pontífices Romanos en sus tumbas erigidas por los siglos XVIII y XIX, las efigies de Cristo levantadas por el atormentado siglo XX sobre el cerro de los Angeles en el centro geográfico de España y en la cumbre de los Andes que unen a los pueblos hermanos de Chile y Argentina. Suplicamos a nuestros lectores que crean a la voz de la historia, cuando decimos, que en conjuntos pictóricos, densos de pensamiento y crecientes a través de los siglos, no existe sobre nuestro planeta nada comparable al arte que empezó en los frescos de las catacumbas hace veinte siglos, que inventó la pintura al óleo en la edad media, que pobló a Europa y América con millares de jardines de luz desde los ventanales de Chartres hasta los retablos de las iglesias del Cuzco, y desde las galerías de Vaticano hasta la cúpula de la catedral de Bogotá.

Y finalmente, les suplicamos que hagan un esfuerzo por formarse una idea de esta sencilla pero inmensa verdad histórica: ni las arquitecturas orientales, ni la romana, ni siquiera la griega, ni otra alguna en el mundo ha desplegado un progreso tan rectilíneo, tan potente y tan grandioso como la arquitectura cristiana que trasformó los oratorios tricoros de los cementerios romanos en las basílicas latinas, bifurcó el arte, como la civilización latina, en arte bizantino y en arte occidental, y paso por paso, con la fuerza callada, irresistible con que el principio

vital hace crecer los bosques, hizo crecer el arte bizantino hasta Santa Sofía de Constantinopla y hasta San Marcos de Venecia, e hizo remontar la arquitectura occidental hasta las catedrales etéreas de León, Burgos y Barcelona, París, Amiens y Reims, Colonia, Ulm y Ratisbona, Praga, Viena y Milán.

Cuando se estudia sólo la genial y gigantesca obra artística de la Iglesia católica en el mundo, hace la impresión de que ella fuera desde hace muchos siglos, una gran empresa de difusión artística que con ingentes riquezas, fuerte organización e inspiración incomparable hubiera ido esparciendo por la tierra todas las formas del arte más puro y elevador. La Iglesia fue fundada por Jesucristo para realizar la redención y salvación de los hombres. No ha sido fundada para propagar el arte. Y sinembargo lo crea y lo propaga con una fuerza prodigiosa.

¿De dónde le viene esa prodigiosa fuerza?

Es la mano de Dios que toca el corazón del hombre... Y este es el segundo punto que queremos sugerir a la meditación de nuestros lectores.

II — La causa de la vitalidad artística de la Iglesia católica

Hay una relación metafísica entre la naturaleza de la Iglesia y las formas de su vitalidad. Quizás la esencia de esa relación no quede inexactamente expresada en esta fórmula, muy abstracta pero muy real:

Toda la naturaleza creada recibe en su ser y en sus capacidades un perfeccionamiento proporcional al grado de perfección de su contacto con el Infinito.

Tratándose de sociedades religiosas esa fórmula nos daría uno de los caracteres distintivos de la verdadera religión. Porque una religión que mata o

deforma las actividades normales, legítimas de la naturaleza humana, no puede ser agradable a Dios ni por tanto la verdadera religión: porque la naturaleza humana y la verdadera religión son dos aspectos de la obra completa y armónica de Dios.

Y por lo mismo una religión que desarrolla con plenitud todas las capacidades del hombre con eso ya da un indicio de la aprobación de Dios sobre ella. Si, como sucede en la religión católica, ella no sólo desarrolla con plenitud la naturaleza humana, sino que le da fuerzas y efectos milagrosos, entonces la aprobación y la presencia de Dios se hace evidente.

Señalemos para limitarnos sólo tres puntos concretos que siendo altos grados de perfección con que la religión verdadera estrecha su unión con el Infinito, son causa de que la religión verdadera sea tan fecunda en la producción del arte.

Primera: La doctrina teológica.

Segunda: La vida moral.

Tercera: La relación entre el ideal y la realidad.

* * *

Una de las causas que en primer término y más evidentemente han influído en el arte son los dogmas católicos.

El conjunto de enseñanzas que como verdades forman la riqueza teológica del catolicismo, como símbolos o imágenes forman su riqueza artística.

Es verdad que el protestantismo profesa también muchos de esos dogmas; pero prohibe su expresión artística. Con eso el protestantismo suprime uno de los aspectos más grandes y providenciales de la verdadera cultura humana. Si el catolicismo matara así el genio del arte no existiría la expresión de la creación y redención del mundo bajo los gabletes de las iglesias medioevales, ni en los frescos

vaticanos de Rafael, ni en la pasmosa bóveda sixtina, —no existiría la riquísima pintura e imaginería bíblica—; no existirían las imágenes de la Virgen María, no sólo las de formas a veces demasiado humanas de Boticelli, Lippi, y Rafael, sino también las de formas divinas de Fra Angelico, Rivera y Murillo; — no veríamos sobre la tierra las imágenes de Cristo, el tema más rico del arte, lo mismo en las lápidas de las tumbas de los mártires, que en la gloria semicircular de los mosáicos bizantinos, bajo doseles románicos y góticos, sobre los grandes fondos del renacimiento, y hoy día en todas partes, desde los monumentos colosales sobre los picos de las sierras hasta la choza oscura de un pobre pescador donde una madre, angustiada a la hora de la tormenta, hace arrodillar a los pequeñuelos para rezar a su Dios crucificado por el padre ausente.

* * *

En 1871 nuestro poeta Rafael Pombo, residente en Nueva York, cultivaba la amistad del poeta norteamericano William Cullen Bryant, protestante. Un día le envió Pombo un soneto suyo dedicado a la Virgen y compuesto en inglés, para que su amigo le dijera si aquello sabía a inglés y a poesía inglesa. Al día siguiente el soneto inglés del poeta colombiano apareció publicado en la revista dirigida por el poeta norteamericano. Sorprendido Pombo fue a manifestar su admiración a su amigo, entre otras razones por ver su soneto en una revista protestante, ya que ellos rechazan el culto a María Santísima. Bryant, le contestó:

—*We are all catholics, in art.* En arte todos somos católicos [1].

* * *

[1] A. Gómez Restrepo, prólogo a las *Poesías de Rafael Pombo*, t. I, p. XXXII.

La virtud moral que cultiva el cristianismo en primer término, es también una de las más puras fuentes del arte. La virtud cristiana de suyo esclarece la inteligencia, ennoblece la voluntad y produce en la imaginación y el sentimiento una expansión luminosa y cálida. No hay que pensar que el libertinaje favorece al arte en modo alguno. Es cierto que ha habido poetas y artistas bohemios; pero no han sido poetas y artistas por ser bohemios sino a pesar de ser bohemios.

Carpeaux, gran escultor francés, que pudo haber sido el primer escultor del siglo XIX, tuvo experiencia de la vida libertina. Próximo a morir y convertido a la práctica del catolicismo, volviendo una mirada retrospectiva a su vida anterior exclamaba desolado: —«Si yo hubiera vivido como un monje, hubiera sido un Miguel Angel!».

* * *

La tercera causa de suma fecundidad artística del cristianismo consiste en la relación que tienen para el artista cristiano el ideal y la realidad.

Aun en el lenguaje de críticos entendidos en sicología artística, los conceptos de lo *ideal* y de lo *real* se presentan como dos cosas no sólo diversas sino diametralmente opuestas. Y así clasifican a los artistas en sus dos categorías más contrarias y lejanas, en idealistas y realistas.

La falsedad de la vida da lugar a falsear los conceptos. Una mentalidad superficial piensa que lo real de las cosas es lo que se palpa por los sentidos, es decir, lo visible, lo material; y que lo ideal es una cosa invisible y bastante vaga, creación de nuestra fantasía y por tanto sin realidad.

De una mentalidad que concibe tan inexactamente lo ideal y lo real, queda excluído el verdadero ideal y la verdadera realidad.

Porque la verdadera realidad no es lo visible y palpable. La materia visible y palpable es el grado más imperfecto de realidad. El espíritu, con todo su mundo invisible que tiende hacia lo ideal, es un grado mucho más perfecto y fuerte de realidad. Y Dios el ideal infinito, el único verdadero ideal, es al mismo tiempo la infinita, la verdadera realidad.

Sería preciso explanar estos conceptos para hacer ver su trascendencia en la sicología de los artistas y en la producción histórica del arte.

En este capítulo que tiene que tocar a su fin, hagamos sólo constar dos hechos, uno menor y otro mayor, pero que se iluminan mutuamente y que sólo sugerimos a la meditación.

Primer hecho. El pueblo que en su historia ha mostrado vivir más fuerte y profundamente el cristianismo, es el pueblo español. Los críticos e historiadores señalan y procuran analizar lo que ellos consideran como un enigma, a saber, el alto idealismo y el enérgico realismo del arte español. La clave del enigma artístico está en la verdad con que los artistas españoles vivieron la vida católica.

Segundo hecho. La más enorme realidad de arte que existe sobre la tierra, la que ha hecho saltar en los talleres más astillas y fragmentos sobrantes de maderas, piedras y mármoles; la que ha dominado más metales indómitos en los crisoles, la que ha levantado arquitecturas de mayor altura y belleza; la que ha hecho brotar más gotas de sudor glorioso en las frentes de los artistas y más ardientes anhelos en sus corazones insaciables, esa inmensa realidad de arte que como un manto imperial, envuelve al mundo desde hace dos mil años, es la realidad de la Iglesia católica, la única realidad inmortal entre las cosas mortales de los hombres: la Igesia católica que por sus doctrinas es el más puro y alto

idealismo y por sus obras es la más grande realidad histórica.

Como esa fusión de ideal y realidad, que se presenta en la historia católica, no tiene explicación en las causas que explican la historia puramente humana, por eso es preciso ver en el hecho incomparable, visible y extraordinario del arte católico un nuevo aspecto milagroso en la vitalidad de la Iglesia.

CAPITULO IX

LA VITALIDAD DE LA IGLESIA EN LA SANTIDAD

Cuando Dios se manifestó a Moisés por primera vez en el desierto le dijo: *Descúbrete, porque la tierra que pisas es santa: Yo soy el Dios de tus padres...*[1].

Dios es la santidad y su presencia se muestra por la santidad que produce. Y siendo la Iglesia católica la depositaria de la religión divina en que Dios se manifiesta por múltiples milagros, debe manifestarse también por un milagro de santidad.

I — La naturaleza santificadora de la Iglesia

La Iglesia, como decíamos en el capítulo VIII, no fue fundada para crear arte, y sinembargo ha creado sobre la tierra un milagro de arte. Pero la Iglesia sí fue fundada para santificar y por eso el milagro de santidad tenía que venir.

Ante todo porque la Iglesia no es una sociedad meramente externa que con medios sensibles busque fines terrenos: es una sociedad que busca un fin espiritual con medios espirituales. Es pues una sociedad principalmente espiritual y por su naturaleza misma se mueve en la esfera de la santidad que es el espíritu.

La Iglesia ha traído a la tierra el más alto concepto de la santidad. Según la doctrina católica, la santidad no es solo una conducta exterior más o menos honrada. La santidad es la unión asimilante con Dios por la gracia *santificante* y ese estado de gra-

[1] Exod., III, 5, 6.

cia exige, como grado mínimo, una conducta honrada ante Dios y ante los hombres; pero empuja hacia otros grados más altos de perfección hasta la ferviente vida ascética y también hasta el más generoso heroísmo.

Pero además la Iglesia está toda estructurada para producir la santidad.

Toda la enorme autoridad que posee y ejerce la misteriosa jerarquía católica está comunicada por Dios y empleada por la Iglesia para llevar las almas a la santidad. Toda la ciencia y la gigantesca labor docente de la Iglesia se dirige a enseñar a las almas el camino de la santidad. Todo el milagro de fuerza expansiva del apostolado católico se endereza a conquistar todo el mundo para la santidad y la salvación. La razón de todo esto es porque la Iglesia está construída para perpetuar la obra de la redención [2], es decir la salvación del mundo por la santidad. Por eso no solemos llamarla la Iglesia sabia, ni la Iglesia artista (aunque sean tan de veras sabia y artista), sino la *Santa Iglesia.*

II — Sus medios de santificación

Y por eso los medios que ella pone en juego allá se encaminan. Con aplicarlos en nuestra vida no conseguiremos riquezas terrestres, goces sensibles, honores mundanos, porque no buscan eso: buscan la santidad de las almas.

Entre la gran riqueza de medios santificadores de la Iglesia, unos son objetivos, que obran, como se dice en teología, *ex opere operato,* o sea por la fuerza interna del medio mismo instituído por Cristo: tales son los sacramentos. Por eso el bautismo santifica al niño que no puede prepararse por sí pro-

[2] Concilio Vaticano, sess. IV, *Constitut. dogmat. de Ecclesia Christi.*

pio; la sagrada comunión nos santifica, aunque nosotros estemos distraídos; la extrema-unción lleva gracia al moribundo, aunque él esté sin conocimiento. La Iglesia es como una magnífica fuente marmórea que por numerosos surtidores hace saltar el agua pura de la vida eterna: la santidad. Los surtidores más centrales y potentes son los sacramentos y en el centro mismo está el que llamamos *Santísimo Sacramento*, que nos pone en contacto íntimo con nuestro Dios, la infinita Santidad.

* * *

Además de estos medios objetivos tiene la Iglesia otros que se dirigen a infundir las buenas disposiciones en el hombre mismo. Como un escultor plasma la arcilla imprimiéndole las formas de la belleza, así la santa Iglesia con sus normas de vida plasma las almas imprimiéndoles las formas de la santidad, la suprema belleza.

Esas normas de vida son ante todo los mandamientos, cuya práctica es necesaria para conservar la gracia, santidad fundamental.

Luego, la legislación canónica, cuyo último término es la mejor distribución de la gracia en las almas.

Luego, para las almas distinguidas por sus aspiraciones y su energía tiene sus sistemas de vida ascética, incorporados en los diversos institutos religiosos: vida de generosidad y abnegación, olvidada de los intereses terrenos y totalmente consagrada a la propia santificación para gloria de Dios. De todos los institutos religiosos se puede decir lo que el santo Pontífice Pío X dijo del instituto de San Ignacio: «Vosotros sois la quinta esencia del espíritu del cristianismo».

* * *

Pero hay algo más todavía: no solamente posee la Iglesia esos medios y formas de santidad, sino que nos empuja hacia ella con una instancia urgente y con una incansable constancia.

Todas las enseñanzas y exhortaciones del Sumo Pontífice y de su jerarquía universal, toda la infatigable predicación católica, toda la ardiente aplicación de nuestros escritores, todos los silenciosos ejemplos de los cristianos fervientes, toda la tenaz enseñanza del catecismo, todo el estímulo del culto externo y hasta la elocuente elevación de los templos y la clamorosa voz de las campanas que desde las altas torres se esparce sobre la tierra al rayar el alba, al subir la mañana, al mediodía y al atardecer, son voces maternales apremiantes que llaman al pecador hacia la conversión, al distraído hacia el recogimiento, al justo hacia la perfección: voces maternales de santidad de la que con tanta razón llamamos *nuestra santa madre la Iglesia*[3].

III — Sus frutos de santidad

Una institución tan espiritual, de tan elevadas aspiraciones santificadoras, que vive en el mundo, hoy como hace veinte siglos, predicando el bien y empujando hacia la santidad, en tantas formas, con

---

[3] No dudamos que ayudará a nuestros lectores para formarse una idea concreta de la labor santificadora de la Iglesia el conocer algunos datos relativos a la obra apostólica de la Compañía de Jesús, cuyas estadísticas están a nuestra disposición:

En solo un año (1937) en las diversas regiones del mundo los Jesuítas han predicado 426.256 sermones, 411.320 catecismos, 5.610 misiones, 16.043 tandas de ejercicios a 680.788 ejercitantes, y (solo en sus iglesias) han oído 27'321.124 confesiones y repartido 54'378.459 comuniones.

El número anual de ejemplares de sus diversas publicaciones asciende a 144'206.769.

Sus instituciones docentes son 12.400 con 730.000 alumnos.

En sus misiones entre infieles atendieron a 3'032.011 católicos, administraron 234.878 bautismos y repartieron 28'389.112 comuniones.

tanta urgencia y con tanta constancia, constituye ya un hecho único en la historia del mundo. Pero el milagro de Dios no está solo en que la institución que salió de sus manos es apta para santificar, sino que de hecho santifica con una eficacia portentosa.

Talvez alguien ponga en duda esta afirmación y objete un gran número de católicos tibios y pecadores.

Pero nos adelantamos a responder a quien esto objete, que su objeción no prueba nada. Así como la vida y las miserias de los borrachos, de los glotones y de los viciosos no prueban nada contra la saludable sabiduría de la higiene, antes la confirman, así nada prueba contra la santidad de la Iglesia católica la vida y las miserias morales de los que no viven conforme a su catolicismo. Y esto cualquiera lo entiende. Nadie se sorprende de que un incrédulo sea un ente inmoral: vive según sus principios, o por mejor decir, según su falta de principios. Pero sí sorprende y escandaliza el que un hombre consagrado a la Iglesia tenga cualquier desliz moral: esa extrañeza es una apreciación de sentido común de que toda imperfección moral hace contraste con la santidad de la Iglesia.

Además aquí nos encontramos ante la libertad del hombre individual. La gracia de Dios no violenta la libertad humana, y como no todos los individuos hacen buen uso de su libertad, *a priori* se podía preveer que no todos los católicos habían de ser buenos, ni todos los religiosos perfectos ni todos los sacerdotes heroicos.

Pero —gracias a Dios— la Iglesia no tiene solo esa contraprueba negativa, sino también la demostración positiva de su santidad.

Y empecemos esa demostración por la cumbre. ¿Qué otra institución histórica puede presentar, co-

mo la Iglesia, una dinastía pontificia no solamente regia, sino santa? Entre los 261 Papas que forman la cadena de oro del Sumo Pontificado católico, 77 están canonizados y es mucho mayor el número de los santos que no han recibido los honores de los altares. De Pío X ha escrito el protestante alemán Walter Koehler estas palabras: «Era el sacerdote que sosteniendo muy alto la Hostia sagrada, sin mirar a la derecha ni a la izquierda solo pensaba en llevar a su Salvador a través del mundo»[4].

Bien sé que algún hombre leído objetará el que algunos Papas fueron indignos.

Pero preguntamos: ¿Indignos de qué? ¿De la dignidad del Pontificado, no es verdad? Luego el Pontificado siempre es digno aunque algunos de sus Pontífices sean indignos. Y además, ¿cuántos son los indignos en la prolongada serie de los Pontífices? Nos nombran a Benedicto IX, a Alejandro VI y bien pocos más. Pues ante ese cortísimo número diluído en 2.000 años, nombremos en menos de 50 años a Pío XII, Pío XI, Benedicto XV, Pío X, León XIII. Ante tan grandes figuras, que son el conjunto histórico de los Pontífices, los poquísimos pequeños desaparecen.

* * *

Bajo esa brillante jerarquía de santidad, el episcopado, el sacerdocio, los institutos religiosos y el pueblo cristiano suben con un ardor y un éxito proporcional hacia la perfección. El sacerdocio es un estado de perfección difícil, y hay más de 400.000 sacerdotes católicos en el mundo. Los institutos religiosos son una forma aún más estricta de perfección evangélica y en la Iglesia hay más de 220 institutos de varones, uno solo de los cuales, la Compañía de Jesús, tiene más de 27.000 religiosos, y hay

[4] *Christliche Welt,* 1914, p. 913.

1.090 institutos femeninos de los cuales uno, las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, tiene unas 45.000 religiosas.

Estos frutos de santidad son patentes aun para espíritus alejados de la Iglesia que se acercan un poco a estudiarla con imparcialidad. Hipólito Taine, que en sus primeros libros escribió afirmaciones tan radicales y audaces sobre el cristianismo, más tarde, cuando estudió la historia verdadera y conoció mejor la realidad, hizo confesiones que los católicos no debemos olvidar. De los religiosos franceses dice las siguientes palabras aplicables a todos los religiosos del mundo católico:

Más de 150.000 (religiosos y religiosas en Francia) son bienhechores por institución y sirvientes voluntarios, consagrados por propia elección a faenas peligrosas y repugnantes o al menos ingratas... y eso gratuitamente o a precios ínfimos por la reducción al mínimum de las necesidades físicas... Evidentemente en estos hombres y en estas mujeres el equilibrio ordinario de los motivos de acción se ha trocado: en su balanza interior no prepondera el amór propio, sino el amor del prójimo... El secreto de esta vida es Jesucristo, conocido, amado y servido en la Eucaristía [5].

* * *

Y refiriéndose el mismo autor a la masa del pueblo cristiano hace estas certeras afirmaciones:

(Muchas veces en la historia) hemos visto al hombre hacerse pagano, como en el siglo I. Automáticamente se encontraba como en los tiempos de Augusto y Tiberio, es decir, voluptuoso y cruel, para abusar de sí mismo y de los demás. Entonces el egoísmo brutal y calculador dominaba, la crueldad y la sensualidad hacían alarde de su poder, la sociedad se convertía en una cueva de ladrones o en un lugar infame. Cuando uno ha contemplado de cerca este espectáculo, puede apreciar el aporte del cristianismo en las sociedades modernas: aporte de pudor, dulzura y humanidad; de honradez, justicia

---

[5] *Le régime moderne,* 1894, t. II, p. 112-114.

y buena fe. Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni siquiera el honor feudal, militar y caballeresco, ni código alguno basta para suplir al cristianismo en esta obra. Solo él puede contenernos en nuestra inclinación natural y contrarrestar ese deslizamiento insensible por el cual nuestra raza humana, incesantemente y con todo su peso origninal, tiende a descender hacia el fondo de la abyección [6].

* * *

Colateralmente a la Iglesia tenemos una contraprueba de estas verdades.

Si un católico siente pesada la ley moral, empieza a admitir dudas contra nuestros dogmas. Si un católico se descuida mucho en la instrucción y práctica de su religión, está muy bien preparado para el protestantismo. Si un pobre sacerdote siente hastío por el trabajo apostólico y empieza a tener por insoportable la castidad sacerdotal, pasa a cualquier secta protestante, donde sin instrucción nueva ni dificultad alguna encuentra las puertas abiertas y toma una mujer.

Y al contrario, si entre los protestantes hay almas muy sinceras que viven moralmente y estudian a fondo el cristianismo en su historia y en su doctrina, están encaminadas hacia el catolicismo. Qué catálogo tan largo y brillante podríamos presentar de esos espíritus distinguidos. Para no citar nombres algo anteriores, como Wiseman, Manning, Newman, citemos solo algunos convertidos de nuestros días como Vernon, Orchard, Camm, Chesterton, en Inglaterra, y en los países sajones del continente europeo, Verkade, Sorge, Undset, Peterson y Wendland, discípulo de Adolfo von Harnack y convertido al catolicismo precisamente por haber estudiado de cerca y escrito una tesis doctoral en la Universidad de Berlín sobre los institutos religio-

---

[6] *Obra citada,* II, p. 118.

sos católicos en Prusia: Wendland escribe en la autobiografía de su conversión:

Cuando pude ser testigo presencial de la realidad del espíritu religioso, cuyas olas alcanzan no solamente a los claustros de clausura papal, cerrados al mundo, sino también a los religiosos que viven fundidos en medio de la sociedad; cuando palpé la fuerza viva y real de ideas, para mí completamente abstractas... llegué a la persuasión de que «la Iglesia invisible», de que me hablaban los protestantes, era una frase vacía de sentido [7].

Entre todas las instituciones humanas, solo la Iglesia católica ha tenido siempre la peregrina idea de glorificar la santidad en todos los estados de la vida. La Iglesia con todas sus fuerzas impulsa las almas hacia la santidad; pero por lo mismo no se contenta con cualquier grado de perfección. Para conceder a las almas extraordinarias la gloria de la canonización tiene exigencias que los hombres llamaríamos inverosímiles. Y ante todo exige una alteza de virtudes *en grado heroico,* para usar de la expresión canónica. La prueba de esas virtudes heroicas incluyen procesos preparatorios muy delicados y exámenes rigurosísimos que a veces han durado siglos. Una vez bien probada la realidad de ese grado de virtud en un hombre de Dios, viene luégo otra exigencia más extraña: antes, como ahora en pleno siglo xx, la Iglesia exige la prueba científica de tres milagros antes de la beatificación y de otros tres antes de la canonización. De esos milagros y de su examen ante la ciencia hemos de hablar en el próximo capítulo. Por ahora fijémonos en esta nueva y original actitud de la Iglesia: sin una prueba científica de una intervención extraordinaria de Dios por medio del milagro, la Iglesia no canoniza, sobre todo en nuestros días, a ningún santo. Y sinembargo el número de santos canonizados en la Iglesia católica as-

---

[7] Véase la revista *Sic,* Caracas, junio 1942, p. 352.

ciende a muchos millares. Solo en el siglo xx las canonizaciones y beatificaciones de hombres virtuosos hasta el heroísmo pertenecientes a la Compañía de Jesús han sido 171. Solo el Papa Pío XI (1922-1939) elevó al honor de los altares a 530 pertenecientes a todas las clases sociales [8]. Y durante las angustiosas inquietudes de la guerra mundial, la Santa Sede adelanta numerosísimas causas de canonización: entre ellas las de 3 Papas, 4 cardenales, 44 obispos y muchos sacerdotes y religiosos. Casi la tercera parte pertenece a los Franciscanos cuyas causas actuales llegan al número de 151 [9].

En la teología católica una de las notas características para conocer la verdadera religión fundada por Cristo es la santidad. Se ve que la Iglesia la puede mostrar en sus hijos.

En cambio los protestantes en su teología no requieren esta nota en la verdadera religión. Esa es una confesión implícita de que no pueden mostrarla en sus sectas.

De ahí el argumento de filosofía popular que usaba ante sus feligreses el santo párroco de Ars: «Hijos míos, solo la Iglesia católica es santa. No veis cómo los protestantes toman nombres santos del calendario católico para imponerlos a sus hijos en el bautismo? ¡Ellos no tienen santos!...».

IV — Irradiación mundial de santidad

Es necesario darse cuenta de la vida interior de la Iglesia, para formarse concepto de esa milagrosa floración de santidad que ella produce inexhaustamente a través del tiempo y del espacio. Pero hay en la vida actual del mundo muchos hechos que nos ha-

8 Cfr. T. Zapelena, *De Ecclesia Christi*, Romæ, 1940, p. 395.

9 Noticias trasmitidas desde la Ciudad del Vaticano por la agencia informadora Havas Telemondial, el 25 de febrero, 1942.

blan del profundo influjo de la Iglesia en la humanidad. Eso sí es preciso saber leer entre líneas toda la realidad humana de nuestros días, porque por entre las líneas de la historia humana pasan los rayos luminosos de la santidad de la Iglesia.

La Iglesia, sociedad fundada por Dios para la salvación del mundo ejerce la verdadera religión, para glorificar a Dios y santificar al mundo: con este fin desarrolla a lo largo del año su ciclo litúrgico que es como la expresión visible de la vida sobrenatural del cristianismo. Pero el calendario del imperio romano que se impuso al mundo, ni en su forma primitiva, ni en la reforma de Julio César (año 47 a. de J.), correspondía con exactitud al movimiento anual de la tierra al rededor del sol. Después de correcciones seculares, la Iglesia católica introdujo la reforma científica del calendario llamada hoy la reforma gregoriana: así el culto glorificador de Dios y santificador de la humanidad se desenvuelve grandiosa y armónicamente en el ritmo con que nuestro planeta consuma su viaje solar bajo el firmamento. El Sumo Pontífice Gregorio XIII en 1582 propuso el nuevo calendario ante las naciones y el mundo civilizado aceptó desde hace siglos la organización cronológica de la Iglesia.

Por eso la era que se ha impuesto en el mundo es la era cristiana. Por eso en todo el mundo cada año empieza con la fiesta del Nombre del Fundador de la Iglesia. Por eso en todo el mundo se celebra en las mismas fechas la conmemoración de la muerte y resurrección de Jesús. Por eso para católicos y acatólicos el fin de cada año trae siempre las fiestas de Navidad, portadoras de los cantares en los templos, de las alegrías íntimas de los hogares, de las treguas aliviadoras de los campos de batalla... Por eso todo el mundo tiene un día de descanso, semanal, especialmente consagrado por la Iglesia al culto del Señor.

Por eso cada día del calendario se santifica con la memoria de los santos...

Es la santidad de la Iglesia que ha plasmado los moldes cronológicos de la humanidad y que aun en pequeños pormenores penetrantes se revela a la mirada observadora.

* * *

Pero, como en el tiempo, así también en el espacio ha dejado sus huellas celestes la santidad de la Iglesia en su paso milagroso por la tierra.

Todo templo, todo altar, toda obra de arte cristiano es un fulgor de santidad, y las obras de arte cristiano y los sagrarios y los templos existen por millones desde Alaska al Cabo de Buena Esperanza y desde Escandinavia al Estrecho de Magallanes.

Cada nombre de un santo impuesto a un niño es un eco de santidad católica en los labios humanos. A veces el nombre santo pasa a toda una familia y entonces un solo apellido es como una constelación de puntos luminosos, reflejos del cielo espiritual.

Cada punto geográfico señalado con un nombre santo es también el rayo de luz que en ciudades y desiertos, en montes y valles, en lagos, golfos, cabos, islas y mares ha dejado la santidad católica. El *Atlas geográfico* general de Stieler señala 3.300 puntos geográficos condecorados con un nombre santo. Pero es evidente que ese recuento queda muy corto ante la realidad, pues la *Enciclopedia Espasa* menciona solo para Francia 3.040 nombres geográficos de santos.

En Colombia esos memoriales de santidad ennoblecen nuestro territorio desde Santa Marta a Puerto Asís y desde Punta San Francisco Solano en el Chocó hasta el Beato Montfort (Mitú Montfort) sobre el Vaupés; desde el valle del San Juan pasando por el Nevado de Santa Isabel y la Mesa de

los Santos hasta los Llanos de San Martín, y desde Santa Fe de Bogotá hasta San Juan de los Pastos o Santa María del Darién o San Cristóbal del Táchira.

Y en el mundo entero, no solo en los grandes centros hay nombres de santidad católica desde San Francisco de California hasta Santiago de Chile o desde la república del Salvador hasta el principado de San Marino, sino que aún más al norte que las últimas regiones habitables de Alaska está la isla de San Lorenzo, y la isla de San Francisco aún más al sur que el Cabo de Hornos. Existe la islita de San Pedro aprisionada en el mar helado de Siberia cerca del polo norte, y la islita de San Pablo perdida en el Océano Indico hacia el polo sur...

Qué sugerencias para una inteligencia genial que no tuviera idea alguna de la Iglesia católica al ir descubriendo sus celestes huellas de santidad por el estudio de la sicología en la dulzura, en la pureza, en la lealtad y en el heroísmo de las almas; por el estudio de las instituciones culturales en la generosidad de las fundaciones, en el amor a la verdad y en la probidad mental; por el estudio de la sociología en la justicia, en la caridad, en el amor a los humildes, y hasta por el estudio de la geografía en millones de esos nombres gloriosos que decoran nuestra esfera terrestre con una luz más divina que la luz con que los astros ornamentan la esfera de los cielos.

La santidad católica se ha posado sobre nuestro mundo y ha eternizado en las almas y en las sociedades, en los mares y los continentes, una luz milagrosa que es la irradiación ultraterrena de la misma santidad de Dios. No en vano el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. La milagrosa Encarnación de la Santidad divina nos trajo a la tierra otro milagro: la santidad de la Iglesia católica.

CAPITULO X

EL MILAGRO DE HACER MILAGROS

En esta serie de capítulos sobre la Iglesia católica hemos ido mostrando el milagro patente en múltiples aspectos. Esos milagros son permanentes, aunque por su amplitud se escapan al alcance de nuestra vista, y por eso para muchos espíritus son desconocidos. En este capítulo quisiéramos llamar la atención hacia un aspecto nuevo: el hecho de que en la Iglesia católica existe hoy día una fuerza misteriosa que lleva a cabo obras superiores a todas las posibilidades de la naturaleza, es decir que en ella encontramos también *el milagro de hacer milagros.*

I — Los milagros y la Iglesia de Jesucristo

Ante todo recordemos brevemente algunas nociones y luégo hagamos notar las relaciones entre el milagro y la religión verdadera.

El *milagro* de que aquí tratamos y como ya antes lo hemos definido, es *un hecho visible,* que *sale del curso ordinario de los fenómenos naturales* y que *no puede explicarse por las solas fuerzas de la naturaleza.*

Ese hecho *visible* por consiguiente en cuanto a su realidad es verificable como cualquier fenómeno natural de los que estudian las ciencias experimentales (biología, anatomía, fisiología, etc.), y *precisamente por eso se puede saber científicamente* que tal fenómeno sale del curso ordinario de los fenómenos naturales y que no se puede explicar por las solas fuerzas de la naturaleza. De aquí ya se com-

prende que el concepto católico del milagro no solo no es contrario a las ciencias naturales, sino que las supone y se funda en ellas para su demostración.

Pero ese concepto católico del milagro causa vértigo o al menos miedo en ciertas mentalidades que quieren pasar por científicas. Para ellas las leyes naturales son de una invariabilidad tan absoluta, que ni Dios puede impedir que ellas obren sus efectos. Desde el punto de vista filosófico tal manera de pensar contiene un concepto erróneo de Dios y otro concepto erróneo de las mismas leyes naturales.

Porque, según la sana filosofía, Dios es un Ser trascendente, Creador y Gobernador del universo, y éste recibió del poder de Dios su ser, sus actividades y sus leyes. Dios gobierna la creación con una sabiduría infinita y eterna. El da su concurso a toda actividad creada para que llegue a sus efectos; pero puede también sabiamente, en un caso dado, impedir que una fuerza o conjunto de fuerzas produzcan su efecto natural o que un efecto supere a las fuerzas naturales. Para eso Dios no necesita cambiar la sabia disposición del mundo, ni corregir ni suprimir sus leyes: le basta una intervención especial, positiva o negativa, y entonces *visiblemente* aparecerá un efecto extraordinario, verificable y mensurable por los principios científicos con que se estudian los fenómenos visibles. Dios por su parte conoce eternamente las leyes generales y los casos excepcionales, porque ambas cosas entran por igual en las posibilidades de su poder y en los planes de su sabiduría.

Por estas mismas razones el pensar que ni Dios puede poner una excepción en el curso ordinario de los procesos naturales incluye un falso concepto de las mismas leyes de la naturaleza, e indica una concepción estrecha, anticientífica que por prejuicios se

adelanta a predefinir imposibilidades y a dar mayor alcance del que científicamente conocemos en esas leyes. La actitud verdaderamente científica es la observación sincera y fiel de la naturaleza y la aceptación de los hechos tales como surgen en la realidad o, como decía fuertemente el famoso fisiólogo Magendie († 1855): «Lo único científico es la sumisión de la inteligencia al hecho bruto».

* * *

La posibilidad de intervenir el Infinito en el mundo finito es una consecuencia de la naturaleza misma del Infinito y de lo finito. Y puede haber fines muy dignos de la infinita Sabiduría, para intervenir por modo extraordinario en el curso de los acontecimientos humanos. Porque en los planes del Infinito ese poder de intervención extraordinaria va íntimamente unida con la posibilidad de una comunicación personal entre Dios y los hombres. Si Dios quiere hacer a los hombres una revelación en lenguaje humano o directamente por sí o por un legado divino, tiene un medio precioso para dar a conocer a los hombres que aquella revelación es divina y por tanto verdadera, tiene un sello exclusivamente divino para sus comunicaciones: *el milagro.*

La fuerza apologética del milagro está en que siendo él una obra posible solo a Dios y siendo Dios la veracidad absoluta, una revelación sellada con el milagro tiene que ser portadora de la verdad. El milagro realizado para confirmar una afirmación de labios humanos es una aprobación de Dios a la afirmación del hombre, y Dios no puede aprobar el error. Si un hombre afirma que es un enviado de Dios y para probarlo resucita un muerto, el más rudimentario sentido común y la ciencia más exigente deben aceptar esa prueba como la aprobación de Dios al mensaje de su enviado.

Esta unión estrecha entre el milagro y la verdad es intuitiva para el sentido común. Por eso el milagro verdadero es el *criterio primario,* para distinguir la revelación verdadera de la falsa. Criterio primario, porque tiene una absoluta fuerza demostativa, aun para las inteligencias menos cultivadas, y porque esta fuerza demostrativa vale para todas las épocas y todas las circunstancias.

* * *

El milagro fue signo divino a que apeló Nuestro Señor Jesucristo para que los judíos aceptaran las verdades que El vino a revelarnos: *Si mihi non vultis credere, operibus credite.* Si no queréis dar crédito a mis palabras, creed a mis obras [1].

Pero además el milagro fue el signo que Jesús predijo habían de tener los que en El creyeran, es decir su Iglesia, como prueba de la verdad de su doctrina: *Los que creyeren en Mí harán milagros* [2]. *El que crea en Mí hará las obras maravillosas que Yo hago y aun otros mayores* [3].

Por eso en la Iglesia de Cristo los milagros han sido frecuentes. Nos cuentan los *Hechos de los Apóstoles* que *por manos de ellos se llevaban a cabo muchos milagros y prodigios entre el pueblo,* y que *la multitud de los que creían en el Señor Jesús iba creciendo día por día, de tal suerte que sacaban los enfermos a las calles y los ponían en lechos y camillas para que, al pasar Pedro, al menos su sombra los tocara y así quedaran libres de sus enfermedades* [4].

Y lo mismo ha sucedido en todos los tiempos. En los últimos siglos uno de los mayores taumaturgos ha sido San Francisco Javier. Su vida, escrita recientemente por J. Schurhammer s. J. con la escrupulosidad crítica de un historiador moderno, nos cuenta este hecho instructivo. «Cuando cien años

[1] Jo., X, 38.—[2] Mar., XVI, 17.—[3] Jo., XIV, 12.—[4] Act., V, 12-15.

después de la muerte del santo, llegaron los holandeses a la Pesquería y expulsando de allí a los sacerdotes católicos, enviaron a uno de sus pastores para atraer a los paravas a la doctrina de Calvino, el *rey* de los pescadores dio esta respuesta a aquel mensajero de la herejía:

Vos decís que vuestra religión es mejor que la que nos enseñó a nosotros nuestro gran Padre. Pues bien: haced más milagros que él; resucitad en seguida al menos una docena de muertos, ya que Javier resucitó aquí cinco o seis; curad a todos nuestros enfermos; haced que nuestros mares sean más abundantes en peces..., y entonces veremos cuál ha de ser la respuesta que os debemos dar... [5].

II — La Iglesia de Cristo hace milagros actualmente

Si Jesús profetizó que en su Iglesia existiría el don de milagros y la Iglesia de Jesús ha de existir hasta el fin del mundo, ya tenemos una señal para conocer en nuestros días la Iglesia de Jesús: es sin duda la que hace milagros.

¿Pero es cierto que en la Iglesia católica se dan los milagros en el sentido verdadero y riguroso de que hablábamos al principio?

Sí. Es tan cierto como que existe la Iglesia misma y que existen las ciencias humanas en el mundo.

Antes de demostrarlo, queremos hacer una salvedad.

Cuando decimos que en la Iglesia católica tiene lugar el milagro, y con relativa frecuencia, no queremos decir que todos los hechos más o menos singulares o maravillosos que corren en boca de los católicos, son milagros. Entre los hechos que los fieles tienen por favores extraordinarios y que atribuyen a la intercesión de un santo o a la virtud de

[5] Schurhammer S. J., *Vida de San Francisco Javier* (Trad. por F. Areitio S. J.). Buenos-Aires, Editorial Difusión, p. 316.

una práctica piadosa, habrá algunos o quizá muchos que se puedan explicar naturalmente o por disposición de la providencia ordinaria de Dios. Aquí no tratamos de esos hechos más o menos privados y más o menos explicables o discutibles. Tratamos de hechos muy notorios y cuyo examen científico destierra toda duda razonable.

Para mostrarlo en la Iglesia actual escogemos dos grupos de hechos milagrosos: los milagros exigidos por la Iglesia para la canonización de los santos, y los milagros de Lourdes.

III — Los milagros en la canonización de los santos

En la corte Pontificia la Sagrada Congregación de Ritos está encargada de atender a los procesos de la beatificación y canonización de los santos.

Esta Congregación está presidida por un Cardenal prefecto, a quien asisten el Cardenal secretario y un número competente de cardenales, consultores y oficiales. Tanto para la investigación de las virtudes como de los milagros se sirve de jueces especiales que se trasladan a los sitios en que tuvieron lugar los acontecimientos, para recibir las declaraciones de los testigos. Estas declaraciones se llevan a cabo bajo juramento y en un lugar sagrado para inspirar a los testigos más respeto por la verdad y más horror por el perjurio.

Por lo que se refiere a los milagros, que es lo que ahora especialmente nos interesa, la investigación jurídica y científica se desenvuelve con un rigor técnico que no pueden imaginar quienes no conocen en concreto el procedimiento de la Iglesia en estas materias.

La Iglesia, para conceder el honor de los altares a un siervo de Dios, después de la prueba exigentísima de las virtudes en grado heroico, requie-

re inexorablemente la prueba científica de tres milagros antes de la beatificación y de otros tres antes de la canonización. Para el examen técnico del hecho milagroso nombra sus teólogos y canonistas y también médicos y cirujanos en el número y competencia necesarios para apreciar todas las circunstancias del hecho y poner en absoluta claridad si se trata de un hecho explicable por solas fuerzas de la naturaleza, talvez latentes, o de un hecho que no admite posibilidad de explicación por fuerzas naturales.

Todo el empeño y entusiasmo de los postuladores de una causa se estrella contra la imperturbable lentitud e intransigencia de un tribunal que, si faltan las pruebas rigurosamente científicas, no tiene inconveniente en dejar detenida una causa por siglos y aun por siempre. Dada la complicada serie de actos jurídicos que el tribunal eclesiástico impone, las dificultades inacabables que amontona, el número y evidencia de pruebas que exige, se podría pensar que la Iglesia pasa los límites del rigor para entrar en el terreno de la exagerada desconfianza.

El Cardenal Cayetano, famoso teólogo del siglo XVI, fue ponente en la causa de canonización de San Estanislao, obispo y mártir, y ante las objeciones presentadas sin tregua por el tribunal a pruebas que a los interesados parecían evidentes, escribió al obispo de Cracovia: «Vuestro santo tiene que obrar todavía otro milagro, el más grande de todos: convencer a los que no se cansan de poner objeciones a sus milagros» [6].

El Cardenal Próspero Lambertini, más tarde Papa con el nombre de Benedicto XIV, fue por veinte años promotor de la fe en la Sagrada Congregación de Ritos. Conversando un día con un caballero

---

[6] V. *Acta Sanctorum* (Bolland.), mensis maii, II, 252 ss.

anglicano, le presentó una documentación sobre los milagros de un hombre de Dios, cuya causa de beatificación se trataba de introducir. El caballero leyó con gran atención las pruebas aducidas, y al devolver los documentos al Cardenal exclamó:

Si todos los milagros admitidos por la Iglesia romana estuvieran tan bien probados como estos, ni nosotros los protestantes tendríamos dificultad alguna en admitirlos. A lo cual respondió el Cardenal: —Pues habéis de saber que de estos milagros que os parecen tan bien probados, la Sagrada Congregación no ha admitido ni uno solo. Las pruebas no le parecen suficientes. El protestante estupefacto repuso: —Jamás pensé que la Iglesia fuera tan exigente en el examen de esta clase de milagros. Y añadió: Se necesitaría estar ciegamente prevenido, para no reconocer la extraordinaria sabiduría y prudencia de la Iglesia católica en la canonización de los santos [7].

Entre los numerosos servidores de Dios beatificados o canonizados por la Iglesia en los últimos 40 años pertenecen 171 solo a la Compañía de Jesús, que es solo una compañía del gran ejército católico. Esto significa en los últimos 40 años numerosos milagros solo en este sector. ¿Qué corresponderá al resto de la Iglesia?

En un espacio limitado nos es imposible extender más la exposición de este punto, y así pasamos al otro grupo de milagros, que vierte también su luz sobre el precedente.

IV — Los milagros de Lourdes

Hoy día todo el mundo ha oído algo sobre Lourdes y sus maravillas; pero talvez no estén de sobra unos pocos datos generales antes de hablar de los milagros mismos en particular.

Lourdes era en 1858 una aldehuela desconoci-

[7] Lud. Pastor, *Historia de los Papas*, (Trad. Almarcha, S. J.), t. XXXV, (1937), 28.

da, asentada en un repliegue de los Pirineos franceses, a la orilla del riachuelo llamado el Gave.

Bernardita Soubirous, niña de 14 años, con su hermana y otra amiga salió el 11 de febrero de aquel año a recoger ramas secas para hacer fuego en casa, pues su familia era muy pobre y el frío muy intenso. Mientras cerca de una gruta formada por las rocas Masabieille se quitaba los suecos y las medias para pasar un cauce de escaso caudal, sus compañeras se adelantaron a lo largo del río y ella oyó un gran ruido hacia la gruta, donde un rosal silvestre que cubría su borde inferior se sacudía como agitado por un fuerte viento.

En aquel instante salió de la gruta una claridad dorada y apareció una mujer de pie sobre el rosal.

> Era joven y bella —declaraba después Bernardita—, sobre todo bella como yo nunca había visto igual. Ella me miraba y sonreía y me hacía señal de acercarme sin miedo, y de veras que yo no sentía miedo, aunque me parece que no sabía dónde me encontraba.

La pobre niña, en los interrogatorios subsiguientes ante la autoridad local, describió varias veces a *la Dame*, como ella la llamaba:

> La Señora parece una joven de 16 a 17 años. Lleva una vestidura blanca, ceñida a la cintura con una cinta azul que cae a lo largo del vestido casi hasta los pies. En su cabeza un velo blanco no deja casi ver el cabello, cae hacia atrás, le cubre los hombros y desciende hasta más abajo del talle. Sus pies están desnudos, cubiertos casi del todo por los últimos pliegues del vestido, y cada uno lleva una rosa de color de oro. Ella lleva en el brazo derecho un rosario de granos blancos y su cadena de oro brilla como las rosas de los pies.

En la primera aparición la niña se puso a rezar el rosario y «la Señora» la acompañaba cuando decía: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo». Terminado el rosario, la Señora desapareció.

Desde el 11 de febrero hasta el 16 de julio de

1858 se repitieron 18 veces las apariciones. En la del 25 de marzo Bernardita se atrevió a preguntarle quién era. Al principio la visión sonrió sin responder. «A mi tercera pregunta, decía después Bernardita, «la Señora» juntó las manos las levantó a la altura del pecho... miró al cielo... y separando lentamente las manos e inclinándose hacia mí, me dijo: *Yo soy la Inmaculada Concepción.*

Con ocasión de hechos tan singulares, se hicieron procesos jurídicos y estudios sicológicos muy cuidadosos, para analizar las actitudes de la vidente durante las apariciones que a veces tenían lugar ante numerosos concurrentes —la aparición del 4 de marzo tuvo lugar delante de más de 15.000 personas—. De esos estudios se deduce evidentemente que Bernardita Soubirous fue sincera en sus relatos y que no fue una alucinada: los caracteres de su temperamento, conducta y actitudes son esencialmente contrapuestos a los de las histéricas.

La autoridad eclesiástica de la diócesis por su parte procedió tan lenta y prudentemente que, a pesar de la desbordante emoción popular, solo después de un examen de cuatro años formuló un juicio afirmativo de que «la aparición contiene todos los caracteres de la verdad y que los fieles pueden fundadamente tenerla por verdadera» [8].

De todas maneras nosotros por ahora no insistimos en esto, pues nos queremos fijar sobre todo en los hechos extraordinarios que siguieron a las apariciones.

Ni queremos contar tampoco entre los milagros la insólita concurrencia que fue formando las célebres peregrinaciones de Lourdes. Bernardita había dicho al párroco de Lourdes, señor Peyramale: «Señor Cura, la Señora me ha dicho: 'Yo quiero que las

[8] Disposición del 18 de enero de 1862.

gentes vengan aquí en procesión'». Pues bien: desde el año 1867, en que se empezó a tomar nota de las peregrinaciones hasta 1914, el número de peregrinos de Lourdes pasaba de 6'000.000 [9]. Esto es algo; pero no insistimos en que sea milagroso.

Lo verdaderamente extraordinario es el conjunto de las curaciones alcanzadas en Lourdes.

Las curaciones extraordinarias empezaron a tener lugar después de las apariciones.

Como para ciertos sectores del mundo científico de entonces —¡y también de hoy!— Dios no existe, y si existe no tiene posibilidad ni derecho de penetrar en forma extraordinaria en nuestro mundo, al principio los relatos de curaciones extraordinarias suscitaron sonrisas y desprecio. Cuando los hechos se fueron multiplicando y conociendo más, las sonrisas despectivas se convirtieron en indignación, que a su vez produjo vivas polémicas. «En 1873, dice el doctor Marchand [10], Littré comparaba los milagros a los resultados de las experiencias de magnetismo, de espiritismo, mesas danzantes, etc.».

Pero los hechos mismos y las acaloradas discusiones sobre ellos imponían un examen científico.

En 1885 un sabio francés, el doctor de Saint-Maclou, fundó cerca de la gruta de Masabieille la *Clinique de Lourdes*, para el examen médico de los enfermos que llegaban y de los que obtenían la salud. La clínica ya en 1892, bajo la dirección del doctor Boissarie, vio inscribirse en su nómina 150 médicos, y con el nombre de *Bureau de Constatations Médicales* (Oficina de Verificaciones médicas), ha ido creciendo hasta nuestros días. En 1929 eran 920 los inscritos, y solo en el año 1936 se inscribieron 705 mé-

---

[9] G. Bertrin, *Histoire critique des événements de Lourdes* (Edit. 42, Paris), p. 438.
[10] *Les faits de Lourdes.* Paris, 1923, p. 13.

dicos de los cuales 11 son profesores de la Facultad de Medicina de Francia. Actualmente son más de 3.000. Así la Clínica de Lourdes está continuamente atendida por un copioso cuerpo médico de la mayor altura científica y constituído no solo por católicos, sino también por médicos de todas las religiones o de ninguna.

* * *

La investigación de un hecho que se presenta como milagroso incluye un largo y delicado estudio:

A la llegada de un enfermo a la Clínica de Lourdes, se estudia la enfermedad misma con sus caracteres y síntomas generales y particulares, a fin de definir con precisión el mal y su grado de desarrollo. Este trabajo, llevado a cabo por especialistas, se basa ya en el examen minucioso y técnico del doliente, ya en los testimonios de los médicos que han tratado a los enfermos en sus localidades.

Luego, inmediatamente después de la curación, nuevo examen riguroso, por numerosos médicos, del estado orgánico del favorecido y consignación técnica de las observaciones.

A este segundo examen, sigue la observación médica, fuera de Lourdes y por largo tiempo, de la realidad y solidez de la curación. La Oficina de Verificaciones prosigue esta investigación por medio de los médicos que forman la *Association Médical International de Notre-Dame de Lourdes,* fundada en 1925 y que actualmente tiene socios en numerosas diócesis católicas del mundo. Ella contaba en octubre de 1936, 2.450 médicos pertenecientes a 20 naciones [11].

* * *

[11] Cfr. Dr. A. Vallet, presidente del *Bureau des Constatations Médicales. Mes conferences sur les guérisons miraculenses de Lourdes.* París, 1937, p. 18.

Una organización científica tan maciza y una labor especializada tan escrupulosa se ha impuesto en los sectores del mundo científico que la han conocido.

En los *Annales de Sciences Psychologiques,* dirigidos por el doctor Ch. Richet, profesor de la Facultad de Medicina en París y conocido incrédulo, escribía su colaborador el doctor Marcel Magin: «Yo encuentro tan absurdo dudar de estos hechos (de Lourdes) como dudar de la existencia de Napoleón».

Después de presenciar la curación instantánea de una peritonitis tuberculosa en último grado (de Clare Paquignon), el médico de Niort que había ido con incredulidad a observar los sucesos de Lourdes, escribía en *La Revue de l'Ouest:* «El hecho está ahí en pie, brutal, inexplicable, pero real!» [12].

Y el doctor Fiessinger, profesor de la Universidad de París, racionalista sin fe, escribía en *Le Figaro,* el 8 de julio de 1931: «No neguemos los hechos de Lourdes: ellos existen ciertamente... Ante su evidencia... sería oportuno extender el campo de la observación médica».

En fin, el testimonio talvez más autorizado es el del doctor Alexis Carrel, uno de los fundadores y actual director del célebre Instituto Rockefeller de Nueva York, quien en su genial libro *The Man Unknown* [13] dice así:

A consecuencia del gran impulso de la ciencia en el siglo XIX, la creencia en el milagro desapareció completamente (entre los científicos). Se tuvo por indiscutible no solo que el milagro no existía, sino que no podía existir. Esta actitud es aún hoy la de la mayor parte de los fisiólogos y médicos. Sinembargo ya es insostenible ante las observaciones de que

[12] Citado por Marchand en *Les faits de Lourdes,* p. 158.

[13] Hay una traducción castellana con el título *La incógnita del hombre,* Edic. «Pax», Santiago de Chile.

disponemos hoy día. Los casos más importantes de curaciones milagrosas están registrados por el Bureau Médical de Lourdes [14].

En 1906 y 1907 el doctor E. Vincent, de Lyon, promovió entre sus colegas de ciencias médicas esta declaración firmada por 346 médicos, cuyos nombres y dirección tenemos a la vista:

> Los suscritos consideramos como un deber el reconocer que en Lourdes se producen en gran número curaciones inesperadas en virtud de una acción particular, cuyo secreto formulario es ignorado aún por la ciencia y que esa acción no se puede explicar racionalmente por las solas fuerzas de la naturaleza.

De esos 346 médicos 42 eran internos o antiguos internos, 14 jefes de clínica o laboratorio, 42 médicos y cirujanos de hospitales, 12 profesores de facultad, y 3 miembros de la Academia de Medicina de París [15].

* * *

Pues bien: por las manos de estos especialistas y de los otros que en número de 3.000 son los colaboradores de la Oficina de Verificaciones, han pasado millares de casos comprobados con absoluto rigor científico y que «la ciencia no puede explicar por las solas fuerzas de la naturaleza». Esos casos estrictamente documentados ascendían hasta 1914 al número pasmoso de 4.445. Para 1941 corresponde un número de más de 8.000 curaciones milagrosas.

Nos es imposible por falta de espacio presentar en este capítulo las estadísticas minuciosas (que también tenemos a la vista). Solo para ayudar a formarse algún concepto de realidad tan imponente damos algunas muestras de los capítulos generales de esas estadísticas.

---

[14] Chap., IV, § 8.
[15] Bertrin, *Obra citada*, pp. 237 y 501-511.

De enfermedades del aparato digestivo (como úlceras del estómago y del píloro, cáncer del estómago y del hígado, hernias, etc.): 680 curaciones;

De enfermedades del aparato respiratorio (como neumonía, laringitis, tisis, etc.): 182 curaciones;

De enfermedades del cerebro (como meningitis aguda, meningitis tuberculosa, hemorragia cerebral, etc.): 529 curaciones;

De enfermedades de la piel (como lepra, púrpura herpética, elefancíasis, etc.): 41 curaciones.

De enfermedades generales y diversas (como gangrena, cáncer, diabetis, llagas, etc.): 543 curaciones.

Y en esta proporción curaciones de toda clase de enfermedades en número de 4.445[16].

* * *

Como se ve ni los casos de examen han faltado, ni los rigurosos métodos científicos, ni la absoluta publicidad de los hechos presentados por manos de sabios al mundo sabio.

* * *

Sobre las risueñas colinas, que bordean el Gave desciende diariamente la divina luz y la divina bondad que nos iluminan un precioso argumento de apologética.

Esta amorosa y benéfica irrupción de lo sobrenatural en nuestra adolorida naturaleza, empezó cuatro años después de ser definido el dogma de la Inmaculada Concepción por Pío IX (1854). Las apariciones de la que dijo en una de ellas: *Yo soy la Inmaculada Concepción,* ya son una aprobación milagrosa de Dios a la definición del dogma católico. Y luego es una aprobación divina aún más porten-

16 Bertrin, *Obra citada,* pp. 442-452.

tosa para nosotros el enorme número de curaciones extraordinarias.

Ahora bien: tanto las apariciones celestes de la Virgen Inmaculada como los numerosísimos beneficios de sus manos maternales han tenido lugar en la Iglesia católica. Lourdes es de nuestra santa Iglesia. Si la Iglesia católica es incomparable en tantos aspectos de su unidad y vitalidad, ¿hay fuera de la Iglesia, algo comparable con el Lourdes católico?

Lourdes es un camino recto y corto hacia la verdad. Ante su portentoso cúmulo de milagros, se impone una consecuencia inmediata: ¡Aquí está Dios! Dios por el milagro da su aprobación a la Iglesia católica: luego la Iglesia posee a Dios y la verdad de Dios.

A la santa Iglesia católica podemos decir lo que en una noche inspiradora dijo Nicodemus a Nuestro Salvador: «Jamás harías las maravillas que haces, si contigo no estuviera Dios!...».

CAPITULO XI

LA VITALIDAD DE LA IGLESIA EN SU FUERZA EXPANSIVA

Quien se acerca a la Iglesia con una mirada un poco observadora y analítica descubre también con una gran claridad el milagro de la propagación universal. Aquí, lo mismo que siempre, un hecho único requiere para su explicación una causa única: tal es el hecho de la expansión actual del catolicismo.

La expansión de la Iglesia es una acción compleja que se lleva a cabo a cada momento en el mundo de las almas. En toda alma que se convierte a Dios, en toda institución cristiana que se funda, en todo templo católico que se construye, en toda difusión del bien y de la verdad hay expansión de la vida interior de la Iglesia. Por eso, también dentro de los países católicos y de una manera muy especial, hay una continua expansión de esa vida divina. Pero ahora vamos a considerar esa expansión principalmente en las misiones entre infieles, porque en ellas tiene lugar de una manera más absoluta y perceptible y en una como transición del no ser al ser.

I — Dificultades de la expansión católica

Ahora bien: esa propagación o expansión de la Iglesia en las misiones es un hecho único, ante todo por la dificultad de la empresa misma.

Toda empresa humana puede encontrar y de ordinario encuentra dificultades. Pero las empresas humanas tienen ventajas que no tiene la empresa sobrenatural de la expansión católica. Aquellas se mueven

en el mundo visible o en inmediato contacto con él y así las fuerzas positivas y las resistencias son más calculables.

Y sinembargo, aun en ese mundo visible, más sujeto al número, peso y medida, también resultan los cálculos fallidos: en toda guerra, en toda empresa industrial, en todo plan de realizaciones políticas o sociales existe para el fracaso un porcentaje mayor o menor de probabilidades, debido a los elementos antagónicos reales o que pueden llegar a serlo. Y eso aunque la acción se desenvuelva en un radio reducible a nuestro cálculo. De aquí se puede conjeturar qué certidumbre de fracaso tendrá, humanamente, una empresa que a la dificultad de su enorme amplitud añade el que cuenta solo o principalmente con medios invisibles, tales como buenas ideas, nobles sentimientos, bellas promesas, y tanto más, si a esas dificultades internas se suman las más fuertes repugnancias de las pasiones humanas, las más hábiles tácticas de oposición y a veces las más feroces persecuciones. Pues bien: esa certidumbre del fracaso amenaza, humanamente, a la obra expansiva de la Iglesia.

* * *

La propagación de la Iglesia es única por *su aspiración,* y ante todo, porque la amplitud de esa aspiración es una gigantesca dificultad.

La historia enseña que las conquistas de naciones extrañas son a la larga insostenibles, y, aunque a pesar de todo siempre habrá locas ambiciones políticas, la dura lección de la historia ha logrado al menos que nadie aspire a conquistar el mundo entero. Pero son pasmosos el ardor, la mesura y la inteligencia con que la Iglesia en sus Pontífices y sacerdotes aspira a la conquista del mundo entero. La Iglesia católica tiene y siente una responsabili-

dad mucho mayor que la que aterraba a San Pablo: *Græcis ac barbaris, sapientibus et ignorantibus debitor sum. Væ mihi si non evangelizavero*[1]. *Yo me debo a todos, griegos y no griegos. Y, ay de mí si no predico el Evangelio!*

¿Pero cómo lanzar y sostener en acción un ejército enorme para la conquista del mundo?

Para impulsar a sus legionarios a las conquistas imperiales, Roma les mostraba sus propias legiones en brillante marcha interminable bajo el sol o en la paz solemne de los campamentos vespertinos, les mostraba la organización de la vida cívica que envolvía al mundo conquistado en una red más compacta que la de las vías militares, y allá en el confín de sus campañas, les mostraba los desfiles triunfales a través de la urbe imperial hasta la altura olímpica del Capitolio. Napoleón, Bolívar electrizaban a sus soldados con el prestigio mágico de su presencia, con el brillo magnético de su mirada. Sin esos elementos externos, tan poderosos en su influjo sobre nuestra naturaleza, ni las legiones de Roma hubieran pasado de los Apeninos, ni los veteranos de Napoleón hubieran recorrido a Europa, ni nuestros patriotas hubieran seguido a Bolívar desde Caracas hasta Lima.

La conquista mundial de la Iglesia carece de esos estímulos. Su aspiración se puede formular en estas palabras: «Convertir al mundo a la práctica de la vida cristiana, para que las almas alcancen su salvación eterna». Palabras abstractas que parecen tener la frialdad de todas las abstracciones. Ciertamente, bajo la eficacia de ese blasón ni Aníbal hubiera pasado los Alpes, ni Alejandro, el macedón, hubiera perpetuado su nombre en la desembocadura del Nilo.

[1] Rom., I, 14; I Cor., IX, 16.

«¡Convertir al mundo para la santidad y la salvación!».

Tal aspiración, humanamente considerada, ¿no es una ingenuidad, una locura?... Y sinembargo, tales palabras que harían reír a los que entienden en achaques de conquistas terrenas, son en sustancia la única aspiración conquistadora de la Iglesia. Convengamos pues en que tal aspiración, que humanamente es loca de puro ingenua, es algo únicamente propio de la Iglesia. Por ahora solo eso es lo que queríamos dar a entender.

* * *

Y los *motivos* que mueven a llevar a cabo esa aspiración son tan suprasensibles como la aspiración misma.

El motivo de suyo es esencialmente uno, pero tiene dos facetas: el amor de Dios y el amor de las almas por amor de Dios.

Motivo también únicamente propio de la Iglesia. La historia no presenta otro ejemplo. Es verdad que ese motivo tiene una elevación que solo alumbra las cumbres del espíritu y una delicadeza que solo toca las más íntimas fibras de las almas. El mismo Nietzche, tan anticristiano, comprendió esa grandeza, cuando aludiendo a nuestro Cristo y a nuestro cristianismo, escribió en su estilo tan dislocado:

Amar al hombre por amor de Dios ha sido hasta hoy el más noble y el más alto sentimiento que haya alcanzado la humanidad. Que el amor hacia el hombre, sin una segunda intención santificadora, es sólo una estupidez y una animalidad más; que la inclinación del amor humano ha de recibir de otra inclinación más alta su medida, su belleza, su granito de sal y su polvillo de ámbar... quien primero sintió y vivió tal pensamiento, aunque su lengua haya tropezado al querer expresar tal delicadeza, ese debe ser tenido por santo y digno de gloria hasta el fin de los siglos! [2].

[2] *Jenseits von Güte und Böse.*

Verdad es esto. ¿Pero en qué empresa humana ese amor puro de Dios y del hombre por Dios es el único motivo de acción?... Solo en la conquista del mundo por la Iglesia.

Tal motivo también hará sonreír a los hombres prácticos, a los realistas que se mueven por muy diversos móviles. Pero el amor de Dios y de las almas es de hecho el único motivo que empuja a los misioneros católicos. Y esto es lo segundo que queríamos indicar.

Pero alguien podría objetar: «También los misioneros protestantes se mueven por amor de Dios».

Sobre los misioneros protestantes hemos de hacer en más de una ocasión algunas observaciones. Por lo que hace a su puro amor de Dios, si se trata en general de todos ellos, abrigamos algunas dudas muy inquietantes. Porque es el caso que el misionero protestante tiene en su vida caracteres que lo identifican más o menos con cualquier empleado, cuya remuneración es la explicación de su empleo.

Los mismos protestantes suelen jactarse mucho de que sus adeptos son más generosos que los católicos, pues las sectas protestantes recogen enormes cantidades de dinero en los Estados Unidos e Inglaterra, para las misiones extranjeras, mientras que los misioneros católicos viven en la miseria. Sin querer analizar ahora estos hechos, respondemos por de pronto que si ellos prueban algo, es que los misioneros protestantes están muy bien pagados y los misioneros católicos muy mal: por tanto los misioneros católicos no tienen ningún atractivo natural en su dura labor, que solo sostienen valientemente por amor a Jesucristo y a las almas redimidas con su sangre.

Pero se insistirá: «¿Y por qué los misioneros protestantes, aunque estén bien pagados, no pueden

tener por motivo principal de su trabajo el amor de Dios y de las almas?».

Los hechos históricos son la manifestación visible de la vida interior, invisible, de los hombres. Y muchas veces ha sucedido desde hace un siglo —porque, dicho sea de paso, los protestantes apenas hace un siglo que cultivan las misiones extranjeras— muchas veces ha sucedido, y actualmente está sucediendo en China, que en los días de sufrimiento y persecución para las nuevas cristiandades, los misioneros protestantes huyen y los misioneros católicos se quedan entre sus cristianos, para consolarlos, sostenerlos y si hace falta, morir con ellos. Es exactamente la diferencia que Jesús señalaba entre el buen pastor y el malo en la parábola profética que se va cumpliendo siglo tras siglo:

> El buen pastor da la vida por sus ovejas. Pero el asalariado, el que no es verdadero pastor, porque no son suyas las ovejas, al ver venir al lobo abandona las ovejas y huye y el lobo arrebata y dispersa el rebaño. El asalariado huye, porque es asalariado y no tiene amor a las ovejas [3].

Pero si no los protestantes, al menos los cismáticos orientales llamados «ortodoxos», que conservan bastante bien los dogmas cristianos, aunque no se sujetan al Sumo Pontífice, ¿ellos sí tendrán un verdadero celo de la gloria de Dios y bien de las almas?

Si lo tienen, lo disimulan mucho... Nunca han dado muestras de querer reducir todo el mundo a su cristianismo. Los bolcheviques los han dejado muy atrás en su celo proselitista. Los cismáticos orientales no solo no quieren extender a todo el mundo la gran unidad cristiana, sino que en Oriente la reducen a partes mínimas por la división interna. De ahí las iglesias autocéfalas o independientes, de las que hay más de treinta en Rusia y en los Bal-

[3] Jo., x, 12, 13.

kanes. Realmente en punto a aspiraciones mundiales y celo religioso, los cismáticos son gentes de muy fácil contentar!...

Hay otro aspecto único que muestra el milagro de la expansión católica: *la vida a que la Iglesia sujeta a sus soldados de primera línea.*

La vida de los misioneros católicos es una cosa extraordinaria, inexplicable por causas puramente humanas. Por eso tal vida no se da sino en la verdadera religión, donde Dios está presente por su acción sobrenatural.

¿Ha meditado el lector que sólo la Iglesia católica posee un conjunto incomparable de institutos religiosos?...

Actualmente la misión católica está encomendada por la Jerarquía a los institutos religiosos, es decir, a «las sociedades aprobadas por la autoridad eclesiástica, en las cuales los individuos tienden a la perfección evangélica por la profesión de los votos públicos —perpetuos o temporales—, según las leyes de cada instituto» [4].

Cuando una misión llega a adquirir en sí misma los elementos de su propia vida, principalmente por el suficiente número de sacerdotes indígenas, el instituto religioso que la inició deja al clero secular aquel campo y pasa a otro frente propiamente misional.

Como se ve, los institutos religiosos son el instrumento más apto y vigoroso, son como las fuerzas de choque de que dispone la Iglesia, para realizar sobre el campo misional su expansión católica.

Todo misionero católico que trabaja actualmente en su campo, tiene una historia ya bastante larga en el fuerte ejercicio de la virtud. Un austero noviciado de dos años, una etapa de estudios, no menos

---

[4] *Codex Juris Canonici,* can. 488, 1º

austera, por lo menos de ocho años en la práctica estricta de la pobreza, la castidad y la obediencia, de la oración y del trabajo: diez años de tal preparación o, como la tienen algunos institutos, doce y aun quince años, es una buena preparación que no se tiene en la universidad más exigente para una carrera científica.

Después de esa preparación viene el ejercicio del apostolado. Lejos de la patria y de la familia, siempre en la práctica de las virtudes religiosas, a veces en una pobreza extrema, en soledad al menos sicológica, en duros trabajos de organización, predicación continua y administración de sacramentos y en viajes difíciles, pasa sus días el misionero. En China donde las misiones católicas están bien organizadas, en el Vicariato del Pengpú, cada misionero debe atender a 2.300 cristianos y al mismo tiempo tiene en frente 430.000 paganos por convertir. Se comprende que en las misiones católicas no hay lugar a la inacción.

De todos los misioneros católicos se puede escribir lo que escribía un visitador de una de las misiones jesuíticas de la India.

> Santos misioneros del Marava! No sé si su lengua tamul es literaria, pero sus cristianos deben de entenderlos muy bien cuando les hablan de la cruz, porque la llevan en sí mismos. De día van errantes en busca de las almas; de noche tienden su estera bajo el cobertizo de una pobre casa o en la choza que les sirve de capilla o sobre su carreta en el campo raso. Son hombres de Dios: ningún consuelo humano reparte o distrae su corazón. Son soldados y artistas: soldados que no desesperan de su causa; artistas que creen en su ideal... [5].

Así la vida real del misionero católico, desde el momento en que se resuelve a serlo muchos años antes de llegar a su misión, se puede sintetizar en estos hechos: Dejar su familia y todo lo que posee,

---

[5] P. P. Suau S. J., *L'Inde Tamoule*, chap. XII.

abnegarse diariamente a sí mismo, hacerse todo a todos, vivir en un trabajo duro y desconocido... y morir olvidado.

¿Qué empresa humana podría exigir tanto a sus oficiales, o qué empresa humana tendría oficiales, si se lo exigiera?... Sólo la Iglesia, como el Salvador, puede decir al que quiere ser su soldado en la línea de fuego: «¡Si quieres venir en pos de Mí, anda, vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres, y entonces ven y sígueme para vivir y morir en cruz!».

¿Habrá quien escuche tal voz?...

En las misiones católicas dispersas por todos los países infieles hay actualmente 32.000 misioneros y 56.000 misioneras, y una juventud de ambos sexos, en número mayor aún, se prepara para trabajar un día en las misiones [6]. Esto es admirable y único en la sociedad humana. Para un verdadero historiador-filósofo, para un sociólogo o un sicólogo profundo la historia y la vida de los institutos religiosos católicos, aun desde el punto de vista puramente humano, sicológico y social, es un tema apasionante, como lo ha sido la Orden de los Jesuítas para los historiadores racionalistas Paulsen, Böhmer y Füllop-Miller.

II — El triunfo de la expansión católica

Hemos indicado las circunstancias paradógicas con que la Iglesia se propone la conquista del mundo: naturaleza de ese inaudito propósito de conquista mundial, motivos suprasensibles que presenta, procedimientos que impone, costosos en general para la naturaleza humana y especialmente duros para sus más fieles soldados.

---

[6] Cfr. *El Siglo de las Misiones*, Bilbao (España), octubre, 1939, pág. 242 y marzo, 1940, pág. 70.

¿Qué consigue la Iglesia con medios tan extraños?

Un efecto igualmente extraño: un triunfo milagroso.

Si recorremos el mundo encontraremos a los heroes de las conquistas católicas en todas las regiones del globo: los encontramos vestidos de esquimales en Alaska, disfrazados de labradores en Ucrania y de aserradores en Siberia; cubiertos con el casco colonial y las blancas sotanas en los cantones campesinos de China, en los bosques ecuatoriales del Africa y en las playas tórridas de nuestro Magdalena; los vemos cubiertos con la ruana indígena y los finos jipijapas en las vertientes del Manaví, y en las llanuras argentinas con las gorras aliabiertas de los gauchos pamperos.

Los encontramos valientemente adaptados a todas las formas de la vida humana. En los países isleños como Islandia, Hawai, las Carolinas y Marschall, Socotora o Fernando Po, hacen la vida sencilla de los pescadores. A veces viven bajo chozas pajizas como los hotentotes, los javaneses, los tunebos o los araucanos; a veces bajo toldas ondulantes como los pieles-rojas o los marroquíes.

Viajan en trineo en las regiones polares, en carros de yunta por los caminos planos de la India, en bicicleta por las carreteras de China, Ceilán y Nueva-Zelanda, y a caballo —el caballo fue siempre el fiel compañero del soldado— en todas partes: lo mismo en la Manchuria que en Filipinas, en Persia que en el Sahara, en las Montañas roqueñas, en los Llanos de Casanare y San Martín, en los bosques del Vaupés y del Amazonas, en el Matto-grosso y en la Tierra del Fuego.

Después de seguir largos estudios universitarios en Roma, Londres, París, Wáshington, los vemos ir a ocupar las cátedras de las universidades misionales

en Beyruth, Calcuta, Zi-ka-wei y Tokio, o dirigir observatorios de fama mundial, como el de Ksara en Siria o el de Tananarivo en Madagascar. Después de seguir estudios médicos en las facultades europeas y americanas, los vemos curando a los pobrecitos del Zambeza, del Gnan-Hoei o del Putumayo o a los leprosos de Mangalore o Calamián. Después de abandonar la propia familia, talvez noble o millonaria, los vemos consagrarse en la India a evangelizar las castas deprimidas, tocar con manos inefablemente cariñosas la frente sombría de los llamados «intocables» y entre una raza abominada por las otras razas indúes, vivir voluntariamente como abominados «intocables».

* * *

La gran realidad de las misiones católicas como tantos otros aspectos de la Iglesia no es bien conocida para muchos católicos y es insospechada para quien sea ajeno al catolicismo. Son pocos los católicos que saben aun los siguientes datos generales sobre las misiones.

Los países en que existen misiones católicas son 130. Fuera de esos, solo 10 países están oficialmente cerrados a los misioneros, entre ellos Rusia. Pero los soldados de Cristo se infiltran en los territorios enemigos y en plena Rusia bolchevique hay más de 500 sacerdotes y más de 1'500.000 católicos.

Las misiones católicas en los diversos países son 682 [7].

De los 410'000.000 de católicos actuales en todo el mundo, 30'000.000 son católicos nuevos, habitantes de los países de misiones. Actualmente se convierten cada año al catolicismo en los países misionales por término medio 1'130.000 almas.

---

[7] *Guida delle Missioni catholiche* (Roma, 1935), Sezione II, Pate A. B.

De las 1.223 sedes episcopales católicas existentes en todo el mundo 95 son misionales. Pero además existen en las misiones los superiores jerárquicos característicos de ellas, a saber los Vicarios Apostólicos, en número de 296, los Prefectos Apostólicos en número de 123, y buen número de Superiores Apostólicos de las llamadas *Missiones sui juris,* o sea, misiones de derecho propio. Durante el pontificado de Pío XII de 1938 a 1941 se han creado 70 nuevas jurisdicciones eclesiásticas: 28 sedes residenciales y 42 vicariatos, prefecturas y misiones [8].

Solo en China —país de 400'000.000 de habitantes, población 40 veces mayor que la de Colombia— en China hay más de 125 misiones organizadas. Y para formarnos idea de su conjunto podemos fijarnos en lo que es una de ellas. El Vicariato Apostólico de Shanghay, desprendido del de Nan-King en en 1933, en un país de 18'000.000 de habitantes, tiene ya 132.400 católicos. En esa misión trabajan 244 Jesuítas, con quienes colaboran 140 sacerdotes y religiosos de otras Congregaciones y 713 religiosas. El Vicariato de Shanghay tiene además una universidad, 15 colegios, 563 escuelas, todo con un total de 140.000 alumnos. Tiene además 20 asilos con 7.000 niños, 54 dispensarios con cerca de 1'000.000 de curaciones gratuitas anuales; 11 hospitales con unos 50.000 enfermos al año; atiende con obras de beneficencia a más de 800 familias rusas refugiadas, y socorre a más de 300.000 indigentes damnificados por la guerra chino-japonesa. Este total de obras constituyen la misión de Shanghay, una de las 125 que existen en China [9].

Si miramos pues al conjunto de la obra misio-

---

8 *Anuario Pontificio,* 1941.

9 *Annuaire des Missions catholiques en Chine,* Shanghay (China), 1941.

nal de la Iglesia —y no olvidemos que estas estadísticas se refieren solo a las regiones misionales, no a las regiones predominantemente católicas— no nos extrañaremos de que ella sostenga actualmente solo en esos países misionales, 59.000 maestros y catequistas, más de 48.000 establecimientos de educación con 3'000.000 de alumnos; 840 hospitales por los que pasa anualmente 1'000.000 de enfermos; 2.000 orfelinatos con 160.000 niños; 430 asilos con 20.000 ancianos, y más de 3.000 dispensarios en que se practican al año más de 30'000.000 de curaciones gratuitas. Entre estas obras de beneficencia hay una que la Iglesia custodia con especial cariño, como un tesoro: las leproserías. En todo el mundo son muy numerosas; solo en las misiones son 120 con 15.000 enfermos.

La Iglesia se expande. Solo en las misiones de Africa los católicos en 1925, eran 2'666.212, y en 1940, eran ya 10'160.044: en solo quince años aumentó el número de cristianos en más de 6 millones y medio [10].

Toda esta inmensa actividad iluminadora y benéfica va encaminada por la Iglesia a otra iluminación y a otra bondad mayor: a la iluminación de la verdad cristiana y a la comunicación de las almas con Dios, su Salvador. Para la enseñanza de la verdad cristiana hay en las misiones más de 50.000 centros catequísticos, por los que pasan anualmente unos 3'500.000 catecúmenos y para llevar las almas hasta la comunicación eucarística poseen las misiones 56.300 iglesias y capillas. El capitán no abandona a sus fieles soldados, y cada sagrario levantado por un misionero va realizando día por día, en una forma tangible, las misteriosas palabras de

---

[10] Cfr. para estos y los anteriores datos nuestro libro *Manual de misiología católica*, págs. 202-205.

San Juan, cuya traducción literal dice así: *El Verbo se hizo carne y desplegó su tolda de campaña entre nosotros* [11].

* * *

Pero al hablar en Colombia de las misiones católicas, ¿cómo no decir una palabra de *las misiones católicas en Colombia?*

En más de una ocasión hemos consagrado páginas cordiales a la obra de nuestros misioneros [12]: hoy tenemos que condensar mucho los datos sobre esa gigante labor.

Hace cincuenta años todos los territorios actuales de misiones —las cuatro quintas partes del suelo colombiano— estaban abandonados a la barbarie. Los gobiernos de Colombia no disponían de medios para acabar con un mal tan extendido y vencer la dificultad que supone el trasformar en ciudadanos honrados y últiles a la patria a millares de indios aborígenes, inveterados en las prácticas del salvajismo. Pero en la Iglesia católica existen milagrosas fuerzas civilizadoras, y nuestros gobiernos las pidieron a la Iglesia. Como las compañías de un gran ejército, fueron avanzando desplegados en pacífica conquista, los Capuchinos hasta la Goagira y Sierra Nevada, hasta el Caquetá y Putumayo y hasta las islas de San Andrés y Providencia, los Agustinos recoletos hasta los Llanos de Casanare y hasta el litoral de Tumaco, los Montfortianos hasta los Llanos de San Martín, los Lazaristas hasta Tierradentro y Arauca, los Claretianos hasta el Chocó, los Carmelitas hasta Urabá, los Jesuítas hasta las riveras del Magdalena, los Misioneros de Burgos hasta el valle del San Jorge y los Eudistas hasta el Carare.

---

11 Jo., I, 14.

12 Véase, por ejemplo *Revista Javeriana*, junio de 1935, p. 436.

En 50 años de trabajo incansable han llevado a cabo una obra árdua y grandiosa. En los llanos sin límite, en los bosques seculares, en las playas de los grandes ríos, por donde antes solo transitaban las fieras y los hombres-fieras, nuestros misioneros han establecido la vida de una república civilizada. Han detenido en sus marchas erráticas a los llamados «indios bravos»; han instruído en las verdades cristianas, han bautizado y han educado en las artes y costumbres de la vida culta y provechosa a cerca de 1'000.000 de indígenas.

Han instalado más de 450 escuelas y 21 colegios con un total de más de 500 maestros y 20.000 alumnos.

Han fundado 22 orfanotrofios y 40 dispensarios y farmacias gratuitas.

Han instalado 4 molinos, 10 imprentas, 20 plantas eléctricas; han construído más de 400 kilómetros de caminos de herradura y más de 400 kilómetros de carreteras [13].

¡Qué colosos estos del trabajo humano, de la cultura religiosa, y del progreso integral! ¡Y qué deuda tenemos los colombianos con los misioneros católicos!

En Yamaguchi, una de las principales ciudades del Japón, se ha levantado un monumento público a San Francisco Javier, como al primer europeo que dio a conocer allí la cultura occidental. En Buenos Aires el gobierno argentino por ley especial erigió un monumento a San Juan Bosco en reconocimiento a la obra patriótica y cultural realizada por la Congregación Salesiana en la evangelización de la Patagonia. En el capitolio de Washington, en medio de las estatuas conmemorativas de los grandes hom-

---

[13] Cfr. *Anuario de la Iglesia católica en Colombia,* Bogotá, 1938, pág. 167.

bres mundiales desde Moisés al Libertador de los Estados Unidos, los visitantes encuentran la estatua de Santiago Marquette, Jesuíta misionero, descubridor y explorador del Misisipí. Pero —¡ciudadanos y gobiernos de Colombia!— ¿dónde está en nuestra capital o siquiera en una de las alejadas aldeas de nuestras misiones el monumento *oficial* levantado por Colombia al *misionero católico*, que con sacrificio de todos sus bienes, aun de la vida, ha puesto en hecho de verdad en manos de Colombia las cuatro quintas partes de su territorio, le ha dado cerca de un millón de ciudadanos útiles, y ha fundado para el futuro en ese inmenso territorio las posibilidades colombianas de un gran progreso indefinido?...

Se ve claro que la incomparable obra misional de la Iglesia en Colombia no es suficientemente conocida entre nosotros... Pero también se ve claro que los misioneros en su obra silenciosa y heróica no trabajan por galardones humanos.

De todas maneras los misioneros colombianos, como todos los misioneros católicos del mundo realizan el hecho misterioso que analizamos en este capítulo.

* * *

Hecho extraño, único en la historia.

Toda empresa humana tiene aspiraciones y propósitos concretos, limitados, perceptibles a los sentidos. Solo la Iglesia católica tiene una aspiración tan extensa, tan general y tan suprasensible, que sobrepasa a toda pretensión humana y toda percepción sensorial.

Ninguna empresa humana tiene una aspiración tan absorbente que quiera atraer a sí a todos los habitantes de la tierra; y ninguna empresa pretende tal cosa, porque ninguna empresa busca su fra-

caso. — Sólo la Iglesia católica tiene la aspiración inaudita de hacer católicos a todos los hombres de todas las razas y de todas las zonas terrestres.

Ninguna sociedad humana quiere conquistar para sí a todas las clases sociales, especialmente a los inválidos y a los miserables. Solo la Iglesia aspira a hacer suyos a todos los individuos de todas las clases, pero especialmente a los pobres, a los desheredados, a los enfermos y —¡oh aspiración extraña!— ¡especialísimamente a los moribundos!...

Todas las empresas humanas, incluso las misiones protestantes, aplican medios palpables, motivos contantes y sonantes para hacer adeptos. Sólo la Iglesia no paga a nadie porque se haga católico, solo la Iglesia tiene la dura exigencia de que se abandone el pecado y se combatan las propias pasiones.

A sus mejores colaboradores y propagandistas las empresas humanas pagan con sus mejores premios y pensiones: las ventajas económicas de ellos están en razón directa de su actividad en favor de la empresa. Sólo la Iglesia premia a sus mejores apóstoles, a sus heroicas tropas de choque, exigiéndoles el sacrificio de todos sus bienes, el sacrificio de sí mismos y, si es preciso, el sacrificio de su propia vida: la pobreza y la austeridad están en razón directa del mérito apostólico.

En estas condiciones cualquier empresa humana avanzaría velozmente al más estrellante fracaso. Y sinembargo, precisamente en esas condiciones inverosímiles, extrañas a todas las leyes sicológicas y sociales de la humanidad, la Iglesia católica, cada día más joven y floreciente, después de veinte siglos, avanza en su conquista sobre la superficie del planeta, grandiosa, inconteniblemente...

Esto es lo que llamamos un milagro evidente de fuerza expansiva en la vitalidad de la Iglesia católica.

CAPITULO XII

EL MILAGRO DE AMOR VIVO EN LA IGLESIA CATOLICA

En los capítulos anteriores hemos enumerado y expuesto varias series de milagros que son como radiaciones de un foco interior, invisible en sí, pero visible en sus efectos. Ese foco interior es la presencia de Dios en su Iglesia.

Los protestantes —dice Sertillanges en un bello libro— los protestantes adoran el Evangelio y rechazan la autoridad viviente de la Iglesia, no comprendiendo que el Evangelio es solo un girón de la imagen de Jesucristo, y que Jesucristo vive todo entero en la Iglesia [1].

El que en un momento solemne de la historia dijo: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* [2] ha cumplido su palabra de Rey, regiamente. Su presencia, visible en la vida de la Iglesia la vivifica milagrosamente y prueba la verdad de la Iglesia con la fulguración milagrosa de la presencia divina.

Pero esa presencia divina invisible y su irradiación visible y milagrosa no brillan en un ser inconciente como el fanal que encierra un foco luminoso: la Iglesia, fanal vivo del poder de Dios, conoce muy bien al Dios que lleva en su pecho y así como el inmenso milagro que es la Iglesia es una prueba del amor de Jesucristo hacia ella, así ella actúa su amor inmortal hacia el Redentor con una intensidad y una expansión irresistible. Este amor incomparable es un nuevo milagro de Jesús, cuyo término es El mismo: El reina en su Iglesia por el amor. El amor vivo de la Iglesia hacia Jesús, prueba la existencia de Jesús vivo en la Iglesia y este amor es la

---

[1] *Jesús* por A. D. Sertillages (París, 1932), p. 102.
[2] *Evang. según San Mateo*, XXIII, 20.

causa de todos los otros milagros expuestos en los capítulos precedentes. Ellos tenían que culminar en este capítulo: *El milagro de amor vivo en la Iglesia católica.*

Digamos pues, a modo de sugerencias rápidas, el amor de la Iglesia como tal, el amor oficial de las naciones católicas, el amor de los hijos de la Iglesia, especialmente de sus hijos escogidos.

I — El milagro de amor vivo en la Iglesia como sociedad religiosa

Esta vida del afecto, vida milagrosa en la Iglesia, consiste en que la Iglesia del siglo xx tiene una fe tan viva en Jesucristo vivo, que le ama con ardor, confía en El como en la bondad omnipotente, habla con El como se habla con los seres vivientes y amados, trabaja y se sacrifica por El, para llevar a cabo, con su gracia y por su amor, la obra de la salvación del mundo.

Hecho original y extraño que ofrece rico y profundo tema de meditación a los pensadores, ya sean sicólogos sociales o filósofos de la historia.

Porque es cierto que en la humanidad existe la memoria de los grandes hombres y que esa memoria puede ser más o menos afectuosa; pero no es menos cierto que esa memoria nunca llega a los caracteres del verdadero amor. En nuestras naciones bolivarianas existe, al menos en los espíritus cultivados y patrióticos, la admiración por Bolívar, y así en los Estados Unidos por Washington, en Francia por Napoleón, en Inglaterra por Wellington, en Alemania por Bismark. Para esos personajes históricos hay una memoria más o menos afectuosa; pero ese afecto es cosa muy distinta del amor. El amor piensa mucho en el ser amado, el amor se consagra al ser amado y está dispuesto a sacrifi-

carse por él. ¿Y qué francés piensa en Napoleón con la invencible insistencia del amor? ¿Qué inglés o qué alemán hace el menor esfuerzo por complacer al vencedor de Waterloo o al «Canciller de hierro»? Es casi ridículo hacer tales preguntas. Para esos personajes históricos, recientes o antiquísimos, el lenguaje popular tiene una expresión de sencillez casi brutal: «¡Pasaron a la historia!» ¡Fueron! Y como no existen para esta vida, no existen para nuestro amor. Fueron, no son; y para lo que no es, no hay amor.

Pero en la Iglesia católica hay un amor misterioso y potente hacia Jesucristo. La Iglesia como tal es la Jerarquía eclesiástica, el gobierno jerárquico, la doctrina oficial de la Iglesia, el culto católico, las reuniones oficialmente católicas, el arte católico, y en todas estas manifestaciones de la vida católica el pensamiento y el amor de Cristo fulgura como la luz en las ricas facetas de un diamante.

La Jerarquía católica está presidida por el Sumo Pontífice, y el amor intenso, incondicional que los católicos profesamos a nuestro «Padre Santo», como cariñosamente lo llamamos, no es sino una participación de nuestro amor hacia Jesús, Fundador y cabeza viva de la Iglesia. Reléanse en el capítulo IV de este libro los escepcionales caracteres de la autoridad del Papa, autoridad mundial, penetrante hasta el fondo de millones de almas, autoridad a la que no pueden compararse las más fuertes autoridades del mundo: si buscamos su causa sicológica e histórica, no encontraremos otra que la fe viva y cordialmente amorosa que los católicos profesamos a nuestro Salvador Jesucristo. Ninguna otra causa podría producir ni explicar la cariñosa reverencia con que empezamos a mirar desde el día de la elección pontificia, a un hombre hasta entonces talvez

desconocido y procedente de una familia humilde o noble igualmente sin interés para nosotros.

Esa cabeza visible de la Iglesia irradia autoridad y con ella respeto y amor sobre todas las personas que incorporan el gobierno eclesiástico, desde los altos prelados hasta los sencillos cristianos. Cuando el sol matinal empieza a brillar sobre nuestras cordilleras, la más alta de ellas recibe los primeros destellos y luégo se van iluminando otras y otras, desde donde la gloriosa iluminación sigue bajando por lomas y vertientes hasta los valles. Una es la luz de fuerza y vida que destella sobre nuestros montes el sol de la mañana, y una es la luz de fuerza y vida que Cristo destella sobre su Iglesia: luz amable y vivífica que nos hace amar al gran Astro, foco de vida y belleza para nuestro mundo sobrenatural. Así nuestro cálido amor a la Iglesia y a la Jerarquía no es sino un arranque de amor hacia el Sol de gracia y de verdad que la corona y la envuelve con su propia lumbre.

La Iglesia católica, en un sentido, es la doctrina católica. En capítulo especial expusimos su unidad; pero su realidad no cabe en uno ni en muchos capítulos. Quien tiene la fortuna de estudiar con alguna amplitud y profundidad la doctrina católica, experimenta esa emocionada admiración y algo así como ese encanto arrobador que produce el cielo estrellado visto a través del telescopio. Inmenso sistema ideológico que abarca luminosas y hondas doctrinas sobre los seres, desde la infinita vida íntima de Dios hasta la humildad sin vida de la materia. Pero lo que hace más impresionante y arrobador de ese conjunto es que todas las doctrinas católicas convergen como los radios en la suprema unidad de la esfera, hacia Jesucristo, el *perfectus Deus* y *perfectus Homo* de nuestro símbolo. La perfección divina incorporada en la suma perfección posible de la naturaleza huma-

na; el amor infinito ardiendo en el Corazón más amable y amoroso; la infinita belleza encarnada en el más hermoso entre los hijos de los hombres: Ser misterioso pero real y viviente, que encierra los insondables atributos de la divinidad y la incomprensible complejidad física y sicológica del hombre unido sustancialmente a una Persona divina. Este Ser lleno de misterios y perfecciones y armonías, unión y síntesis del mundo increado y del universo creado es, por lo mismo, el centro de la inmensa y profunda ciencia católica. Se comprende pues que cuanto tiene de admiración y éxtasis nuestro conocimiento de esa incomparable doctrina sea proporcional a nuestro amor hacia esa adorable Persona.

* * *

La Iglesia católica, en una de sus formas típicas y fecundas, es también un culto. Y aquí tenemos otra esfera luminosa con un centro más luminoso todavía: el centro del culto católico es Nuestro Señor Jesucristo.

El año eclesiástico o ciclo litúrgico empieza con el adviento o preparación a la Navidad —palabra que significa natividad o nacimiento de Jesús—, continúa por la cuaresma o preparación a la pasión del Salvador, prosigue con la conmemoración de sus padecimientos, muerte, resurrección y ascensión a los cielos, envío de su Santo Espíritu y gloria en el seno de la Trinidad Santísima, y se acaba de desarrollar con el recuerdo de la vida indeficiente de Jesús en la Iglesia. Y en este ciclo cuyos sectores están llenos de la imagen de Jesús en los misterios de su vida terrena o celeste, es conmovedor advertir con qué insistencia tan amorosa la Iglesia habla con El y cómo invoca sus méritos infinitos al hablar con el Padre celestial. De ahí la frecuencia con que se repite en la liturgia la fórmula de plegaria al Padre: *Por Nuestro Señor Jesucristo que contigo*

y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén. Y anotemos la enérgica profesión de fe viva en Jesucristo vivo: El, según la fe de la Iglesia, *vive y reina por todos los siglos.* Esta convencida fórmula se repite diariamente en el oficio y misa variablemente entre 26 y 40 veces, de modo que un sacerdote al año viene a pronunciar más de 10.000 veces. Y así la Iglesia reafirma incansablemente esa profesión de fe y amor, por boca de sus 400.000 sacerdotes, más de 8.000 veces por minuto, más de 12'000.000 de veces por día, y más de 4.000'000.000 de veces por año. Cosa análoga sucede con la sencilla y grandiosa doxología, *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo,* que solo en el oficio diario se repite no menos de 55 veces: los 400.000 sacerdotes católicos la pronuncian al día más de 22'000.000 de veces y al año más de 8.000'000.000.

Esto, aun como simple hecho humano, aun como simple fenómeno físico, es algo absolutamente característico y exclusivo de la Iglesia católica. Aun en este sentido y en este pequeño rasgo, inadvertido en la historia del mundo, ¿ha existido algún personaje histórico comparable con Jesucristo?... Y este dato aritmético, tan sencillo y tan grande ¿no hace ya sospechar el conjunto milagroso, es decir, el hecho sensible, extraordinario, sin causas naturales que lo expliquen?...

* * *

En la Iglesia católica el culto de los santos, tan razonable, aunque tan calumniado por los protestantes, es un culto totalmente relativo a su dignidad o sea su relación más o menos estrecha con el Salvador. El menor de los santos es digno de veneración por haber realizado en sí mismo con eminencia la redención, la gracia y la imitación de Jesucristo, y por eso, sobre todos los santos, es digna de veneración nuestra Señora, la Santísima Madre de Jesús.

Pero en el gran culto católico, como en la vida misma de la Iglesia, lo más importante es el sacrificio divino y la presencia real de Jesús en la sagrada Eucaristía. Y así como la santa misa y la presencia real son características de la Iglesia católica, así la Iglesia no podría explicarse sin la oblación y la permanencia de Jesús en nuestros altares. La Iglesia católica es la Iglesia eucarística. La vida sobrenatural se comunica a las almas principalmente por los santos sacramentos, pero entre ellos uno es la fuente misma de esa vida: el «santísimo Sacramento». Los ritos de la Iglesia católica se escalonan según su importancia, pero en la cumbre de todos ellos está el rito sacrifical: la santa Misa. La santa Misa es la oblación de Jesús al Padre por nosotros, la sagrada Eucaristía es la entrega de Jesús a nosotros para llevarnos al Padre. Así todo converge hacia la Persona de Jesús. Y si pensamos en que el culto católico es una inmensa verdad histórica y mundial que realiza en cada meridiano matinal y en cada instante del día unas 8.000 misas, nos daremos cuenta de que el corazón de la Iglesia es como un ara pura y encendida por el amor, sobre la cual, a cada instante, ofrece y entrega el Hombre-Dios su Corazón inmaculado y ardiente.

En el recinto del Partenón, ante el altar de Atenea, hacían arder los griegos una lámpara de aceite, como un exvoto a la que tenían por diosa protectora de la ciudad. Los cristianos encontraron amable aquel símbolo y le dieron un sentido más elocuente y profundo: hace muchos siglos que la lamparita arde ante nuestros sagrarios eucarísticos como el símbolo insomne de la fe y el amor. También el mundo moderno ha recogido ese símbolo: así los parisienses encienden, bajo el Arco de la Estrella, una lámpara sobre la tumba del soldado desconocido. Pero qué contraste entre la lámpara eucarística y las

de los otros dos monumentos. Estas dos se encendieron por un vago sentimiento de gratitud a dos seres muertos y desconocidos; la del sagrario fue encendida por un amor inextinguible al gran Adorado, eternamente vivo. La lámpara del Partenón se apagó para siempre hace muchos siglos; la eucarística no se ha apagado ni se apagará nunca. En cuanto a la del Arco de la Estrella, si arde todavía de aquí a veinte siglos, ciertamente no habrá multiplicado sus santuarios, mientras que en los siglos futuros, como en los pasados, la lamparita de nuestros altares seguirá constelando las penumbras de millares y millares de templos, y en otros innumerables empezará a encederse de nuevo, como los luceros en las tardes serenas, para seguir ardiendo alimentada por el amor inmortal de la Iglesia católica a su Dios-Salvador.

II — El amor oficial de las naciones católicas

Las naciones modernas educadas por la Iglesia tienen para Cristo una veneración que sale de los límites ordinarios de una simple memoria histórica, para entrar en la atmósfera vibrante de un amor entusiasta y viviente.

Por desgracia, Europa, el continente que, después de una labor de quince siglos, llevó a cabo la admirable unidad católica y la fraternidad internacional de los pueblos nuevos, llegado el rompimiento del protestantismo, fue avanzando por sus pasos desde la herejía oficial de un principio hasta la negación actual de Cristo. Qué tema de meditación tan luminoso y tan terrible para un protestante de buena fe el hecho de que en los pueblos donde ha dominado el protestantismo todos los gobiernos han venido a parar o al ateísmo oficial como en Inglaterra y Estados Unidos o a la feroz persecución como en Alemania. Se ve claro que, por la fuerza

de las cosas, el protestantismo empuja a los pueblos hacia el olvido, la negación, la persecución de Jesús.

En cambio en las naciones donde ha predominado el catolicismo, el influjo de la Iglesia ha llegado hasta los gobiernos, y estos han hecho homenajes oficiales en honor de Jesucristo como no se observan en ningún país protestante.

Esta verdad histórica aparece de una manera brillante en el grupo de nuestras naciones iberoamericanas. Recordemos ordenadamente algunas fechas gloriosas.

La primera nación del mundo que se consagró oficialmente al Corazón Santísimo de Jesús fue el *Ecuador,* por acto público de su presidente, el gran García Moreno, el 25 de marzo de 1874.

Le siguió la república del *Salvador,* consagrada al Corazón de Jesucristo, el 1º de junio del mismo año.

Venezuela, por manos de su episcopado, fue consagrada a Jesús Sacramentado, el 27 de julio de 1900, mereciendo el envidiable título de «república del Santísimo Sacramento».

Argentina y *Chile* quisieron firmar la paz y el tratado definitivo de sus límites, erigiendo, el 13 de marzo de 1904, el colosal monumento del Cristo de los Andes, sobre una cumbre de 3.950 metros sobre el nivel del mar.

El Paraguay celebró el primer centenario de su independencia levantando también una estatua colosal a Jesucristo sobre el cerro de Santo Tomás de Paraguarí, el 15 de mayo de 1911.

El Uruguay puso en 1919 la primera piedra de un templo votivo al Sagrado Corazón del Salvador.

Nicaragua se consagró a Él oficialmente en 1920.

Costa-Rica siguió a la república hermana realizando su consagración oficial en 1921.

El Brasil llevó a cabo su consagración, también oficial, el 30 de setiembre de 1922, y más tarde levantó la gigantesca estatua del Salvador, sobre la cumbre del Corcovado que domina la bahía de Río-Janeiro.

Méjico, en plena persecución del gobierno socialista contra la Iglesia, hizo un verdadero acto de fe oficial, el 11 de enero de 1923, cuando sobre el cerro del Cubilete consagraron su patria a Cristo Rey 150.000 mejicanos.

En 1925 fue entronizada la imagen del Sagrado Corazón en el palacio presidencial del *Perú*.

El 12 de agosto de 1925, al pie del monumento levantado al Corazón del Dios-Hombre en el cerro de la Paz, *Bolivia* pronunció, por boca de su presidente, su consagración oficial.

Respecto a COLOMBIA, nuestra patria, recordemos varios actos de homenaje oficial en honra de Jesús:

El congreso colombiano dio la ley de 1898 en que reconocía el reinado social de Jesucristo;

El vicepresidente en ejercicio consagró la república al Corazón de Jesús, el 22 de junio de 1902[3];

[3] Como el texto de esta consagración recitada en la catedral de Bogotá, es un documento bien expresivo de esa fe y amor a Jesu-Cristo vivo, queremos consignarlo aquí:

«Jesús, Rey de reyes y Señor de los señores! Aquí tenéis a vuestro pueblo, objeto de vuestra predilección y solicitud paternal, que lleno de gratitud por vuestras bondades y por la especial protección que le habéis dispensado, viene en esta solemne ocasión a rendiros el homenaje de adoración y de amor que por tantos títulos os debe.

Nosotros, inspirados en el espíritu de nuestra cristiana constitución, que declara la santa religión católica esencial elemento del orden social, venimos hoy, a nombre del pueblo colombiano, a hacer voto explícito de consagración a vuestro Corazón adorable.

Dignaos aceptar Corazón santísimo! este Voto Nacional como

Ese mismo año, por un plebiscito nacional y en parte con subvenciones oficiales, se comenzó el «Templo del Voto Nacional», hoy terminado;

El congreso colombiano por ley de 1913 y con ocasión del congreso eucarístico nacional, tributó un homenaje oficial de adoración a Jesús Sacramentado;

En 1920 la imagen del Sagrado Corazón fue entronizada en el palacio presidencial.

A estos homenajes oficiales en honor de nuestro Salvador se puede añadir el simpático decreto presidencial, nº 1.275 de 1915, para el servicio de guarnición, y cuyo artículo 1º es este:

> Los honores que los militares tributarán al Santísimo serán los siguientes: *a)* Los oficiales se descubrirán desde que observen su presencia y al acercarse harán alto y se arrodillarán hasta que haya pasado. Si el oficial fuere a caballo, se desmontará y procederá como queda dicho. *b)* Las tropas en formación con armas harán alto, darán frente y rendirán las armas. Las cornetas y tambores tocarán la marcha correspondiente. Las tropas sin armas harán alto, darán frente, se descubrirán y se arrodillarán. *c)* Los cadetes suboficiales y soldados procederán como está indicado en el punto *a)*.

En medio de los pueblos caducos, empujados hacia le destrucción por fuerza de su corrupción e incredulidad, ¡qué prometedor este grupo de naciónes que tienen la fe de las razas jóvenes y el impávido orgullo de confesarla!

---

homenaje de amor y gratitud de la nación colombiana; acogedla bajo vuestra especial protección; sed el inspirador de sus leyes, el regulador de su política, el sostenedor de sus cristianas instituciones, para que ella disfrute del don precioso de la paz. No permitáis que nunca se separe de Vos, ni deje de reconoceros oficialmente delante de los hombres, para que tenga derecho a que Vos la reconozcáis ante vuestro Padre que está en los cielos.

Bendecid a nuestro pueblo; a la república y sus mandatarios; a nuestra Iglesia y sus pastores; a la Iglesia universal y a su Pastor Supremo. Y acelerad el día de vuestro triunfo sobre todas las naciones, para gloria de vuestro Divino Corazón, Amén».

III — Los hijos de la Iglesia

Pero este potente afecto de amor y aprecio por Jesucristo vivo no irradia de las naciones oficialmente consideradas, sino porque arde en las almas particulares: las naciones no tienen mente y corazón humanos, sino porque son la suma de muchas almas y corazones humanos.

La familia cristiana lleva bien su nombre de hogar, es decir, hornaza, donde arde el amor verdadero y por tanto el amor al Ser más digno de ser amado. Serán pocos los católicos que no lleven en el alma, incorporado en el recuerdo de su hogar, el recuerdo del Crucifijo y de la imagen de Jesús con su Corazón abierto, ante el cual oyera desde la cuna la oración matinal como una consagración de cada día: «Divino Corazón de Jesús, os ofrezco por medio del Inmaculado Corazón de María todas las oraciones, obras y sufrimientos de este día...».

Con aquellos recuerdos infantiles van unidas las adorables narraciones evangélicas, iluminadas por el atractivo arrobador del gran protagonista, llamado en las diversas lenguas *el Buen Dios, el amado Salvador, Nuestro Señor, Nuestro Amo, El Maestro,* o con amoroso respeto *Nuestro Señor Jesucristo,* o con íntimo cariño *El Señor Jesús*...

Así se instala en el alma del niño católico esa relación personal con nuestro Salvador, germinadora del amor verdadero que se esfuerza y se sacrifica por el gran Amado.

En la revista infantil *Excelsior* de Santiago de Chile (setiembre de 1943), órgano de la Cruzada Eucarística, leemos estos actos llevados a cabo por los pequeños cruzados: «Por amor a Jesús y para que haya muchas vocaciones sacerdotales y religiosas me he privado de comer dulces durante dos me-

ses y medio». «Por amor a Jesús dormí sin almohada cinco noches, para que haya muchos sacerdotes».

Y los niños del colegio de las Madres Carmelitas Misioneras en Filandia (Caldas, Colombia) hacían oblaciones como estas en 1938: «He dado el pan de mi desayuno a un niño pobre, para que Jesús salve a su Colombia».

En el congreso eucarístico de Avignón (Francia, 1882), los golfillos recogidos por damas caritativas para ser preparados a la primera Comunión, hacían cada día algunos sacrificios de obediencia, abnegación, piedad por Jesús Sacramentado, actos que eran contados con granitos de trigo. Estos fueron molidos a su tiempo y sirvieron para las hostias de la primera comunión [4]. Este hecho se repitió también en el congreso eucarístico de Buenos Aires en 1934 y en el nacional de Medellín de 1935.

La obra pontificia y mundial de los niños católicos llamada *La Santa Infancia* en honra de Jesús Niño, sostenía ya en 1934 en los países de misiones 1.200 orfanotrofios, 3.500 laboratorios y dispensarios y 10.000 escuelas. De 1893 a 1923 había auxiliado a 14'000.000 de niños en tierras de infieles y solo en el año de 1932 recogió para esos fines 4'313.963 dólares.

Pero ¿quién podría contar las maravillas de amor de los niños católicos en su conmovedora relación personal con Jesús, sobre todo en la Sagrada Eucaristía? Por eso el hecho más trascendente, luminoso y amable de nuestra biografía infantil es la primera Comunión, cuyo recuerdo hacía acudir las lágrimas a los ojos del viejo general ante los comensales de Napoleón y que para tántos espíritus ha sido un faro capaz de iluminar hasta las sombras de la agonía. Nuestro poeta colombiano lo describió así:

[4] Bourçeau, *La Messe,* p. 52

Cuando el niño discurre
viene el buen Dios a visitarle, el día
de la primera comunión... ¡el nombre
más bello que podría
en sus delirios inventar el hombre!
Fiesta olorosa a helecho y malvasía,
fiesta a que me llevó la madre mía,
cuyo recuerdo, en medio de la bruma,
ya en horas de tormenta, ora en la calma,
es un bosque le lirios que perfuma
y abre un surco de auroras en mi alma!

El amor de la niñez católica no muere con los años.

El señala nuestra vida de fieles cristianos con sencillos actos de profunda significación. El acto religioso más frecuente talvez en la vida del cristiano es el *santiguarse,* palabra castiza de origen y sentido igual a *santificarse,* y que por sí sola significa mucho. Consiste en «hacer una cruz desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo hasta el derecho», diciendo al mismo tiempo: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Esta sencillísima fórmula es una solemne profesión de fe en la divinidad de Jesús y de amor a su Persona adorable.

Todo buen católico se comunica con frecuencia y amor con su Señor Jesucristo. A la primera hora de la mañana le consagra su día; en el momento más solemne de la misa lo saluda con una sentida expresión de fe: *¡Señor mío y Dios mío!;* durante el día lo invoca confiadamente: *Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!;* en alguna visita afectuosa al sagrario eucarístico pronuncia aquellas aspiraciones de amor insaciable: *Alma de Cristo santifícame, Cuerpo de Cristo sálvame...,* y a la noche o en la hora del arrepentimiento le habla en una íntima efusión de pesar y amor: *Señor mío Jesucristo, Dios*

y Hombre verdadero: por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa Señor, de todo corazón de haberos ofendido!...

Solo algunos grupos de la Conferencia de San Vicente de Paúl de Bogotá en 1943 han oído 17.141 misas, han recibido 10.203 comuniones y han hecho 21.330 visitas al Santísimo Sacramento.

El Apostolado de la Oración, una de las innumerables asociaciones piadosas del catolicismo, sin duda la mayor de ellas, se propone por fin orar todos los días en unión con el Corazón de Jesucristo. por la dilatación de su reinado sobre la tierra y por la salvación de las almas. Esta admirable asociación, extendida desde hace un siglo por todas las naciones tiene actualmente 35'000.000 de socios. Publica una revista *El Mensajero del Corazón de Jesús,* de la cual se hacen hoy día en los diversos países 72 ediciones cada mes, en 50 lenguas. El número anual de ejemplares de esas ediciones es 29'207.964, y esas páginas anuales colocadas en línea pueden dar cuatro vueltas al ecuador terrestre, es decir, cubren una longitud de 160.000 kilómetros.

* * *

Como un hijo cariñoso besa la imagen de su padre, así el buen cristiano-católico besa amorosamente la imagen de su Redentor: la imagen del Dios Niño ante el pesebre de Belén, la medalla del Corazón de Jesús que lleva al cuello o en la cartera, la imagen de Jesús crucificado en la adoración del Viernes santo, en la última oración nocturna y en el último suspiro de la vida. Y esos besos ardientes son en nuestra vida de católicos un idioma silencioso y expresivo de fe viva, de oración humilde, de confianza cariñosa, de esperanza inquebrantable y de amor inmortal.

* * *

El amor católico hacia nuestro Cristo tiene sus fiestas. Las que llamamos *fiestas de guarda* son fiestas consagradas al recuerdo de Jesús, cuyo sacrificio santifica el *domingo* (palabra que significa *día del Señor, dies dominicus,* pues en él resucitó nuestro Redentor).

¿Se ha meditado la fuerza de atracción que ejerce la santa Misa, centro del *día del Señor,* sobre los corazones católicos? ¿Qué presidente o rey o dictador en el mundo podría obligar a todos sus súbditos a reunirse cada semana en plazas o salones, para rendirle en alguna forma un homenaje de sujeción? Y si alguno lo intentara, ¡qué pronto se cansarían los súbditos de tales homenajes!... Pero, Cristo Rey ha exigido esos homenajes, y sus católicos, sin coacción armada, por fe y amor, se agolpan a las iglesias ciudadanas, y a las rurales vienen de los campos, distantes a veces horas de camino, y vienen semanalmente, con fidelidad inquebrantable, por años y siglos... ¡Esto es un prodigio de amor!

Pero el corazón cristiano tiene también otras fiestas. La Navidad trasforma el mundo, como una salida milagrosa del sol, y pone un brillo celeste y un encanto de ternura, aun en la mirada bravía y en el duro rostro de la guerra.

Y la Semana santa es una de esas condensaciones misteriosas de tristezas y alegrías que solo puede producir un profundo amor. La memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesús es celebrada por los católicos en toda la tierra con los mismos ritos, intensos de sentido y de afecto, desde el Congo belga, donde los misioneros ofician ante sus neófitos admirados, hasta la basílica de San Pedro donde el Sumo Pontífice de la cristiandad preside las ceremonias dolientes o triunfantes; desde Sevilla o Bogotá, donde los hombres descalzos y ceñi-

dos de cilicio bajo sus hábitos morados y sus altos capuchones llevan los pasos de la flagelación, del *Ecce Homo* o del Crucificado, hasta la Isla del Rey, cerca del polo norte, donde los esquimales convertidos al catolicismo suben en ayunas a los picos más elevados y pasan allí largos ratos de rodillas en oración, para conmemorar el ayuno y los sufrimientos de Jesús.

Sin espacio para conmemorar todas las solemnes manifestaciones del amor católico hacia Jesu-Cristo, cómo no hacer mención de los congresos eucarísticos, sobre todo de los internacionales. Estos empezaron con el de Lille de 1881, y en los 57 años siguientes hasta 1938 se han llevado a cabo 34 congresos internacionales. Son grandes hechos que estremecen de emoción a todo el mundo católico. Todos, con variedades características, tienen actos extraordinarios, como el de Buenos Aires que presentó una comunión de 107.000 niños y una concentración nocturna de 200.000 hombres. Y todos son una resonante profesión de fe y un himno inmenso de amor a Jesucristo:

Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor!
Dios está aquí! Venid adoradores,
adoremos a Cristo Redentor!... [5]

* * *

Y como el amor católico tiene sus solemnidades, así tiene su arte propio. La muerte del Salvador es la suprema expresión de su amor hacia nosotros y el amor católico la aprecia y la recuerda con frecuencia y tenacidad obsesionantes. El Crucifijo reposa sobre el pecho católico desde la niñez. El preside en el lugar más sagrado del hogar. El extiende su si-

[5] Himno oficial del congreso eucarístico internacional de Madrid, 1910.

lueta doliente y amorosa en la cúspide de nuestros altares y de nuestras torres, en la cumbre de montes y colinas, en los nichos o en los árboles de las encrucijadas. La cruz, como un consuelo a la vera de los caminos, señala el sitio en que pereció trágicamente un católico. Y en nuestros cementerios la cruz enarbola por todas partes su asta gloriosa y difunde sobre ellos esa grave y serena quietud que nos hace pensar en los mástiles de las naves arrivadas al puerto de la paz eterna.

Que la cruz y el nombre de Cristo proteja nuestra tumba es el anhelo de nuestra fe y de nuestro amor. Tal era el anhelo del general Sonis, que quiso para su sepulcro este epitafio: *Miles Christi* (Soldado de Cristo).

Esa mentalidad católica está muy bien expresada en aquella quintilla de Lope de Vega:

Grandes tristezas hallé
en unos ojos sin luz;
pero otras más grandes sé:
la de un corazón sin fe,
la de una tumba sin cruz.

* * *

Pero la crucifixión, esa imagen tan impresionante para los paganos y tan atractiva para nosotros, no es la única actitud en que representamos a nuestro Dios-Hombre. La imagen de Jesús ha sido, es y será siempre el arrobamiento de nuestros artistas y de nuestros contemplativos. Quien quiera darse alguna cuenta de este verdadero éxtasis de las almas católicas, que visite los grandes museos de Europa y América: el tema más frecuente y de realizaciones más bellas y grandiosas es siempre nuestro Cristo.

En nuestros tiempos, cuanto los gobiernos se hacen más laicos y arreligiosos, la Iglesia compensa

el mal, no solo perfeccionado más la vida cristiana en el interior de las almas, sino también invadiendo más las calles y plazas. Mientras el protestantismo con su inhumana doctrina de una religión puramente invisible, se hace cada día más seco, racionalista y calculador, el catolicismo muestra cada día más su amor jugoso y su fe práctica. En los países católicos se ven cada día más numerosas las estautas erigidas a Jesucristo, sobre todo en la actitud de ofrecernos su Corazón. Así, por ejemplo, en España los monumentos del Corazón de Jesús se alzan afirmativos e imponentes desde Bilbao hasta Valencia y desde Pamplona hasta Jerez de la Frontera, pasando por el Cerro de los Angeles. Y como San Bernardo decía que no encontraba sabor alguno en los libros en que no leía el Nombre de Jesús, así los católicos encontramos sabor en ver su imagen en todas partes. Y eso queremos los colombianos para nuestra tierra: ver la amada imagen de Jesús sobre los picachos que protegen nuestras ciudades, desde Bogotá hasta Medellín y desde Bucaramanga hasta Puerto Merizalde; en nuestros campos, como en nuestras quintas veraniegas; en los sitios en que se abren en dos nuestras carreteras, como a la entrada de nuestras ciudades y de nuestras aldeas; en el centro de nuestros parques, como en el frontispicio de nuestras casas, colegios y conventos... Cuando pasamos ante esas imágenes de Jesús y de su Santísima Madre, como cuando pasamos ante su templo, nos descubrimos, y lo hacemos como una profesión de fe y amor: orgullosamente.

* * *

Hemos hecho mención de nuestros templos: ellos son ya un monumento incomparable de amor a Cristo. Qué inmenso poema tallado en piedra aquel del cual son estrofas sonoras los templos votivos del

Sagrado Corazón en Montmartre, dominando a París, con sus cúpulas esbeltas, o el Tibidabo dominando a Barcelona con su suntuosa arquitectura, o el de la Habana, dominando la gran bahía con sus caladas flechas altísimas, o el santuario del Señor de Monserrate dominando a Bogotá desde la sierra, y cuyo frontispicio iluminado allá en la altura parece una custodia gótica de plata bajo el dosel azul de la noche.

* * *

El templo, solo como afirmación arquitectónica es un testimonio bien elocuente del amor católico a su Dios. Pero el templo católico es más que una admirable arquitectura: es la realidad de la misteriosa palabra de San Juan: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.* Nuestro templo es el hogar eucarístico, y con razón se ha dicho que la sagrada Eucaristía es el sacramento del amor: del amor de Dios a los hombres, pero también de los hombres a Dios. La Comunión con todo lo que ella dignifica de vida cristiana es un cálido argumento del amor católico. En el templo de Chapinero, que es una de las veinte parroquias de Bogotá, se reparten cada día por término medio 1.000 comuniones. En el templo de San Ignacio de Medellín, templo muy próximo a una iglesia parroquial, las comuniones cada primer viernes de mes pasan de 10.000. Según estadísticas muy recientes, solo entre los católicos alistados en el ejército norteamericano, las comuniones en el año 1941 ascendieron a 1'100.709, en 1942 a 3'526.286, y en 1943 a 9'160.161.

* * *

Y en el campo de batalla qué escenas suscita el afecto entrañable del corazón católico hacia su Salvador. Hace algunos años una revista de París publicaba esta página digna de la historia:

Es conmovedora la narración que hacía a monseñor Landrieux, obispo de Dijón, a su paso por Ottawa, una canadiense francesa. En el frente de Artois (en la guerra europea), un joven soldado canadiense, mortalmente herido, pedía un sacerdote. Un capellán caído más lejos, también gravemente herido, arrancadas las dos manos por el estallido de un obús, se arrastró hasta el moribundo para absolverlo. Después le dijo: —Tengo en el pecho el Santísimo Sacramento: tómalo y comulga! Y tocando con sus manos ensangrentadas el pecho ensangrentado del sacerdote, el moribundo encontró la Hostia consagrada cubierta de sangre y pudo comulgarse a sí mismo antes de morir.

Y la valiente mujer exclamó con una voz empapada en lágrimas: Monseñor, hemos dado nuestros hijos a Francia y no queremos volver a tomarlos. Que duerman allá donde sucumbieron, en el suelo que bebió su sangre. Pero queremos confiaros un anhelo. El trigo brota más granado sobre las tumbas. Cuando volváis allá, enviadnos si os es posible, algunas de las espigas que maduran hoy sobre esas tumbas canadienses: nosotros las recibiremos como una reliquia; sembraremos ese trigo en tierra canadiense, y pronto tendremos lo bastante para hacer las hostias de todas nuestras iglesias del Canadá.

El obispo de Dijón cumplió su promesa, y hace poco pudo enviar un saquito del trigo brotado sobre las tumbas [6].

* * *

El corazón católico es insaciable en la expresión de su amor a Jesucristo especialmente en la sagrada Eucaristía. Son más de treinta las fiestas dedicadas a recordar afectuosamente en la Misa y el Oficio divino los hechos de la vida de Jesús, desde su nacimiento hasta su ascensión, o los símbolos de su amor desde su cruz hasta su Sangre preciosísima. Las que nuestro lenguaje familiar llama *devociones* son innumerables: *la Adoración perpetua, la Guardia de Honor, las Cuarenta Horas, las Cinco Visitas, la Comunión reparadora, la Comunión de los prime-*

[6] *Le Pèlerin*, enero 22 de 1922.

ros viernes, la Comunión espiritual, el Vía-Crucis, la Hora santa, el Reloj de la Pasión, y tantas otras. El rosario de Nuestra Señora, práctica diaria de las almas y de las familias cristianas, no es sino una meditación sobre quince misterios de la vida de Jesús. Solo el opúsculo titulado *Cor Jesu meta cordium* (El Corazón de Jesús, meta de los corazones), por el célebre autor Gaspar Druzbicki s. J., ofrece treinta y dos prácticas piadosas para honrar al Sagrado Corazón del Salvador. Y lo que los católicos llamamos por excelencia *Devoción al Sagrado Corazón de Jesús* es todo un sistema de vida espiritual, cuya más eficiente realidad es la consagración viviente a lo largo de las horas del día, es decir, la entrega integral y continuamente renovada de nuestro ser y obrar a la Persona adorable de Jesucristo. Esto es algo totalmente inimaginable para quien no ha vivido a fondo la vida católica. Porque no hay amor terreno comparable a esta absoluta y perdurable oblación de amor a Jesucristo, amor capaz de compensarnos el renunciamiento de todas las cosas del mundo, y que sube como una llamarada vertical más alta y viva precisamente cuando el sol de nuestra vida va descendiendo más hacia su ocaso.

Prenda de fiel amor entre el Corazón de Cristo y el corazón católico, la sagrada Eucaristía es la luz de nuestra vida y la esperanza de nuestra muerte.

En la hora postrera,
al ausentarse el hombre de la vida,
va el grupo familiar a la ribera
para la inaplazable despedida;
llega el Viático; al punto ordena y forja
viento manso y sutil, azul profundo;
echa Pan eucarístico en la alforja,
le da brújula y remo al moribundo,
y mientras los pañuelos doloridos
dicen adiós desde el confín lejano
en medio de sollozos y alaridos,

él, con segura mano,
suelta su esquife entre el brumaje denso,
deja las playas rudas e intranquilas,
y al gran viaje se va, con el inmenso
Sol de la eternidad en las pupilas! [7].

IV — Las almas escogidas

En la Iglesia católica, donde todos, pobres y ricos, sabios e ignorantes, somos hermanos, hay una aristocracia de los espíritus, porque, como en toda sociedad, hay diferencias en los grados de la generosidad, del esfuerzo y del amor. Esa aristocracia espiritual está formada por los seguidores de la perfección evangélica: el sacerdote, el religioso, la religiosa.

El sacerdocio católico es una institución tan original y sublime, que no tiene semejanza en ninguna otra religión humana. Cuando las numerosas sectas protestantes discrepan tan profundamente entre sí acerca del sacerdocio, pues los episcopalianos afirman la potestad de la jerarquía, los presbiterianos dicen que todos los cristianos son sacerdotes y muchos otros niegan sencillamente que exista el sacerdocio en el cristianismo, la Iglesia católica, no solo afirma el sacerdocio cristiano, sino que dice de él cosas divinas, demasiado divinas, para ser invenciones humanas.

Lo más grande de esas grandes cosas es la identidad existente entre la misión de Cristo sobre la tierra y la misión del sacerdote: *Como el Padre me envió, así Yo os envío a vosotros* [8].

De esta identidad de misión, infinitamente superior a todo mérito humano, pero hecha una realidad por la expresa y evidente voluntad de Cristo, se sigue esa múltiple e inmensa potestad, cuya afir-

---

[7] A. Martínez Mutis, *La Epopeya de la Espiga.*
[8] *Evang. según San Juan,* XX, 21.

mación en labios católicos exaspera tanto a los protestantes: poder de jurisdicción para gobernar la Iglesia; poder de enseñanza para predicar con autoridad el Evangelio; poder de orden para realizar y administrar los siete sacramentos, y por tanto también para perdonar los pecados, para convertir el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo, renovar incruentamente su divino sacrificio y distribuír su participación a los fieles.

Así el sacerdote, poseedor de esa herencia divina indicada por su propio nombre *(sacer-dos)*, es en el más excelso sentido el colaborador nato del Salvador del mundo, el continuador de su obra divina y, por decirlo así, el Cristo visible. Por eso decía el santo Párroco de Ars con aquella audacia mística de su estilo: «La lengua del sacerdote de un pedazo de pan hace un Dios: esto es más que crear el mundo. El sacerdote no se comprenderá sino en el cielo... Si lo comprendiéramos sobre la tierra, moriríamos de amor!».

Siendo esto así, es natural que, para el sacerdote, Cristo sea todo en la vida. Su misión única lo hace único. Por eso en medio de la sociedad humana, el sacerdote nos da la impresión de un solitario. El no tiene esposa, ni hijos, ni satisfacciones del amor terreno, ni riquezas, ni otro honor que su misteriosa dignidad. El no se pertenece a sí mismo, sino a Cristo y a su obra. No es de extrañar que la naturaleza se muestre a veces muy inferior a su misión divina. Lo admirable es que exista esa vocación en la tierra y que haya tantas almas que la profesen con fidelidad. Es que, en ella, los afectos, las preocupaciones terrenas son subplantados por un solo amor y una sola preocupación: el amor a Jesucristo y la exigencia de su obra. ¡Inexplicable cosa la vida del sacerdote! Pero el amor de Jesús no solo la explica, sino la realiza.

Y hay en la Iglesia católica otra vocación íntimamente unida al sacerdocio, a veces compenetrada con él, pero que lleva en sí sola caracteres muy definidos: la vocación religiosa.

Ella es constituída por la profesión de los votos o promesas solemnes de tres virtudes trascendentes y sintéticas en la imitación de Jesús: pobreza, castidad y obediencia. Con razón se las simboliza en los tres clavos que hacen del religioso, de la religiosa, una imagen viva del Crucificado. La pobreza es un renunciamiento de toda propiedad en bienes de fortuna, para practicar la pobreza de Jesús; la castidad es un renunciamiento del matrimonio y de sus legítimos goces, para imitar la pureza y desprendimiento de Jesús; la obediencia es una entrega integral al cumplimiento de la voluntad de Dios manifestada en la voluntad del superior, para vivir la vida y la palabra de Jesús: *Yo hago continuamente la voluntad de mi Padre celestial*[9]. Raras virtudes, que el mundo rechaza con la misma fuerza con que quiere satisfacer las célebres tres concupiscencias: amor de la riqueza, de los placeres, de los honores. ¿Qué puede hacer posibles aquellas imposibles virtudes? Solo el amor de Jesucristo. Amor milagroso, más fuerte que la muerte y muerte de cruz...

Todos los institutos religiosos, aunque no lo expresen en algún signo exterior o en su propio nombre, llevan en su vida el testimonio de su único amor, porque solo el amor de Jesús fue el motivo inicial de su sacrificio y el sostén de su pasmoso esfuerzo a lo largo de los años.

Pero ese amor se muestra a veces exteriormente. Las antiguas órdenes miltares llevaban al pecho una cruz: el signo heróico del Amado. Y así

---

9 *Evang. según San Juan,* VIII, 29.

algunos institutos actuales llevan también al pecho el anagrama de su nombre, o las insignias de su pasión, o la figura de su Corazón, o su imagen crucificada. Algunas religiosas llevan un anillo al dedo, como las desposadas. Siempre un símbolo del gran Amor que es la clave de su vida.

Otros institutos no tienen un signo visible, pero llevan expresivos nombres que recuerdan misterios de la vida de Jesús, como las Hermanas del Buen Pastor, o las del Pobre Niño Jesús, o las Adoratrices del Santísimo Sacramento, o las Religiosas y las Esclavas del Sagrado Corazón. O bien, las de los hombres, como las compañías de un ejército, llevan en alguna forma el Nombre glorioso del Capitán: así la Congregación del Santísimo Redentor, o la del Santísimo Salvador o la del Verbo Divino. Una de esas compañías —mi Compañía, la que arrobó mi entusiasmo juvenil desde hace tantos años!— se llama la Compañía de Jesús.

En la Iglesia católica hay actualmente 1.312 instituciones pontificias de ambos sexos. En conjunto las almas católicas, consagradas por voto a la perfección evangélica, pasan con mucho de un millón en todo el mundo.

Científicamente considerada, qué miserable la mentalidad de los que tienen a Jesús de Nazaret solo por el mayor hombre de la historia. Cuál, entre los mayores hombres de la historia, después de muerto, sigue difundiendo una vida poderosa, omnipresente e inmortal en todas las regiones del planeta?...

* * *

Los institutos de perfección evangélica de la Iglesia católica son un tema de sumo interés para el estudio de sicólogos y sociólogos. Y lo más central de ese estudio sería este punto: cómo se explica humanamente que jóvenes de buenas cualidades de inteligencia y corazón, de cualidades con frecuencia ex-

traordinarias que los capacitan para grandes cosas, renuncien a todo lo que en el mundo puede halagar a su naturaleza, entren a practicar con promesa solemne una vida pobre, casta y humilde, vida de abnegación orante en el recogimiento, en el trabajo y el estudio escondido, en la enseñanza, en el apostolado sacerdotal, y al fin mueran felices por haber sido fieles a su promesa? Yo desafío a cualquier sicólogo a que, si estudia bien de cerca la vida de perfección católica, no encontrará la clave de esa vida entre las causas naturales, y tendrá que quedarse perplejo, como queda cualquier médico racionalista ante los milagros de Lourdes. Y es obvio que no encontrará esa causa, porque por razones puramente naturales la vida religiosa sería una locura: no existe ningún bien terreno por el cual se renuncie a todos los bienes terrenos...

Pero hay un bien celeste y eterno que no tiene menguas ni desengaños: el amor de Jesucristo-Dios. Amor que no es un afecto abstracto dirigido a una persona lejana, sino un amor personal y vivo dirigido a una persona viva, que habita con nosotros en el sagrario y en todas partes, a quien nos unimos todos los días en la Comunión y con quien hablamos continuamente a lo largo de nuestras horas atareadas, desde las primeras del amanecer hasta las del descanso nocturno. Y ese amor vivo a nuestro Cristo vivo es la única explicación de la inexplicable vida religiosa.

H. K. Wendland, escritor protestante, discípulo del famoso profesor de Berlín Adolfo Harnack, estudió como historiador las congregaciones católicas de Prusia, y, después de su largo estudio, escribió estas memorables palabras:

No es preciso ser católico para comprender que el Salvador eucarístico enciende en los corazones entregados a El el espíritu de sacrificio que encuentra en El su vida. En verdad,

el Dios de la Eucaristía es la gran fuerza del catolicismo en frente de aquellos que no lo poseen [10].

El P. Louis Lenoir, capellán del ejército francés en la guerra europea, quien según un testigo, en el momento del ataque se lanzaba el primero con su crucifijo en alto, que fue varias veces herido y al fin muerto en el campo de batalla, escribía desde el campamento:

Salvar almas y extender sobre la tierra el reinado de Jesús-Hostia! Por El quisiera yo vivir hasta el fin del mundo en medio de los mayores sufrimientos [11].

Y otro misionero actual en Alaska escribe en un libro conmovedor:

El sagrario de Kotzebue, que es el más norteño de la norteña Alaska, es por lo mismo el más frío, pues en ninguna otra estación católica baja el termómetro a 63 grados bajo cero... La iglesia durante la semana tiene una temperatura media de 15 grados bajo cero. Es costumbre aprobada y muy conforme con las circunstancias de lugar y tiempo, cubrirse y arroparse bien, cuando quiere uno meditar delante del altar de Kotzebue durante la semana... Si no hay tormenta que sacuda el edificio, el silencio y la paz del lugar lo hacen tan amable que nunca se podrá ponderar debidamente con palabras. Con una fe inquebrantable en la presencia real de Jesucristo sacramentado, el misionero de Kotzebue se considera feliz al poder vivir con Jesús bajo el mismo techo nevado [12].

B. Jonvett, clérigo protestante, maestro de uno de los colegios universitarios más conocidos de Inglaterra, se preguntaba:

Es posible sentir el afecto personal a Cristo que describe Tomás de Kempis? Y él mismo respondía: Creo que es imposible y contrario a la naturaleza humana el que podamos concentrar nuestros pensamientos en una persona que nos es escasamente conocida y que vivió hace mil ochocientos años [13].

---

[10] H. K. Wendland, *Die weiblichen Orden und Kongregationen der katholischen Kirche... von 1918-1919* (1924, Einleitung, x).
[11] J. d'Arnoux, *Les sept colonnes de l'heroïsme*, 1938, p. 82.
[12] S. Llorente, *En las lomas del polo norte.* Conclusión, p. 210.
[13] Abbot and Cambell, *Life and Letters of B. Jonvett,* 11, p. 151.

Entonces, para un protestante será imposible concentrar su pensamiento y su amor en Cristo, pues para él Cristo es una persona escasamente conocida que vivió hace dieciocho siglos. Para un católico, y sobre todo para un religioso católico, Jesucristo es algo más que una vieja y desconocida figura histórica: El es el tema adorable de nuestras diarias meditaciones por toda la vida, es la Persona viva, estrechamente próxima y profundamente amada, tormento de nuestra imperfección, estímulo de nuestro esfuerzo, ideal de nuestro pensamiento y de nuestro corazón. Nada expresará mejor que un hecho viviente la manera de ver y de sentir de un buen religioso acerca de Jesucristo a quien mira a través de las imágenes sensibles: lo consigna una carta íntima del P. Guillermo Doyle s. j., capellán de las tropas irlandesas en la guerra europea y muerto heroicamente el 17 de agosto de 1917:

Fui a X, y tuve, una vez más, ocasión de hacer oración tranquila delante del Crucifijo de tamaño natural en la iglesia que tanto me gusta. No pude contenerme a sus pies, sino que me subí hasta poder echarle los brazos al cuello. Su imagen parecía viva, y creo que le amé entonces de veras, porque me indicó cuán abandonado y triste y lleno de dolor estaba. Pareció consolarse cuando besé sus ojos pálidos y sus mejillas y labios doloridos; y cuando yo estaba suspendido de El, conocí que El había ganado la victoria y le dí todo lo que me pidió [14].

* * *

Una palabra más para terminar este largo y demasiado corto capítulo.

Un buen filósofo tiene bastante materia para meditar en este grande y misterioso amor católico: su meditación lo llevaría directamente a ver en la

[14] A. O'Rahilly, *Vida del P. Guillermo Doyle* s. j. Traducción de A. Ubierna s. j., Madrid, 1932, p. 235.

Iglesia católica la presencia aprobativa de Dios, es decir, la prueba de la verdad de la Iglesia misma.

Y en primer término, el filósofo puede apreciar la fuerza que aquí adquiere el testimonio humano. Es evidente que para exigir grandes sacrificios, y sacrificios de por vida, y exigirlos no solo a gentes sencillas más o menos sugestionables, sino también a numerosísimos hombres inteligentes y enérgicos, se necesita ofrecer motivos verdaderos, se necesita una potente realidad. Esos hombres inteligentes y enérgicos se allegan a esos motivos como al tema de su estudio supremo; los meditan larga y profundamente, y al fin, con honda convicción, a costa de grandes sacrificios y para siempre, regulan toda su vida conforme a esa gran realidad. Aquí su testimonio tiene la fuerza de aquel otro a que alude Pascal: «Creo a los que se dejan degollar por la causa que afirman».

El filósofo, mejor que nadie, puede analizar y comprender un hecho, a saber, la admirable fecundación de la personalidad, la incomparable plenitud humana que surge de la entrega personal del hombre a Jesucristo. Esa entrega viene a producir siempre, claridad intelectual, fuerza de síntesis, energía volitiva, equilibrio y fineza de afectos personales, generosidad y delicadeza de sentimientos sociales, rara constancia, nobles inspiraciones, altos anhelos, paz interior, alegría de vivir... y de morir. Tal plenitud de vida muestra evidentemente que la comunicación íntima y fuerte con Jesucristo pone a nuestra personalidad en contacto con la fuente original de toda vida, con la vida misma del Espíritu creador.

Y finalmente, el filósofo comprende, mejor que nadie, este pensamiento impresionante. El amor de Jesucristo, tal como se da en la Iglesia católica, produce actos de virtud, actos de virtud continuos en

la vida de cada cristiano y sobre todo en la vida de perfección, actos de virtud de un número y extensión inmensa en la superficie de todo el planeta, actos de virtud que a veces llegan al heroísmo, ya sea el heroísmo diluído en el esfuerzo prolongado de toda una vida, ya el heroísmo condensado en una abnegación instantánea o en una aceptación de la enfermedad, de la muerte o del martirio. Ahora bien: si la presencia de Jesucristo-Dios en la vida de las almas católicas no fuera una realidad viva, sería una quimera. Y prescindiendo de que una misma quimera insensata pueda influír en la vida de más de 400'000.000 de hombres, de los cuales un gran número va a la cabeza en todas las disciplinas de la ciencia y de la cultura, prescindiendo de eso, nos encontraríamos con este otro absurdo: que una quimera loca produzca la virtud inmensa como el mundo y duradera como las generaciones humanas. Tal suposición es tan inadmisible, como lo es el que la nada produzca la armonía del universo, o que las tinieblas produzcan la luz.

Si, pues la realidad viva de Jesucristo-Dios es lo único que puede producir este milagro del amor católico, entonces Dios vive en el corazón mismo de la Iglesia católica y la Iglesia católica posee la verdad.

EPILOGO

IRRADIACION MILAGROSA

(Síntesis de los capítulos precedentes)

Después de haber expuesto con algún espacio en los capítulos anteriores cada uno de los aspectos milagrosos que nos propusimos considerar en la misteriosa Iglesia católica, presentémoslos juntos en una mirada sintética, para apreciar mejor el prodigio de su conjunto.

Sinteticemos primero algunos de los milagros concentrados en la unidad de la Iglesia, luégo algunos de los que se cifran en su vitalidad y finalmente hagamos una consideración comparativa con las otras religiones.

I — La unidad milagrosa de la Iglesia católica

1 — El hecho sorprendente del templo católico [1]

El templo católico es un hecho mundial de enormes proporciones. Ninguna otra religión del mundo posee tal número de templos, sobre todo esparcidos, como los católicos, en toda la superficie del planeta, y ninguna otra religión del mundo suscita en sus templos la intensa vida religiosa que palpita en nuestros templos.

Ninguna empresa cultural, comercial o bancaria tiene un número de casas o filiales que se pueda comparar ni de muy lejos con los templos católicos. El *Royal Bank of Canada,* uno de los bancos

[1] Véase el capítulo I, págs. 13-21.

más poderosos del mundo, tiene en los diversos continentes solo 850 sucursales. La Iglesia tiene solo en la pequeña Colombia más de 2.000 templos, solo en la pequeña Yugoeslavia más de 5.900, solo en los Estados Unidos más de 25.000, solo en la ciudad de Roma más de 400 templos célebres.

El solo hecho gigantesco del templo católico, hecho visible extraordinario, inexplicable por causas naturales —pues si las hubiera se darían hechos semejantes fuera del catolicismo— es ya un hecho milagroso.

2 — La milagrosa unidad doctrinal [2].

Fuera del catolicismo las doctrinas tanto religiosas como filosóficas y científicas están sujetas a *dos leyes* trágicas: a la ley de *la variedad* en el espacio y a la ley de *la variabilidad* en el tiempo.

1ª Ley: *En un momento dado de la historia hay variadísimas*, es decir, *numerosísimas doctrinas, características de las variadísimas religiones o escuelas, y ninguna de esas doctrinas se extiende universalmente, católicamente.*

Por ejemplo, el protestantismo tiene en las diversas regiones de Inglaterra más de 400 sectas con doctrinas diversas; y al pasar a los Estados Unidos, solo una de ellas, la secta luterana, se ha dividido oficialmente en 21 subsectas...

Esta terrible ley no conoce sino una excepción: la doctrina católica. Ella es *una misma* en todas partes y existe en todos los países, desde la Tierra del Fuego hasta Alaska y desde la Colonia del Cabo hasta el mar polar de Siberia. El hecho de que más de 400′000.000 de seres humanos, pertenecientes a todos los países, climas y razas, profesen *una mis-*

[2] Véase el capítulo II, págs. 24-36.

ma doctrina religiosa, es un hecho absolutamente excepcional, que ningún poder terreno puede llevar a cabo: es un milagro del poder de Dios.

2ª Ley: *Una doctrina, expuesta a la discusión, con el tiempo varía irremediablemente:*

a) aunque sea sencilla; pero con *mayor razón* si es una doctrina complicada;

b) aunque trate de conceptos fácilmente asequibles por ser tangibles y concretos; pero *con mayor razón* si son sutiles, espirituales, abstractos;

c) aunque trate materias meramente especulativas; pero *con mayor razón* si son prácticas, y exigen esfuerzos, sacrificios, etc.;

d) aunque estén confinadas a un solo país; pero *con mayor razón* si han de pasar de un país a otro hasta penetrar en todos los países.

A esta inexorable ley de la mutabilidad están expuestas todas las doctrinas que han existido sobre la tierra. La historia conoce solo una excepción: la doctrina católica. Doctrina *ocho veces* milagrosa por su inmutabilidad, pues no es una doctrina sencilla y por decirlo así unicelular, sino muy compleja en su inmensa amplitud; no es palpable y de fácil acceso, sino espiritualísima y misteriosa; no es solo altamente especulativa, sino también eminente, terriblemente práctica, y perdura inmutable, nó solo en un país, sino en todos los países, aun en los países hostiles...

Este hecho inaudito no tiene sino una explicación: la asistencia extraordinaria de Dios, garantizada por una promesa solemne: *Enseñad a todas las gentes, y Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* [3].

[3] S. Mat., XXVIII, 23.

3 — La milagrosa unidad de culto [4].

Es una ley universal que *los cultos existentes en el mundo son variadísimos y que no existe un culto igual en todos los países.*

Los ritos religiosos practicados por los paganos del Chaco o por los pieles-rojas o por los malabares o por los senegaleses están confinados a esos pueblos y no se repiten ni se propagan. Entre los mismos protestantes, que por llamarse cristianos deberían guardar intacta la sagrada unidad del cristianismo, aun dentro de un mismo país, como Inglaterra o Estados Unidos, los rudimentos de culto que aún conservan ellos, cambian, se mutilan, desaparecen: así unos practican *siete* sacramentos, otros solo *tres,* otros solo *el bautismo,* otros *ni el bautismo...*

Esa ley universal de la diversidad y mutabilidad en los cultos solo tiene una excepción: el bello, rico y profundo culto católico. El culto católico es *uno y universal:* es uno en su fin: la glorificación de Dios y la santificación de las almas; uno en la autoridad que lo interpreta y lo dirige: Nuestro Sumo Pontífice; uno en su ceremonial, formulado en el misal, en el ritual, en el breviario, en el pontifical; uno en sus ritos: los santos sacramentos y principalmente el de la Sagrada Eucaristía, sacrificio de adoración, de impetración, de expiación, de acción de gracias, y presencia perpetua de Jesús en nuestros sagrarios.

Este incomparable culto católico *por su unidad universal* convierte al mundo en un altar, donde a cada instante y en varios países del mundo se está rezando el *Angelus* o el rosario, se están administrando el bautismo y la extrema-unción; a cada instante está actuando Jesús su sacrificio único y eter-

[4] Véase el capítulo III, págs. 37-48.

no en millares de misas y se está uniendo al ejército conquistador de sus almas fieles en la sagrada comunión.

¿Quién sino Dios, por una intervención extraordinaria, podría realizar esta prodigiosa unidad de culto que se sustrae a una ley infrangible de la humanidad?...

4 — La milagrosa unidad social [5].

La unidad social de la Iglesia es doblemente milagrosa, según que se la considere en su Cabeza o en su cuerpo social.

A) La autoridad milagrosa de la Iglesia [6].

Hay un hecho universal, expresivo de una ley de la humanidad: *Ninguna religión o secta tiene una autoridad universal.*

Para nombrar solo las mayores religiones, ni las iglesias orientales cismáticas, ni las sectas protestantes, ni el confucionismo, ni el brahmanismo, ni el islamismo tienen en el mundo *un* Sumo Sacerdote, *un* Pontífice Supremo. Sería ridículo y vano el que cualquiera de esas religiones pretendiera establecer en todo el orbe un Supremo Pontificado, y si alguna lo pretendiera, experimentaría que una ley de la humanidad no cede ante ninguna pretensión o fuerza terrena: *Fata volentes ducunt, nolentes trahunt!...*

Pero en frente y en contra de esa ley de la humanidad existe la ley divina, formulada por Jesús con solemne promesa al apóstol Simón, cuando le cambió ese nombre por el de *Kefas* (Piedra, Pedro): *Tú eres Kefas, y sobre esta piedra edificaré*

---

5 Véanse los capítulos IV y V págs. 49-74.
6 Véase el capítulo IV, págs. 49-59.

mi Iglesia! Sobre el Primado de San Pedro el primer Papa se funda la Iglesia y a pesar de todos los hechos y leyes históricas existe este hecho divino: el *Sumo Pontificado* de la Iglesia católica. Hecho milagroso que los católicos veneramos y que se impone al respeto aun de las mayores potencias políticas del mundo...

B) La milagrosa organización social de la Iglesia [7].

Y hay otra ley universal: *Ningún poder terreno puede establecer un gobierno ecuménico* con una organización social efectiva fuerte, indestructible en todos los países del planeta.

Las tentativas políticas o religiosas no han faltado: lo intentó, al menos en parte, Alejandro Magno, y la disolución de su imperio confirmó la ley; lo intentó Napoleón, lo intentó Hitler... ¿Qué consiguieron?... Las leyes de la humanidad son más poderosas que el más poderoso de los hombres o de los imperios: los hombres se pudren entre sus tumbas, los imperios se desmoronan entre sus fronteras, mientras que las leyes de la naturaleza siguen impasibles su marcha por siglos y milenios.

Pero a pesar de esas leyes, existe sobre la tierra un cuerpo social que pasa por sobre todas las fronteras políticas, se instala visible y categóricamente en campos y ciudades; con su jerarquía gubernativa ejerce su actividad en los cinco continentes; sus súbditos por centenares de millones pertenecen a todas las nacionalidades; sus leyes y su influjo viviente penetran hasta el interior de los hogares y hasta la conciencia de los individuos, y esta gran penetración social y sicológica despierta inquietudes ultraterrenas en los bárbaros de la Polinesia y en los profesores universitarios

---

[7] **Véase el capítulo v, págs. 60-74.**

de Europa, suscita generosidades perpetuas en los Jóvenes seminaristas de Pekín y en los estudiantes de Bogotá, Nueva York y París, crea heroísmos ideales lo mismo en los mártires de México que en los mártires de España o de Uganda...

Milagro ecuménico de vida religioso-social que las causas naturales jamás podrían producir y que tiene su causa y su explicación en la vida sobrenatural, omnipotente de Jesucristo en el corazón de su Iglesia!

II — La vitalidad milagrosa de la Iglesia católica

Y he aquí otro cúmulo de milagros: la vitalidad multiforme de la Iglesia.

1 — El milagro de vitalidad en la beneficencia católica [8].

Hay un hecho histórico que encarna una ley: *No ha existido, ni existe, ni existirá una institución universal de beneficencia.* Y decimos que no existirá porque no hay motivos suficientes ni medios capaces de crear y sostener tal institución. Si hubiera motivos y medios eficaces en la humanidad, ya se habrían hecho conocer en sus efectos.

Esa es la ley ordinaria de que no pueden eximirse ni siquiera las acaudaladas misiones protestantes, en primer lugar, porque, como hemos hecho notar más de una vez, el protestantismo no es *una institución,* sino innumerables sectas, y en segundo lugar, porque ninguna de esas sectas es *universal.*

La ley aparece evidente en el hecho histórico; pero cuando Dios interviene milagrosamente, los efectos milagrosos de su poder se muestran sobre la tierra, a pesar de las leyes naturales. Dios ha revelado a su Iglesia los motivos y medios universales y perennes para trabajar por suprimir o aliviar los

---

[8] Véase el capítulo VI, págs. 78-90.

dolores y miserias humanas en todos los países habitados, y por eso la Iglesia tiene en todos los países ejércitos de almas total y perpetuamente consagrados a la beneficencia y enormes capitales creados por la generosidad católica, para sostener sus instituciones.

Solamente en Colombia la Iglesia atiende a más de 120.000 enfermos y necesitados, por medio de más de 3.200 personas religiosas en más de 260 establecimientos de beneficencia. Solamente en los Estados Unidos y el Canadá tiene la Iglesia más de 900 hospitales. Solamente en los países de Misiones la Iglesia tiene 2.800 establecimientos de beneficencia en que atiende anualmente a más de 10'300.000 necesitados.

Hecho único, que no teniendo explicación humana, constituye un milagro divino.

2 — El milagro de la vitalidad en la enseñanza [9].

Hecho universal, expresión de una ley humana: *No existe ni ha existido una misma institución docente en todos los países.* Y no existe ni puede existir, porque no hay razón suficiente en la humanidad para que tal institución exista: los pensamientos y las posibilidades humanas son demasiado estrechas para abarcar el mundo.

Solo la Iglesia católica no está sujeta a esa ley de la historia: la Iglesia tiene más de 360 escuelas en las misiones de Colombia, más de 560 en la sola misión de Shanghay (China), más de 900 en Australia, más de 7.400 en los Estados Unidos. Solo en Colombia tiene la Iglesia más de 480 colegios de segunda enseñanza con más de 52.000 alumnos, en los Estados Unidos más de 1.400 colegios con más de 485.000 estudiantes. En China tiene la Iglesia

[9] Véase el capítulo VII, págs. 91-102.

3 universidades, en Australia 6, en los Estados Unidos 193 universidades y colegios preuniversitarios. Tiene universidades en España, Francia, Bélgica, Siria, India, desde Montreal en el Canadá hasta San Miguel en la República Argentina. y desde Salamanca en España, hasta Tokio en el Japón.

Si esta universalidad misteriosa de la enseñanza católica tuviera causas humanas, se repetiría el hecho fuera de la Iglesia, pues hay fuera de ella instituciones culturales tan poderosas. Pero el hecho no se da sino bajo el influjo de la Iglesia católica: *Digitus Dei est hic!*

3—El milagro de la vitalidad en el arte [10].

Ley cristalizada en hechos históricos: *Como el arte pertenece a lo más escogido de la cultura humana, solo un número relativamente reducido de personas puede producirlo y su plena producción exige expensas muy considerables: estas son las causas porque no existe un arte universal producido por una sola institución.* No ha existido hasta ahora, y fácilmente se comprende por las mismas causas que no puede existir.

Ni las religiones más numerosas, ni las instituciones culturales más potentes han producido un arte propio que en manos de esa religión o instituto y con sus artistas y a su costa llegue a todas las naciones del orbe. Las religiones de la India o de la China construyen pagodas e imágenes solo en la India o en la China. Los cismáticos orientales se encierran en sus iglesias autocéfalas nacionales, es decir que ni dependen religiosamente de otras naciones ni quieren propagarse en ellas. Por lo que hace a los protestantes, que por principio son iconoclastas, por principio rechazan el arte. Ellos cons-

[10] Véase el capítulo VIII, págs. 103-115.

truyen templos-salones; pero —repitámoslo una vez más— como los protestantes no son una institución sino un caos de sectas, no se puede hablar de una «arquitectura protestante».

Esta ley que abarca por igual a todas las instituciones humanas, y a todas las sectas cristianas no católicas, tiene solo una excepción, pero excepción espléndida: la Iglesia católica. La Iglesia en donde quiera que existe, crea y propaga su arte propio: y la Iglesia existe en todas partes. Y lo más admirable es que el arte católico no se limita a la arquitectura de los campaniles y de las naves templarias: la Iglesia tiene su pintura propia, su escultura, su música, su literatura, su liturgia, y todo este arte múltiple eleva a Dios su radiante himno de armonía, desde la basílica de San Pedro en Roma hasta las catedrales de Buenos Aires, de Sidney o de Pekín; desde la iglesita misional de la Santa Cruz cerca del estrecho de Bering hasta la iglesia de Santa Cruz cerca del estrecho de Magallanes y desde la catedral de Reykjavik en Islandia hasta la catedral de Tananarivo en Madagascar.

Si este hecho insólito fuera bien conocido y meditado por los historiadores del arte y los filósofos de la historia, él solo bastaría para hacerles conocer la religión verdadera por la evidente presencia milagrosa de Dios!

4 — El milagro de la santidad católica[11].

Hecho cierto que funda una ley histórica: *No existe ninguna institución entre las humanas que conciba la vida sobre la tierra como un palenque de santidad; institución creada totalmente para santificar; institución santificadora tan eficiente que haga santos: que exija virtudes heroicas y milagros*

[11] Véase el capítulo IX, págs. 116-128.

para canonizarlos y sinembargo cuente, entre sus fieles, numerosísimos santos canonizados y más aún canonizables; institución en fin que haya señalado los puntos geográficos de polo a polo con los nombres de sus héroes de santidad.

Conocemos bastante las religiones paganas, para saber que no son talleres de santidad.

El protestantismo por su parte mató la perfección evangélica entre los suyos y por eso no ha habido el primer santo protestante. Ellos no tienen martirologios ni canonizaciones; ellos toman para sus hijos los nombres de santos católicos. En algunos países los protestantes han tenido algunos conatos de perfección evangélica. En Inglaterra, por ejemplo, existen unos pocos conventos de benedictinos protestantes; pero este mismo hecho es elocuente: han tenido que acogerse a la regla de San Benito, el gran santo católico, patriarca del monaquismo en Occidente. El 5 de marzo de 1913 pasaron al catolicismo los 27 monjes anglicanos del convento de Caldey y las 29 monjas del de Milford Haven: el obispo anglicano de Oxford les había intimado la disolución inmediata si no abandonaban esa vida de perfección...

Entre todas las religiones que han poblado el planeta, solo la Iglesia católica es la religión de la santidad: sus prácticas, sus sacramentos, su divino sacrificio no tienen otro fin que santificar; ella tiene normas y ejemplos de santidad para todas las edades y para todas las clases sociales; para la perfección evangélica ella tiene actualmente 223 institutos pontificios de varones y 1.089 institutos pontificios femeninos. Para sus canonizaciones exige la santidad heroica y milagros probados científicamente. Tiene un ejército incomparable de santos y solo el martirologio romano conmemora 4.333. Fi-

nalmente —indicio impresionante de esta santidad!— centenares de millares de sitios geográficos en todos los continentes y en todos los mares y océanos llevan nombres de santos católicos.

Para quien se acerque sin prejuicios apasionados a meditar sobre la Iglesia ¡qué radiante milagro de santidad no ve desarrollarse ante sus ojos!

5 — *El milagro de hacer milagros* [12].

El milagro es obra exclusiva del poder de Dios y por lo mismo solo la verdad puede estar sellada con el milagro. En nuestros tiempos —tiempos de crítica científica— quien no cuenta con el poder de Dios, no acude a la prueba de los milagros, y quien cuenta con el poder de Dios, puede acudir a esa prueba, pero tiene que probar científicamente sus milagros.

Y qué hecho tan sugerente es la actitud de las sectas protestantes y la de la Iglesia católica ante el milagro: los protestantes no apelan a esta prueba de los milagros, porque no podían probarlos ni ante la ciencia, ni ante el sentido común; la Iglesia católica apela tranquilamente a esa prueba audaz, y ofrece por millares sus milagros al estudio de los sabios. Hasta nuestros días solo en Lourdes se han llevado a cabo más de 8.000 curaciones milagrosas examinadas científicamente por una institución de más de 3.000 sabios católicos, racionalistas, incrédulos... y protestantes (!).

¡Qué magnífica audacia puede tener la verdad —y solo ella!— cuando Dios le ha concedido la prueba extraordinaria del milagro!...

---

12 Véase el capítulo x, págs. 129-144.

6 — El milagro en la expansión de la Iglesia [13].

Hecho y ley ciertos en la humanidad: *No ha existido, ni existe y no existirá una misma institución civil o religiosa que viviendo en todos los países se propague y crezca inconteniblemente y que después de haber existido 2.000 años, hoy, más que nunca, goce de la más floreciente y conquistadora juventud.*

Para no tratar ni del cisma oriental cristiano ni de las religiones paganas, ninguno de los cuales tiene una expansión mundial, observemos el protestantismo. El protestantismo, caos de sectas, crece sin cesar; pero crece como puede crecer el caos, es decir, crece en confusión: las sectas protestantes son *cada día más numerosas.* No podemos pues hablar de *una misma institución* que se propaga, sino de innumerables opiniones que se dividen más y más: en el protestantismo no se propaga la unidad, sino la división...

Pero la Iglesia católica puede más que todas las leyes de la humanidad dejada a sí misma: la *única* Iglesia de Cristo, *una* y grandiosa en su doctrina, *una* y espléndida en su culto, *una* y fuerte en su autoridad, *una* y compacta en su estructura social, crece inconteniblemente en los países católicos y en los que no lo son todavía, en los países civilizados y en los países incultos: en 1942 el número de católicos colombianos aumentó en 195.000; el número de católicos norteamericanos aumentó en 304.000; el número de paganos convertidos en las misiones aumentó en 1'130.000. El año 1843 tenía el catolicismo en todo el mundo 160'000.000 de fieles; hoy tiene más de 410'000.000: así en un siglo el número de católicos ha aumentado en más de

[13] Véase el capítulo XI, págs. 145-161.

250'000.000... Se ha triplicado. Este hecho es único y milagroso!...

7 — El milagro de amor vivo en la Iglesia católica [14].

Ley universal: *El amor, el entusiasmo, que acompaña a los grandes hombres mientras viven, se convierte, cuando mueren, en una memoria más o menos respetuosa, cada día más tenue, y con los siglos cada vez más escasa, más fría y más estéril.* Solo Jesucristo y solo en la Iglesia católica, después de veinte siglos, es amado hasta la adoración y hasta la entrega total. Su nombre es repetido con amor millones y millones de veces al día: solamente en las oraciones oficiales de los sacerdotes católicos ese amado Nombre se repite al día más de 12'000.000 de veces. La memoria y renovación de su sacrificio redentor, la santa Misa —centro de tantos actos diarios de profundo amor!— se va repitiendo en las horas matinales de los diversos países por término medio 8.000 veces en cada instante de nuestro día. Las veces que invocan amorosamente ese Nombre los 410'000.000 de católicos en todos los meridianos del planeta no se pueden contar: solamente las almas que siguen el estado de perfección en la Iglesia repiten, al rezar el rosario, más de 100'000.000 de veces al día el nombre de Jesús. Este hecho sobrepasa las leyes universales de la historia.

Pero el amor vivo de Jesús en la Iglesia tiene otro aspecto no menos milagroso: ese amor produce cada día, a cada instante, en cada país de la inmensa extensión del orbe, innumerables actos de virtud: de penitencia, de abnegación, de caridad, de generosidad, de amor. Por ese amor vivo hacia la Persona de Jesús, cada año unos 80.000 jóvenes de ambos sexos, en todas las regiones de la tierra, se

[14] Véase el capítulo XII, págs. 162-192.

separan de su familia y renuncian a los goces e intereses terrenos, para imitar la pobreza, la castidad y la obediencia de Jesús; por ese amor, actualmente más de 57.000 misioneros y misioneras han dejado su patria para ir a las tierras de infieles a predicar el Evangelio entre gentes rudas, en ásperos climas, sin sueldo, sin comodidades, sin otra esperanza que ese martirio por largos años o el otro martirio breve y sangriento; por ese amor más de 2'000.000 de sacerdotes, religiosos y religiosas sostienen su ardiente y difícil austeridad desde un amanecer hasta el siguiente, cada día, cada año, toda una vida. Este poderoso torrente de vida real, la más espiritual, benéfica y sublime, no tiene ninguna explicación puramente humana y natural, y su causa única es la divina realidad de Jesucristo-Dios, que expande su vida sobrenatural en el milagroso amor de su Iglesia.

* * *

Cuando una inteligencia no se acerca suficientemente para formarse un concepto algo aproximado de esta misteriosa Iglesia católica, se la puede apreciar solo por una extraordinaria sociedad humana, como la aprecia cualquier erudito racionalista; se la puede tener por una de tantas sectas cristianas, como la cree cualquier indiferentista en religión; se la puede insultar, como lo hace cualquier libertino o cualquier propagandista protestante; se la puede perseguir, como lo practica cualquier tirano o cualquier secta impía. Pero cuando una mente sincera y pensadora estudia de cerca la incomparable realidad de la Iglesia, se experimenta la honda y admirativa emoción que inspira la presencia inmediata de Dios, manifestada en una obra posible solo al Infinito. Y quien ha alcanzado así una idea bastante exacta —aunque siempre muy imperfecta!— acerca de la Iglesia, no puede cometer el

enorme error de juzgarla por una entidad puramente humana, porque una mente cuerda no puede tener a un gigante por una hormiga desarrollada; ni puede confundirla con las otras sociedades religiosas, porque un espíritu despierto no puede confundir la inmensidad azul del océano con una piscina ni con todas las piscinas del mundo; ni puede insultarla como a un grupo de personas infames, porque un alma decente no puede insultar a la personificación de la belleza espiritual; ni menos puede perseguirla como a una tropa de bandidos, porque una voluntad recta no puede perseguir a la santidad.

* * *

Después de todo, que existan almas desconocedoras del gran milagro de Dios, es explicable; más aún, que haya quien lo insulte y lo persiga es comprensible...

Pero que haya católicos fríos ante este gran milagro, que contiene el único verdadero interés de la vida; que haya frentes bautizadas que se inclinen con vergüenza por llevar la aureola celeste del bautismo; que haya hijos de una raza divina que tiemblen de miedo al ser tenidos por hijos de Dios...

* * *

Si en una noche serena, entre el susurro sugerente de la brisa y bajo el dulce claror de las estrellas, nos recogemos para pensar en la posición y movimiento de la tierra, logramos, con un suave esfuerzo de la imaginación, darnos cuenta del gigante vuelo astronómico de nuestro planeta y del viaje sideral de nuestra vida en medio de las constelaciones. De igual modo, si en la serenidad sugerente de la meditación nos recogemos para pensar en el inmenso milagro, imperfectamente esbozado en las páginas de este libro, lograremos sin mucho esfuer-

zo formarnos una idea algo aproximada de la grandeza gigante de este mundo espiritual que se llama la Iglesia católica, y sentiremos que nuestra vida avanza como llevada sobre las alas maternales de un planeta, en medio de un cielo constelado de misterios divinos, hacia el centro de nuestras almas, Dios.

Entonces, aunque no tengamos la mente iluminada de San Pablo ni el encendido corazón de San Agustín, nos bastará tener mente y corazón, para afirmar con amor y orgullo del alma y con la sincera y práctica profesión de la vida:

Credo in unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam!

APENDICES GRAFICOS

I — La religión católica y las religiones del mundo



Explicación del gráfico—(1) Católicos: $410^{1}000.000$ en todo el mundo. (2) Cismáticos: $142^{1}000.000$. (3) Judíos: $16^{1}000.000$. (4) Sin religión especial: $97^{1}000.000$. (5) Animistas: $136^{1}000.000$. (6) Budistas: $230^{1}000.000$. (7) Confucionistas: $357^{1}000.000$. (8) Hinduístas: $258^{1}000.000$. (9) Shintoístas: $18^{1}000.000$. (10) Mahometanos: $269^{1}000.000$. (11) Protestantes: $192^{1}000.000$.

Estos datos nos ofrecen estas observaciones: 1ª El Catolicismo es la religión más numerosa del mundo. 2ª La Iglesia católica tiene $53^{1}000.000$ de fieles más que la mayor de las religiones paganas. 3ª La Iglesia católica tiene $76^{1}000.000$ de fieles más que las sectas cismáticas y protestantes reunidas. 4ª La Iglesia católica tiene $218^{1}000.000$ de fieles más que todos los centenares de sectas protestantes juntas.

II — La Iglesia católica y las religiones no católicas en Colombia



Explicación del gráfico—Según los últimos censos oficiales que para la población colombiana dan un coeficiente de crecimiento anual de 19,7 por mil, Colombia tiene actualmente $10^{1}000.000$ de habitantes. Suponiendo que el número de acatólicos haya aumentado en los últimos cinco años en unos 5.000, ellos serían hoy día 50.000. El número de católicos es por tanto 200 veces mayor que el de los no católicos.

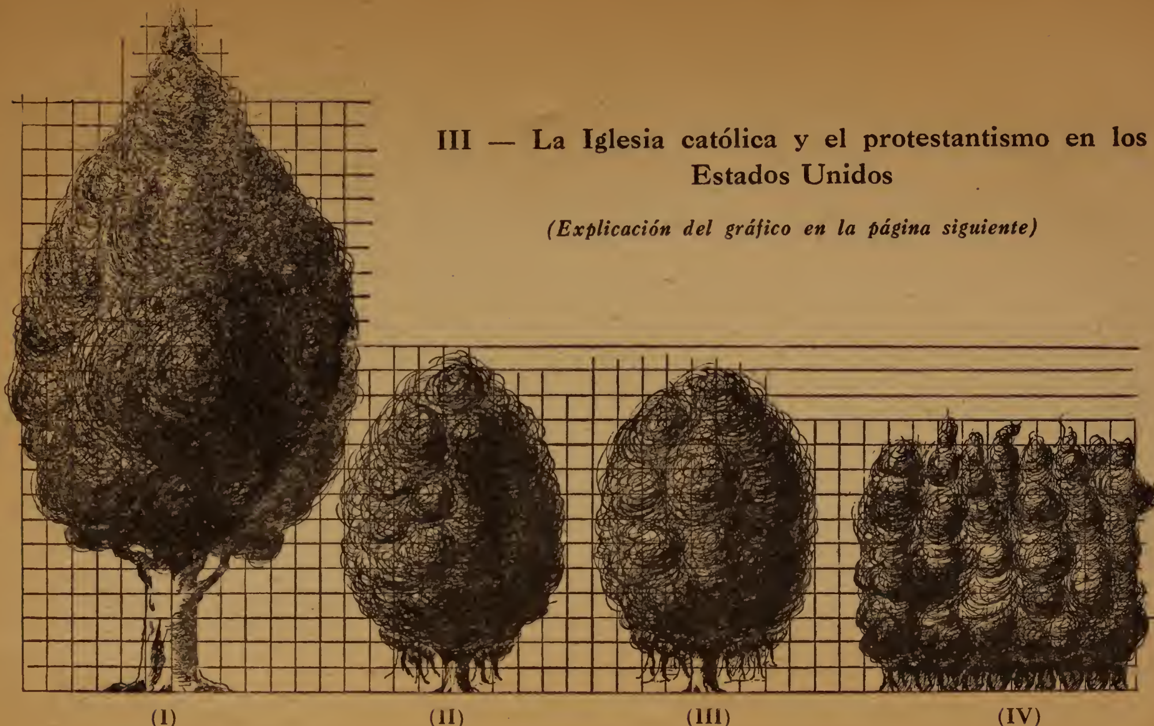
Y según las últimas estadísticas (Cfr. E. Restrepo Uribe, *El Protestantismo en Colombia*, Bogotá, 1943), el número de protestantes en Colombia se acerca a los 10.000. Así, el número de católicos es 1.000 veces mayor, que todas las sectas protestantes juntas. Este *gráfico* representa la proporción numérica de las agrupaciones religiosas en Colombia: la gran torre gótica (I) representa en superficie a la Iglesia católica. De las dos casitas diminutas que se alcanzan a ver junto a la torre, la mayor (II) representa la población no católica, y la menor (III) la suma de todos los protestantes en Colombia.



(I) (II) (III)

III — La Iglesia católica y el protestantismo en los Estados Unidos

(Explicación del gráfico en la página siguiente)



Explicación del gráfico—Se oye con frecuencia decir que en los Estados Unidos la religión más numerosa es el protestantismo: tal manera de hablar contiene un falso supuesto y una falsa afirmación. El falso supuesto es dar por verdadero que el protestantismo es una sola religión. El nombre *protestantismo,* como *paganismo,* cobija innumerables religiones. En los Estados Unidos el protestantismo es un caos de más de 300 sectas diversas y muchas veces hostiles entre sí: es pues una amalgama de más de 300 religiones. La falsa afirmación consiste en decir que existe en Estados Unidos algún protestantismo más numeroso que el catolicismo. La proporción está indicada en este gráfico. (Cada unidad de cuadrícula corresponde a 100.000 personas).

En él, el primer árbol joven, vigoroso y equilibrado (I) representa a la *Iglesia católica* que, en perfecta unidad y vitalidad tiene actualmente 23^{1}400.000 fieles. El segundo árbol (II) representa la secta de los *bautistas* (la más numerosa entre las protestantes en Estados Unidos), con cerca de 9^{1}600.000 adeptos, pero cuyo nombre cubre 18 subsectas oficialmente reconocidas, independientes entre sí. El tercero (III) representa a los *metodistas,* con unos 9^{1}500.000 afiliados, pero subdivididos en 19 sectas independientes. Finalmente, el resto, un conjunto de centenares de sectas y subsectas (los presbiterianos divididos en 9 sectas, los luteranos en 21 sectas, etc.), con un total de unos 13^{1}500.000, forma una verdadera selva espesa y confusa (IV). *Por tanto el catolicismo es la religión más numerosa en los Estados Unidos.*

INDICE

LA VITALIDAD DE LA IGLESIA CATOLICA

(Segunda serie de milagros)

SE TERMINO LA IMPRESION DE ESTE LIBRO
EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1944
EN LOS TALLERES DE LA
EDITORIAL «PAX»
BOGOTA-COLOMBIA
APARTADO 445.

EDITORIAL PAX
BOGOTA COLOMBIA
APARTADO 445